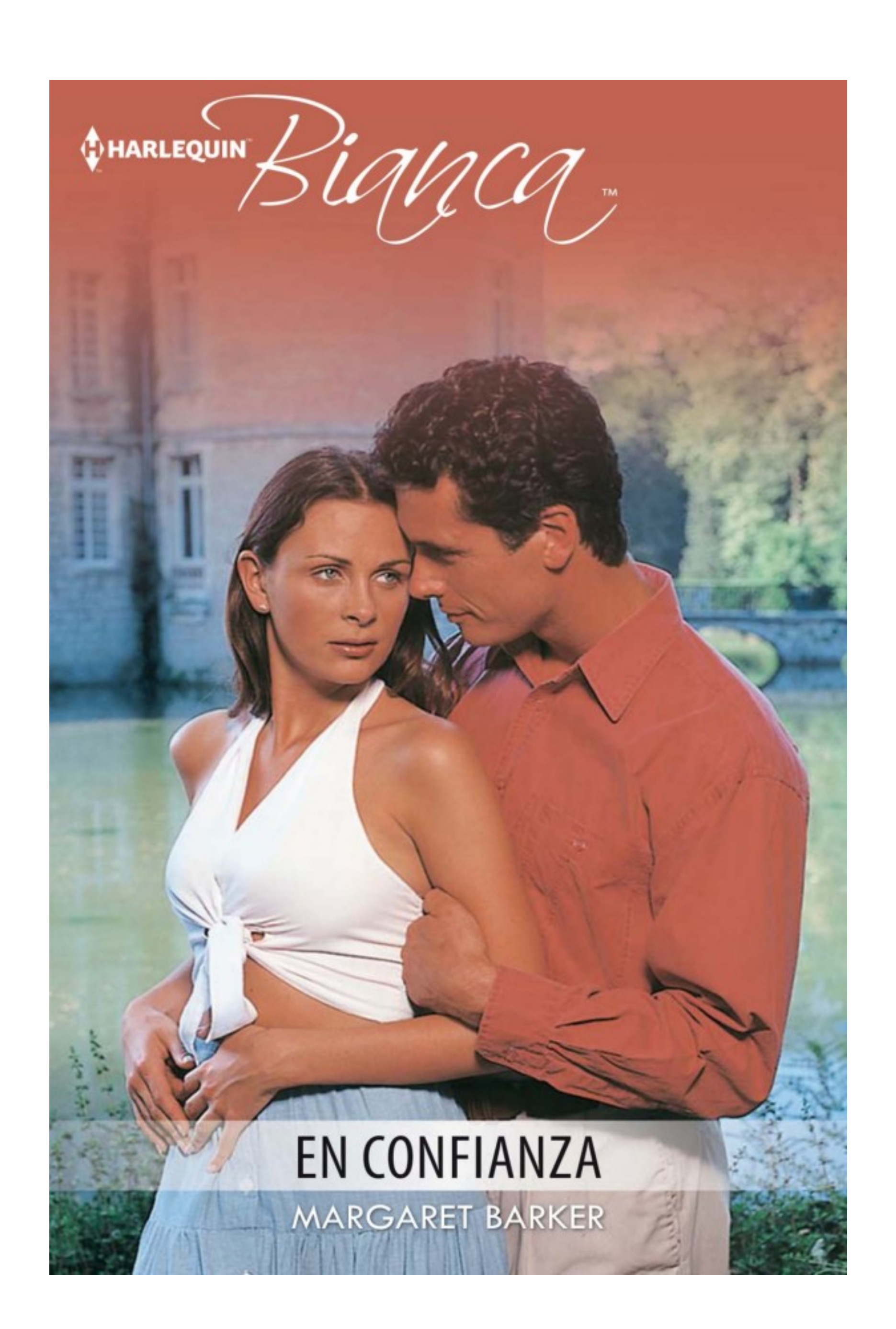

HARLEQUIN
Bianca
EN CONFIANZA
MARGARET BARKER

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

En confianza, n.º 1302 - octubre 2016
Título original: Reluctant Partners
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-9037-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

No puedes obligarme a trabajar con ese hombre! –exclamó Jane con ojos verdes brillantes, mirando a su padre desafiante.

–No puedo obligarte a hacer nada que no quieras –respondió el doctor Crowther exhalando un suspiro y pasándose ambas manos por los cabellos plateados–. Siempre fuiste rebelde, desde pequeña, pero te ruego que seas razonable y reconozcas que el doctor Montgomery es el candidato perfecto para la consulta. He hecho una lista de las condiciones imprescindibles para el empleo, y Richard las cumple todas. No comprendo qué tienes contra él.

¿De verdad no lograba comprenderlo? Jane respiró hondo. No quería decir nada de lo que luego pudiera arrepentirse. Su padre jamás habría comprendido sus objeciones, por mucho que tratara de explicárselas.

–Patricia Drayton está igualmente cualificada para el trabajo –afirmó hirviendo de indignación en su interior, a pesar de su aparente calma.

¿Cómo era posible que su padre no entendiera que era una persona adulta, que tenía treinta años y la suficiente cualificación médica y experiencia como para no soportar que la trataran como a una niña? Su actitud hacia ella seguía siendo la misma de siempre. Jane recordaba a su padre regañándola de pequeña, cuando se metía en su consulta para jugar a los médicos mientras él estaba fuera. En una ocasión él volvió por sorpresa y la pilló tomándole la presión sanguínea a un osito de peluche. Le había visto hacérselo a sus pacientes cientos de veces, lo había acosado a preguntas hasta comprender perfectamente el mecanismo del aparato. Su padre se había alterado mucho entonces, y ella, con ocho años, le había aconsejado calmarse.

–Y el hecho de que Patricia y tú fuerais juntas a estudiar medicina, no tendrá nada que ver con tu elección, ¿verdad?

–Bueno, puede que ayude –admitió Jane con calma–. Nos llevábamos bien.

Además, Patricia era mujer; no le causaría complicaciones. Durante los últimos cuatro años, desde su última gran desilusión, Jane había decidido que cuanto menos tuviera que tratar con los hombres, mejor.

–Sí, pero Patricia dijo que solo deseaba el empleo por una temporada –respondió Robert Crowther frunciendo el ceño–. Piensa marcharse a vivir a Londres dentro de un par de años, cuando se case, y entonces volveremos a tener el mismo problema. Richard Montgomery, en cambio, está dispuesto a quedarse y comprometerse con nosotros. Viviría en el piso de encima de los…

–¡Pero papá, nadie ha vivido allí durante años!

–¿En qué estado se encuentra el piso de encima de los establos, señora Bairstow? –preguntó Robert Crowther a la mujer de mediana edad que entró en el salón justo entonces, con una bandeja de café.

Jane se apresuró a ayudar al ama de llaves. Tomó la bandeja y la dejó sobre la mesita del café, junto a la chimenea. Sirvió las tazas y recapacitó. Aún había tiempo, aún podía oponerse a la decisión de su padre. Los seis candidatos que habían contestado a la solicitud esperaban respuesta. Alzó la vista y observó a Betty Bairstow, la única figura femenina en su vida desde la muerte de su madre.

–El piso está en un estado lamentable, ¿verdad, señora Bairstow? –preguntó esperanzada, con ojos suplicantes.

–Bueno, no es para tanto. Puede arreglarse con una buena limpieza, Jane. Tú podrías ayudarme, podrías llevarte tus trastos. A nadie le interesan esos cuadernos del colegio.

–Lo haré cuando tenga tiempo, ya veremos… –contestó Jane con una mueca.

–Ya sé que estás muy ocupada desde que tu padre se ha retirado –comentó la señora Bairstow con una sonrisa afectuosa–. Seré paciente contigo, lo limpiaré, pero… –de pronto pareció comprender– entonces, ¿va a mudarse allí ese joven?

–No tengo ni idea –respondió Jane encogiéndose de hombros resignada.

Jane atisbó por la ventana un descapotable negro de dos plazas acercándose rápidamente por la carretera. Era el coche de Richard Montgomery. La curiosidad la invadió, de modo que se levantó a observar. Él había aparcado y salía del descapotable. Como hombre, destacaba. ¿Cómo reaccionarían los pacientes al verlo? Los

granjeros sabrían calarlo enseguida, el polvo de los caminos acabaría de inmediato con aquella brillante y pulida carrocería.

–Ha llegado el doctor Montgomery –afirmó con los ojos fijos en la atlética figura que avanzaba resuelta hacia la puerta de entrada.

–Iré a abrir –se ofreció la señora Bairstow tendiéndole una taza de café al doctor Crowther–. Y no olvide tomar las pastillas, doctor.

Jane sintió de pronto una punzada. Debía haber sido ella quien se lo recordara. Desde el ataque cardíaco de su padre, seis meses atrás, se habían producido tantos cambios en la casa y en la consulta que era incapaz de prestarle la debida atención. Jane lo observó, resuelto a salirse con la suya. Al final, siempre era ella quien cedía, pero no sin luchar. Jane había hecho sus alegaciones, había dejado clara su posición, pero era consciente de que no serviría de nada. Tras la jubilación de su padre, necesitaban un segundo doctor en la consulta. No quería utilizar los servicios del Moortown Deputising Service más de lo imprescindible; los pacientes se quejaban si no era su médico de siempre quien los atendía.

Durante los seis últimos meses, desde el retiro obligatorio de su padre, Jane había sido el único médico de la consulta de Highdale. El servicio de Moortown le había prestado una ayuda muy valiosa, pero no podía seguir así.

–Ha llegado el doctor Montgomery –anunció la señora Bairstow dándose importancia, abriendo la puerta del salón–. Pase, caballero.

–¡Richard, cuánto me alegro de verte! –exclamó Robert Crowther tratando de ponerse en pie, tendiéndole la mano.

Jane permaneció en su sitio, sin moverse, experimentando una extraña sensación. Se sentía igual que cuando asistía al primer curso de la facultad de Moortown, y aquel atractivo chico del último curso la miraba con una sonrisa sexy hasta hacerla derretirse. Eran sus impresionantes ojos azules los que la afectaban tanto. Jamás había visto unos ojos iguales, ni antes, ni después de conocerlo. Jane trató de volver a la realidad y de reaccionar. Rick Montgomery no iba a volver a tomarle el pelo, se juró.

–Siéntese, doctor Montgomery –afirmó en tono imperativo.

No había pretendido mostrarse tan autoritaria. No estaba acostumbrada a sentirse intimidada, y el hecho de sentirse así en ese momento la ponía en desventaja. Si ocurría lo inevitable y se

veía obligada a trabajar con él, al menos mantendría el control de la situación. Jane le dio la espalda, tomó la cafetera y preguntó:

–¿Cómo le gusta el café?

–Sin leche ni azúcar.

Richard se dejó caer en el sillón y observó a la doctora Jane Crowther servirle café. ¡Dios, aquella sí que era una mujer de carácter! Lo intimidaba. La semana anterior, durante la entrevista, lo había asustado. En cambio el doctor Crowther se había mostrado muy afable. Era evidente que a ella no le gustaba pero, ¿por qué lo habían llamado, entonces? Sería con ella con quien trabajara, ya que el pobre doctor Crowther, debido a sus problemas cardíacos, se había retirado.

La habitación había quedado de pronto en silencio excepto por el ruido de las tazas. Jane Crowther se tomaba su tiempo. ¿Por qué no se volvía de una vez y decía algo? La espera resultaba insoportable. Richard había puesto todo su empeño en conseguir el empleo pero, nada más verla, había dudado. No lo habría sorprendido verse rechazado.

Richard contempló el fuego de la chimenea. A pesar de estar en el mes de abril hacía fresco en Highdale. Luego contempló el salón, de muebles viejos. El cojín que tenía a su lado había sido primorosamente cosido con retazos de telas que no acababan de pegar. Recordaba haberlo visto de pequeño cuando, en una ocasión, había estado de visita con su madre, en una merienda benéfica organizada por la señora Crowther. Su madre era la invitada de honor, recordó. Por aquel entonces él debía tener diez años. Dos niñas jugaban en la casa, una un poco traviesa y otra, más pequeña, de unos cinco años, muy alborotadora y mandona…

–Su café, doctor Montgomery.

Richard volvió a tomar conciencia de la realidad. No, Jane no había cambiado. Había derramado café sobre el platillo. Debían temblarle las manos. Ligeramente, sí, pero lo suficiente como para que Richard comprendiera que estaba nerviosa.

–Podríamos tutearnos, ¿no creéis? –preguntó el padre de Jane–. Al fin y al cabo, si Richard va a trabajar aquí… –añadió dejando que su voz se desvaneciera.

Jane arqueó una ceja. Su padre se precipitaba; olvidaba que ni siquiera le habían ofrecido oficialmente el empleo. Él aún tenía que

aceptarlo. Richard dejó la taza sobre la mesa con gran estrépito, derramando más café sobre el platillo. Sus impresionantes ojos azules miraron a Jane de un modo enigmático. No parecía muy complacido.

Jane tragó. Quizá, con un poco de suerte, no deseara el trabajo. El salón había quedado en silencio, un enojoso silencio. Ambos hombres esperaban a que Jane hablara. Era ella quien debía aclarar la situación. Jane carraspeó.

–A mi padre le gustaría que fueras nuestro socio, Richard, si estás de acuerdo –dijo al fin.

Richard vaciló. Era evidente que el padre lo aprobaba pero, ¿qué había de la señorita?, ¿por qué se mostraba tan hostil? Richard respiró hondo. Jane sería para él un desafío, pero le gustaban los desafíos. Después de todo, sería con los pacientes con los que trabajara, no con ella. Siempre podría hacer visitas a domicilio, huir del dragón.

–Estaré encantado de aceptar la oferta –contestó en tono profesional.

–Bien, entonces asunto arreglado –sonrió Robert Crowther mirando a su hija. Jane trató de sonreír, pero sentía como si tuviera los labios helados. Tendría que seguir adelante con la mascarada, fingiendo darle la bienvenida a Richard–. Te quedarás a comer, ¿verdad, Richard?

Richard vaciló. No sabía si podría soportar a la bella dama frunciéndole el ceño, sentada frente a él en la mesa.

–Pues…

–Por supuesto –se apresuró ella a decir, con una sonrisa falsa en los labios.

Jane no acababa de comprender qué la había impulsado a secundar la idea. Quizá, simplemente, deseara conocerlo mejor. Después de todo, si iban a trabajar juntos, antes o después tendría que romper el hielo. Aunque, por supuesto, solo en un sentido profesional…

Jane trató de sentirse horrorizada ante la idea de mantener con Richard una relación más allá de lo profesional, pero por desgracia tuvo que admitir, para sus adentros, que seguía interesándole como hombre. De todos modos no tenía nada que hacer con un hombre de mundo, un sofisticado viajero como él. No terminaba de encajarle la

idea de que Richard se describiera a sí mismo en el currículum como un hombre sin ataduras. Probablemente acabara de romper con alguna mujer, dispuesto a conocer a otra.

Jane recordaba que, en la universidad, todas las chicas se arremolinaban en torno a él como abejas en torno a la miel. Incluida ella, por desgracia. Hasta que descubrió el tipo de hombre que era. No, después de lo ocurrido, lo trataría con indiferencia. La puerta del salón volvió a abrirse.

–La señora Smithson te espera en la consulta, Jane –anunció la señora Bairstow secándose las manos en el delantal–. Dice que llega tarde porque el coche no le arrancaba.

–¿Tarde? –exclamó Jane mirando el reloj–. Hace una hora que acabó la consulta. Bueno, dile que ahora voy –añadió poniéndose en pie.

–¡Esta es mi chica! –exclamó su padre con afecto–. La gente de Highdale cree que puede venir a cualquier hora, las veinticuatro horas del día. Tratamos de introducir un sistema de cita previa, pero fue un desastre. Tuvimos que volver al antiguo método: se atiende al que llegue primero. No ha cambiado nada desde la época de mi padre –añadió Robert Crowther orgulloso–. Supongo que algún día, en interés de la eficacia, tendremos que cerrar la consulta para unir nuestras fuerzas a las de Moortown, pero para entonces quizá muchos de los habitantes de las colinas se habrán marchado a la ciudad. Mientras tanto…

Jane tragó pensando en las palabras de su padre. Amaba la casa y la consulta de Highdale tanto como su padre. Al llegar a la puerta se detuvo, echó un último vistazo al salón, y dijo:

–¿Sabes?, a veces pienso que me gustaría no haber sido la heredera de esta larga tradición de médicos. Me gustaría ir por ahí, cuidar de otra gente o ayudar a dar a luz. Pero luego lo pienso mejor, y me digo: no, no cambiaría nada de lo que soy.

Jane se quedó un instante pensando en lo que había dicho. Era una idea muy sentimental, no encajaba con la imagen de sí misma que quería darle a Richard. Cerró la puerta y se apresuró a la consulta.

Richard se quedó mirando la puerta. Así que la fría doncella no era tan fría como aparentaba. ¡Era humana! En el fondo de su mente seguía viva la imagen de Jane, una mujer evidentemente sin

parangón, unos cuantos años más joven. ¿No hacía ella el primer curso de medicina cuando él estaba acabando?

Richard se esforzó por recordar, pero aquella parte de su vida seguía en tinieblas, olvidada, gracias a Dios, por un fallo de la memoria ocurrido a raíz de una gran tragedia. De pronto recordó que Jane había sido novia de su amigo Simon. Sí, lo había sido, pero en aquel entonces era una chica alegre, vivaz, no la formal y severa solterona en que se había convertido…

–Creo que la ocasión merece un brindis –comentó el doctor Crowther–. ¿Quieres hacer los honores, Richard? Hay una botella ahí, sobre esa mesa…

–Eh… es un poco pronto para mí, señor… er… Robert.

–Bueno, ¿qué te parece entonces una soda? Puedes imaginarte que lleva whisky…

–Hola, Fiona, ¿qué tal estás? –preguntó Jane al llegar a la consulta, sentándose frente a la paciente.

Jane conocía a Fiona desde que eran niñas: habían asistido juntas a la escuela. Fiona no era de ese tipo de pacientes que llaman constantemente al médico por cualquier cosa. Aquel día no tenía buen aspecto, estaba pálida y tenía ojeras.

–Tengo un dolor de espalda terrible, Jane. Me está matando. Esta mañana no podía ni levantarme de la cama, y Dave ha tenido que ordeñar las vacas solo, cosa que no le ha gustado nada.

–Deja que te examine –contestó Jane ayudándola a levantarse.

Durante el examen, Jane le hizo preguntas tratando de llegar a un primer diagnóstico provisional. Fiona estaba deseosa de contarle todos sus síntomas.

–Dices que, hace unas semanas, no pudiste localizarme y que por eso acudiste al servicio médico de Moortown. ¿Le contaste al médico todos esos detalles que acabas de contarme a mí?

–No, no pude hablar con él igual que contigo, Jane. Ya sabes, estas cosas son muy violentas. Le dije simplemente que me dolía la espalda, y él me dio analgésicos. Ni siquiera me examinó, dijo que tenía una visita que hacer… No podía contarle a un extraño que estaba deseando tener un hijo, ni que estaba emocionada porque se me había hinchado el vientre. Pero luego, cuando me llegó la

menstruación…

–Bueno, bueno, no te preocupes, ya me lo has contado a mí, Fiona. Voy a llamar a la consulta de Moortown y voy a pedirles que te hagan un análisis completo.

–¿Cuándo?

–Hoy. Necesitas que te vea un especialista. Hay que controlar ese bulto del vientre. ¿Dónde está Dave?

–En el jardín, fumando un cigarrillo. ¿Qué crees que me pasa?

Jane vaciló. Siempre había sido sincera con sus pacientes, pero a veces tenía que enmascarar en cierta forma la verdad, ir paso a paso.

–Creo que ese bulto puede ser algún tipo de quiste. Necesitamos saber de qué clase es y, en caso necesario, extirparlo. Solo en caso necesario, Fiona.

Jane llamó al hospital de Moortown mientras Fiona se vestía.

–Siento llegar tarde. Fiona Smithson tenía un problema más grave de lo que imaginaba.

Jane se dejó caer en la silla del comedor, a la derecha de su padre. Frente a ella, Richard Montgomery comía sopa. Tuvo la cortesía de dejar la cuchara y sonreír mostrando sus perfectos dientes blancos. Su sonrisa era devastadora. Jane trató de no derretirse. Tenía tanto estrés que, sin darse cuenta, lo miró enfurruñada.

–Siento que hayamos tenido que empezar sin ti, cariño –se disculpó su padre.

La señora Bairstow se apresuró a volver al comedor con la sopera.

–Te he guardado la sopa calentita –dijo llenando el plato de Jane.

La sopa humeaba. Jane sintió que los ojos y la piel se le humedecían. Por suerte no llevaba maquillaje. Podía ver a Richard observándola por el rabillo del ojo. Hubiera deseado subir a su dormitorio a peinarse y arreglarse, eso le habría dado más confianza en sí misma. Estaba hecha un desastre.

Jane bajó la vista y contempló su falda de lana. Sentada, no tenía tan mal aspecto. Sin embargo cuando se ponía de pie se veía

que le estaba grande.

–¿Y cuál era el problema? –preguntó su nuevo compañero de trabajo con voz lacónica.

Jane tomó una cucharada de sopa. Estaba realmente caliente, pero tenía mucha hambre. Hubiera preferido no tener invitados para poder lanzarse sobre la comida sin miramientos. En aquel preciso momento, a quien menos deseaba tener enfrente era a aquel elegante e impecable caballero en que se había convertido Richard Montgomery.

Jane tomó otra cucharada de sopa y lo miró, antes de contestar:

–La paciente tiene una inflamación abdominal creciente, y sufre de presión en el hígado. Tiene una menstruación irregular, demasiado frecuente, y dolor constante en la zona lumbar, por lo que…

–¿Un quiste ovárico? –inquirió Richard.

¡Qué inteligente! Podía al menos haberle concedido la oportunidad de realizar ella misma el diagnóstico. Jane se limpió con la servilleta y respondió:

–Sí, ese ha sido mi diagnóstico provisional.

–Entonces –continuó Richard, en tono aprobador–, ¿vas a mandarla a…?

–Ya va de camino a Moortown –lo interrumpió Jane–. Todo está en el expediente. Te lo digo por si tienes que verla tú, cuando yo no esté. Su nombre es Fiona Smithson.

Jane se puso en pie y comenzó a recoger los platos. Al llegar al lugar de Richard se inclinó desde detrás para recoger el suyo, rozando accidentalmente la chaqueta con la mano. Richard iba vestido aquel día como un rico hacendado. Tenía que admitir que le sentaba bien. ¿Por qué tenía que ser tan guapo, cuando ella hacía esfuerzos por encontrarlo desagradable? Podía oler la fragancia de su loción de afeitar. Jane dio un paso atrás, reaccionando como si él fuera una serpiente a punto de morderla.

¡Dios!, en realidad se sentía como si ya la hubiera mordido. Siempre se había sentido así con él, desde aquel instante, años atrás, en que ambos se cruzaron en las escaleras del hospital de Moortown donde estudiaban, y sus piernas se negaron a seguir subiendo. Justo al lado del busto de Alexander Fleming. Richard había continuado su camino sin volver la vista atrás. Al llegar

arriba, ella se había vuelto y había mirado por encima de la barandilla para cerciorarse de que la aparición era real, no un producto de su imaginación adolescente. Entonces Richard se detuvo al pie de las escaleras, con la mano en la barandilla, y miró para arriba. Jane recordaba claramente que se había ruborizado.

–¿Vas a traer esos platos, Jane, o quieres que vaya yo a recogerlos? –preguntó la señora Bairstow asomando la cabeza por la puerta.

La historia se repetía. Jane corría a la puerta, tratando de ocultar su rubor a los ojos observadores de Richard. Al llegar a la cocina dejó los platos y se detuvo un momento a mirar por la ventana.

–¿Te importaría pasar las patatas por el pasapurés, por favor? –preguntó la señora Bairstow.

Richard y Robert seguían hablando del quiste ovárico cuando Jane volvió al comedor. Parecían llevarse bien. Bueno, eso la ayudaría a soportar la situación cuando se arrepintiera de haber permitido que Richard ocupara el empleo, tras jurarse que jamás volvería a dirigirle la palabra.

Una vez acabada la empanada de ternera y el pastel de manzana, Robert comentó que era la hora de su siesta.

–Órdenes del doctor. Henry Gregson puede ser el mismo diablo, cuando tienes la mala suerte de ser su paciente –explicó Robert.

–Papá, fuiste tú quien lo escogió como cardiólogo. Hay muchos especialistas eminentes en el norte que podrían…

–Henry es el mejor –aseguró su padre–. Lo era ya en la facultad, aunque me gustaría que no fuera tan autoritario. No te olvides de enseñarle el piso a Richard, Jane. Ya se lo he contado yo todo –añadió Robert levantándose de la mesa.

–¿Quieres tomar café? –ofreció Jane a Richard, consciente de su papel de anfitriona.

–Me encantaría –contestó Richard educadamente–, pero preferiría echar primero un vistazo al piso, para ir haciéndome a la idea. Así tendré tiempo de pensar en las preguntas que quiero hacerte.

–Claro, pero te advierto que está hecho un desastre. La señora Bairstow lo limpiará antes del fin de semana, así que si decides mudarte allí…

Ambos atravesaron juntos el terreno empedrado en dirección a los establos. No había caballos desde la época del abuelo de Jane. Al llegar, ella subió las escaleras exteriores de piedra que daban al piso construido sobre los establos. Aquella llave jamás había funcionado bien.

–Déjame a mí –se ofreció Richard poniendo una mano sobre las suyas.

Jane se sintió en cierto modo molesta ante aquel ofrecimiento. Sin embargo, le brindaba la oportunidad de disfrutar una vez más de la fragancia de la loción de afeitar de Richard, de deleitarse en su presencia. Hacía tanto tiempo que no… Dios, tenía todos los síntomas de una mujer sedienta de sexo. Tenía que reprimirse, levantar una muralla.

–Me sorprendería que considerases que el piso es habitable… además, es muy rústico. No tiene más que una ducha y un dormitorio diminuto… –comentó Jane enseñándole la polvorienta habitación. La ventana estaba abierta. Miriam, la gata, estaba acurrucada sobre la colcha–. Miriam, ¿qué diablos estás haciendo tú aquí?

Jane se acercó a la cama. La gata maulló y levantó la cabeza, esperando que la acariciaran. Jane olvidó su severidad y se inclinó para acariciarla. Richard la observó atentamente.

–¿Qué le ha pasado en la pata?

–Debió de caer en alguna trampa –contestó Jane–. Un día volvió a casa cojeando, con la pata medio colgando. Tuve que amputársela y escayolarla. Ahora anda muy bien, con tres patas. Además, está muy mimada. Todos la adoramos.

–No me sorprende –contestó Richard inclinándose para acariciarla, rozando accidentalmente los dedos de Jane.

Jane contuvo el aliento. Era como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

–Me la llevaré a casa –se apresuró a decir, tratando de ocultar su azoramiento.

–No, por favor, no te la lleves. Me encantan los gatos –alegó Richard sin dejar de acariciar a Miriam con sus largos dedos.

Jane levantó la vista y observó sus ojos azules, disfrutando de la sensación interior de derretirse. Solo por un instante, se dijo. Debía volver a adoptar su papel de jefa severa. Pero le resultaría difícil, si

él decidía mudarse a ese piso. Y por la forma en que hablaba, parecía que se lo estaba planteando en serio. Desde luego era una suerte contar con otro doctor, y además hombre. Podía defender la casa, llegado el caso… Jane enumeró mentalmente las razones por las que el arreglo resultaba práctico.

Sin embargo la idea de tener a Richard a unos pocos metros de su dormitorio la hacía estremecerse. ¿Cómo lo sobrellevaría? Aquel era solo el primer día, y ya había bajado la guardia. Jane miró a su alrededor. Le echaría una mano a la señora Bairstow. Iría incluso a Moortown a comprar unas cortinas nuevas. Es decir, si Richard decidía quedarse…

–Bueno, ya lo has visto, volvamos a tomar café.

Capítulo 2

Me muero por saberlo todo acerca de ese nuevo doctor, Jane. Dime, ¿es tan guapo como dicen? –al escuchar el tono de voz inquisitivo de su hermana, Jane se arrepintió de haber ido a visitarla aquella mañana. Debería haber imaginado que iba a acosarla a preguntas–. Hace años que no vienes a verme, comenzaba a pensar que estabas enfadada –continuó Caroline–. ¿Cómo es que has venido?

–Bueno, ha sido un impulso. Vengo de ver a un paciente, y pasaba por aquí…

–Tú nunca has sido impulsiva. Además, ¿qué te has hecho en el pelo?

–Me lo he lavado y he utilizado el cepillo que me regalaste por Navidad –contestó Jane pasándose la mano por los cabellos.

–Te queda mejor, pero deberías cortártelo. Lo tienes demasiado desordenado. Además, con unas cuantas mechas realzarías el color.

–Gracias, Caroline. Ya sabía yo que esta mañana iba a venirme bien que alguien me diera un poco de coba para elevarme la moral.

–Bueno, tampoco necesitas estar atractiva –continuó Caroline sin percatarse del sarcasmo de su hermana–. Al fin y al cabo, desde que rompiste con Paul…

–¡Caroline!, creía que habíamos convenido no volver a hablar de mi desastrosa relación con Paul. Es agua pasada, ¿por qué tienes que…?

–¡Lo siento, lo siento! –se disculpó Caroline alzando una mano–. No volveré a mencionarlo. El agua está hirviendo. ¿Tienes tiempo de tomar un café?

Jane vaciló. Ese era el tipo de cosas que ocurrían cuando uno era impulsivo. Quizá, simplemente, fuera a causa de la primavera. Jane miró por la ventana. Las ovejas pacían contentas, al sol del mes de mayo. Una de las ventanas estaba abierta, se podía oler la fragancia de las lilas.

–Me encantaría –contestó Jane–. Yo lo prepararé, tú termina la empanada. ¿Dónde está Tom?

–Durmiendo la siesta. Esta mañana se ha levantado de madrugada, y Mark se lo ha llevado con él a ordeñar a las vacas.

–¿Para ayudarlo, o para estorbar? –sonrió Jane–. ¿A qué hora vendrá Mark hoy a comer?

–Aún tardará, tenemos tiempo de charlar. Me muero por que me lo cuentes todo sobre ese tipo tan atractivo con el que trabajas. Según los rumores, es la viva imagen de Paul Newman. ¡De joven! Lleva ya un mes, y todavía estoy esperando a que me invites a la fiesta de bienvenida. Jamás te luciste por tus dotes sociales.

Jane echó el agua hirviendo sobre los granos de café molido. ¿Deseaba de verdad hablar sobre Richard con su hermana? Caroline no era de las que se conformaban con un informe superficial.

–Papá y Richard han celebrado ya unas cuantas fiestas privadas de bienvenida. Tengo que hablar con él acerca de su costumbre de beber. Está muy contento de que haya otro hombre en casa.

–Así que papá y Richard Montgomery se llevan bien, ¿eh? Bueno, eso será de gran ayuda.

–¿A qué te refieres?

–Creía que era evidente. Después del revuelo que has montado para que no fuera un hombre quien ocupara el empleo, me sorprende que al final cedieras.

–Papá es muy insistente.

–¡Sí, y tú! –rio Caroline–. De tal palo, tal astilla.

De pronto el móvil de Jane comenzó a sonar.

–¿Sí? Aquí la doctora Crowther.

–Soy Richard, Jane.

Jane se ruborizó. Su hermana sonrió de oreja a oreja.

–¿Sí, Richard?

–Ha llamado por teléfono un paciente, un tal Alan Greenwood.

–Sí, lo sé, he visto el mensaje.

–Según parece no se encuentra muy bien –continuó Richard–. Me ha pedido que te pregunte si podías ir a su casa. Dice que no es urgente, que puedes dejarlo para esta tarde o mañana, pero creo que es mejor ir ahora. Me gustaría ir contigo, por si tengo que ir a verlo yo solo en el futuro.

–Bien, volveré a la consulta e iremos juntos a verlo dentro de unos…

Jane miraba el reloj, pero su hermana gesticulaba llamando su

atención.

–Dile que venga a tomar café; le viene de camino, si pensáis ir a casa de Alan. Oh, vamos, hermanita, me muero por conocerlo…

–Está oyendo todo lo que dices, Caroline –advirtió Jane tapando el auricular.

–¡Bien!, pues dile que venga, ¿quieres?

–Ahora estoy en casa de mi hermana –continuó Jane por teléfono, respirando hondo–. Caroline quiere que te acerques a tomar café. No está lejos… ¿Ah sí? Bien, entonces tuerce a la izquierda cuando salgas a la carretera y…

Caroline sonreía de oreja a oreja mientras subía las escaleras en dirección a su dormitorio para cambiarse de ropa.

–Qué sorpresa tan agradable, en mitad de una mañana de intenso trabajo –sonrió Richard observando a las dos hermanas, sentadas frente a él en la mesa de la cocina.

¿Quién hubiera podido imaginar que fueran hermanas? Jane dio un sorbo de café mientras Caroline observaba a Richard con evidente admiración. Se había quitado el delantal y se había puesto unos vaqueros ajustados y una camisa muy sexy. Jane frunció el ceño, sonriendo para sí misma. ¡El comportamiento de Caroline era siempre tan predecible! Coquetear era para ella un pasatiempo, como ir de tiendas. Siempre había sido una chica alegre, y como esposa y ama de casa, aprovechaba cualquier oportunidad para alegrarse el día.

–Te aseguro que es un placer tener a un médico joven y soltero en mi cocina –comentó Caroline riendo sofocadamente, mirando a Jane de reojo–. Mi hermana no aprueba mi conducta, pero una de las ventajas de ser una adulta casada es que haces lo que te da la gana. Siempre y cuando nadie salga malparado, claro.

Jane observó a Richard. Estaba disfrutando de aquel café. Era consciente de que él también la observaba con mucha atención.

–No creo que seas tan mayor, no puedes tener más de… –comenzó a decir Richard.

–Veintisiete años, tres menos que Jane. Me casé a los dieciocho. ¡Hace siglos! Al terminar el colegio me pregunté qué diablos hacer. Siempre suspendía. Jane era la inteligente, ¿comprendes? Heredó el

cerebro de papá.

–Sí, y tú la belleza de mamá –intervino Jane–. Yo siempre fui Jane la fea. Pasé años con un aparato en los dientes, y jamás me interesó la ropa como a ti.

–Bueno –continuó Caroline con su historia–, fue una suerte que llegara Mark y me pidiera que me casara con él, porque si no, no sé qué habría hecho. El matrimonio es maravilloso, pero a veces me da envidia la gente soltera. ¡Tenéis tanta libertad!

–Yo no soy soltero, exactamente –repuso Richard dando un sorbo de café y haciendo una pausa, como si buscara las palabras adecuadas. Un escalofrío recorrió entonces la espalda de Jane, mientras esperaba oírle decir que tenía novia–. Estuve casado, una vez, pero llevo años solo.

La voz de Richard había sonado increíblemente triste. Jane hubiera querido saber algo más. El rostro de Caroline expresaba una inmensa curiosidad pero, por una vez, su hermana tuvo el sentido común de callar. No por mucho tiempo, claro.

–¿Tienes alguna relación con los Montgomery de Deepdale?

–Claro, Sylvia y Desmond son mis padres –contestó Richard reclinándose sobre la silla y dejando la taza de café sobre la mesa.

–¡Vaya! Sylvia era la modelo más famosa cuando yo era pequeña. He visto todas sus películas. ¿Sigue trabajando?

–No, ahora está retirada. Le encantaría volver a trabajar, pero solo le ofrecen papeles de ancianitas dignas y elegantes, y ella no quiere perder su imagen de mujer sofisticada.

–¿Y cómo se siente uno cuando su madre es una famosa actriz?

–Tengo que confesar que es un tema en el que jamás he pensado. Para mí, era simplemente mamá. Yo estaba interno en un colegio, así que solo volvía a casa por vacaciones, y aún entonces, solían mandarme de campamento o a casa de mis abuelos, en Escocia.

–Sí, supongo que por eso sigues siendo un extraño aquí. ¿Dónde trabajabas, antes de volver a Dales?

–En hospitales del este, pero los últimos años he estado haciendo prácticas en Leeds.

–¿Y cómo es que has dejado un hospital para ser médico general de pueblo?

–Bueno, es una larga historia –contestó Richard dejando la taza en la mesa y mirando el reloj–. Demasiado complicada para

contarla ahora.

Jane se puso en pie, ansiosa por marcharse antes de que Caroline siguiera haciendo preguntas. Tenía el presentimiento de que su hermana había tocado una fibra sensible.

–Creo que deberíamos marcharnos a ver a Alan. Si te parece bien, Richard.

Richard también se había puesto en pie. ¿Era solo su imaginación, o estaba deseando marcharse y evitar el interrogatorio?

–Iremos en mi coche, Jane. Recogeremos el tuyo después –comentó Richard tomándola del brazo y guiándola hasta la puerta.

Por lo general, si un hombre se tomaba esa libertad con ella, a Jane se le ponían los pelos de punta. Lo interpretaba como un gesto machista, como si ella no pudiera encontrar la puerta sola y necesitara que un hombre, un ser superior, tuviera que ayudarla. En aquella ocasión, en cambio, sentir la mano de Richard en su codo le resultó extrañamente tranquilizador.

No, era algo más que eso, era sensual. Jane se alegraba de no llevar puesta la chaqueta, de sentir aquella mano sobre la piel desnuda. Era excitante. Excitante, sí, esa era la palabra. Disfrutaba de una experiencia excitante con un hombre terriblemente atractivo y absolutamente fuera de su alcance, pero no había nada de malo en ello.

Jane respiró hondo y entró en el coche de Richard a duras penas. Le encantaba el descapotable, pero subir al asiento del pasajero con elegancia y decencia al mismo tiempo era imposible. Con su falda ancha de lana, la operación era complicada. Siempre había creído que daba la imagen de médico serio, de una persona en la que se podía confiar. Su aspecto no era el de una mujer frívola. No obstante, últimamente no hacía más que preguntarse si sus pacientes dejarían de confiar en ella si se vestía con más elegancia. Levantarse aquella mañana a las seis de la madrugada para estrenar el cepillo de su hermana había sido un acierto. Jane volvió la cabeza. Caroline los despedía con la mano.

–Llámame y cuéntame…

Por suerte, el ruido del motor del coche le impidió oír qué quería su hermana. Probablemente que se tratara de un cotilleo, de algo delicado. Jane giró de nuevo la cabeza y observó a Richard. Un

escalofrío le recorrió la espalda. ¡Dios, era guapísimo! ¿Qué había hecho ella para merecer el tentador martirio de estar a su lado? No estaba dispuesta a salir malparada una vez más. No, si podía evitarlo. Sin embargo no había nada de malo en contemplar a aquel hombre escultórico.

Richard quitó entonces una mano del volante y la puso sobre su brazo. Aquella vez, con la chaqueta puesta, el efecto no fue tan devastador. Jane sintió cierta opresión en el pecho.

–Estás muy callada, Jane –comentó Richard volviendo a poner la mano sobre el volante.

–Bueno, después de la tormenta de mi hermana viene la calma.

Richard soltó una carcajada. El sonido de su risa era glorioso. Jane adoraba escucharlo, era un sonido profundo y rico. Quizá fuera esa su perdición.

Richard dejó de reírse para concentrarse en la carretera. Quedaba la última subida al páramo. Una oveja, seguida de cerca por un corderillo, decidió de pronto cruzar el estrecho camino. Richard frenó súbitamente y respiró hondo.

–¡Deberías enseñarle a tu hijo a cruzar! –gritó dirigiéndose al atónito animal.

–Es la regla de oro de las ovejas –comentó Jane riendo–. Mirar a izquierda y a derecha, y cruzar como sea. Preferiblemente delante del primer coche que pase. Estoy segura de que las ovejas enseñan a sus corderos a jugar al escondite. A ver a cuántos coches pueden obligar a parar en seco sin que nadie resulte herido.

Richard volvió a poner en marcha el motor y subió la colina. Al acelerar, Jane sintió que la brisa le revolvía los cabellos.

–Me siento como si fuera una de esas ovejas lanudas –añadió tratando de ordenarse los cabellos–. No sé para qué me he molestado en peinarme esta mañana.

–No hay nada de malo en llevar el pelo revuelto, pero puede que la próxima vez prefieras ponerte un pañuelo.

De modo que habría una próxima vez. Las visitas médicas a casa de los pacientes se convertirían en una divertida distracción de la rutina habitual. Jane tenía el pulso acelerado. Hacía años que no se sentía tan viva. Al menos, desde… No, no volvería a pensar en Paul. Lo que sentía en ese momento era algo muy diferente. A pesar de todos sus prejuicios iniciales, Richard Montgomery parecía el tipo

de persona en la que se podía encontrar un amigo.

Durante el último mes, trabajando juntos, Jane había comenzado a admirar en él su profesionalidad y su actitud ante la vida. Resultaba revitalizador. Jane esperaba con ansiedad las mañanas en que coincidían en la clínica. Además, resultaba tranquilizador contar con la presencia de un hombre por las noches. No había casas a una milla a la redonda. Y no solo era tranquilizador…

Richard se había mudado a vivir al apartamento que había encima de los establos. Jane no dejaba de preguntarse qué sentiría si subiera aquellas escaleras de piedra, llamara a la puerta y se sentara a charlar con él de igual a igual, sin que los pacientes o su padre los interrumpieran. Bueno, en ese momento estaban solos, era casi como si salieran juntos, como si tuvieran una cita.

Nada más surgir esa idea en su mente, Jane reaccionó y volvió a la realidad. Recordó los años de universidad, cuando él la dejó plantada. Richard ni siquiera parecía recordarlo, y desde luego ella prefería callar. ¿O no? ¿No sería mejor averiguar qué pensaba él? De todos modos, aún era pronto. Aún estaban entablando una sencilla relación de amistad. Una relación simple, sin problemas, platónica…

–Tendrás que guiarme cuando lleguemos a la siguiente curva. He examinado el mapa, pero…

–Tienes que torcer a la derecha a medio kilómetro de aquí. El camino que lleva a casa de Alan tiene muchos baches, espero que no se te estropee tu precioso coche –comentó Jane vacilante–. No es un coche corriente por aquí.

–¿Eso es un reproche? –preguntó él sonriente.

–¡No, no! Era solo un comentario.

–Recuerdo el modo en que te quedaste mirando mi coche el primer día que llegué –repuso Richard girando el volante–. Parecías a punto de reventarlo con la mirada.

–Sí, ya me habían dicho otras veces que tengo ese efecto sobre la gente. Siempre dejo clara mi opinión, pero he cambiado de idea con respecto a tu coche…

–Has cambiado en muchas cosas desde que llegué.

–Para mejor, espero.

Richard detuvo el vehículo frente a un edificio bajo y largo y

contestó:

–Sí, definitivamente.

Jane sintió un escalofrío al oírlo. Richard la observaba casi con miedo, como si temiera que ella pudiera echar a perder aquel cálido instante de un plumazo. Por un momento se sintió culpable ante su actitud negativa inicial hacia él.

–Si al principio, cuando llegaste, no te di una calurosa bienvenida… –comenzó a decir Jane.

Richard tocó sus labios con un largo y sensual dedo seductor para hacerla callar.

–A veces, cuando la responsabilidad es agobiante, la gente se hace dura. Es su modo de enfrentarse a la situación. ¿Fuiste siempre la fuerte de la familia?

Jane se quedó mirándolo. Richard se había inclinado hacia ella. Podía sentir su aliento en el rostro, avivando las llamas del deseo en su corazón. Jane asintió, hipnotizada ante aquellos ojos sexys, soñadores. Cualquier mujer se habría dejado arrastrar por sus profundidades.

–Tenía trece años cuando murió mi madre, y mi padre se hundió. Seguía pasando consulta, pero era incapaz de seguir adelante con el resto de su vida. Entonces se me ocurrió poner un anuncio buscando una ama de llaves, y fue cuando la señora Bairstow vino a vivir con nosotros. Ella se encargaba de la casa, pero era yo quien mantenía a flote a la familia.

–Así que no tuviste tiempo de ser una frívola adolescente –comentó Richard con ternura.

–No, en absoluto. Mi padre estaba destrozado, y mi hermana seguía siendo terriblemente escandalosa. Aunque, a decir verdad, a los diecisiete me rebelé. En cuanto comprendí que mi padre lo había superado, me teñí el pelo de colores para llamar su atención.

–¿Y lo conseguiste? –preguntó Richard poniendo una mano sobre su hombro.

–¡Pues claro!, pero el resultado no fue el que yo esperaba. Papá casi me deshereda durante mi período Picasso.

–¿Tu período Picasso?

–Sí, por aquella época estudiábamos a Picasso en el colegio. Yo estaba fascinada ante la idea de que hubiera tenido una época azul, y decidí que yo también tendría la mía.

–Y aparte del pelo, ¿qué más te teñiste?

–Solo las uñas, pero era el pelo lo que molestaba a papá. Bueno, eso y los cuadros que colgué en la cocina. Me pasaba horas pintando cuadros abstractos…

Jane se interrumpió. Richard la observaba con aquella enigmática expresión con que la miraba siempre que hablaba. Debía de estar pensando que estaba loca.

Richard parpadeó. Por un instante había creído que a quien escuchaba era a Rachel. Jane tenía su misma alegría de vivir, su misma pasión por el arte, su mismo extraño sentido del humor. El aspecto de Jane, externamente, no tenía nada que ver con el de Rachel, pero en su interior… Richard trató de olvidarlo. ¿Es que jamás podría superar la tragedia de Rachel y seguir adelante con su vida?

–Escucha, tenemos que ver a nuestro paciente –se apresuró a decir Jane, nerviosa ante la forma de Richard de mirarla–. Se estará preguntando qué hacemos en el coche –añadió abriendo la puerta.

–¡Qué buenos sois viniendo a verme! –exclamó Alan apoyado en su bastón, nada más abrir–. Espero que no hayáis tenido que dejar a otros pacientes más graves por mí.

Jane sonrió. Alan siempre se estaba disculpando; era terriblemente modesto. Ningún otro paciente merecía su atención más que él. Jamás se daba importancia a sí mismo, a pesar de enfrentarse él solo a una terrible enfermedad. Debía de tener la misma edad que Richard, pero parecía diez años mayor.

Jane entró en el salón y miró a su alrededor. Aquella casa necesitaba una buena limpieza, pero Alan había declinado toda ayuda de los servicios sociales. Había dejado bien claro que no quería caridad.

–Y bien, ¿qué tal estás, Alan? –preguntó Jane dejándose caer en un viejo sillón.

El mueble estaba tan viejo que casi pegó con el trasero en el suelo. Jane trató de enderezarse, pero fue imposible. Richard había tomado la inteligente decisión de quedarse de pie. Jane volvió a mirar a su alrededor. La habitación era un puro desorden. La madre de Alan estaría revolviéndose en su tumba. Desde su muerte, un par de años antes, la casa había ido deteriorándose poco a poco. Aquel no podía ser el modo en que Alan había decidido vivir. En cuanto

su estado de salud empeorara, y la esclerosis múltiple fuera irreversible, se vería obligada a hacer algo.

–En realidad he estado bastante bien, doctora Jane, pero noto que me estoy quedando muy rígido. Cada vez me cuesta más moverme. Ayer me caí y me costó una barbaridad volver a ponerme de pie.

Jane miró a Richard, que revisaba el expediente del enfermo.

–Veo que aún no lo has tratado con beta interferon –comentó él.

–Bueno, la última vez que Alan vio al doctor Fairburn, el neurólogo de Moortown, él sugirió que esperáramos un poco –comentó Jane diplomáticamente, tratando de hacerle entender a Richard que era el último recurso.

–Bien, pues parece que ha llegado el momento, ¿no crees?

–Alan, vamos a darte una nueva medicación –afirmó Jane asintiendo.

Llamaría al doctor Fairburn en cuanto volviera a la consulta. Le diría que había decidido recetarle a Alan por fin beta interferon con la esperanza de retrasar el progreso de la enfermedad. Con un poco de suerte, mejoraría su movilidad.

–¿Es seguro? –preguntó Alan.

–Siempre existe la posibilidad de que se produzcan efectos secundarios –contestó Richard–, pero ha sido probado extensamente en los laboratorios, y sus efectos han sido positivos en casi todos los enfermos que se encontraban en el mismo estadio de la enfermedad que tú.

–Bien, entonces lo probaré.

–Mañana por la mañana te lo traeré –afirmó Richard poniendo una mano sobre el hombro de Alan.

Jane oyó el motor de un vehículo. Luego pisadas, que se detuvieron delante de la puerta. Una joven con vaqueros y una bolsa del supermercado entró en la casa.

–¡Diane! –exclamó Alan con el rostro encendido.

Jane creyó notar que la joven se ruborizaba. La reconocía vagamente. Había trabajado en un supermercado de Highdale, pero hacía varios años que se había marchado fuera.

–Hola, doctora. He venido a echarle una mano a Alan –comentó Diane mirando a Jane.

–Diane ha estado dando la vuelta al mundo –afirmó Alan

orgulloso–. Me ha enseñado muchas fotos de los lugares en los que ha estado. ¡Es tan interesante!

–Pues hoy va a ser aún más interesante, porque voy a limpiar toda esta porquería –aseguró Diane.

–Ya te lo he dicho, me gusta todo tal y como está.

–Bueno, si estás decidido a seguir con esa actitud… –comenzó a decir Diane, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la puerta.

–Pues yo creo que es una idea excelente –se apresuró Jane a decir–. Alan, no puedes esperar que Diane venga a verte muy a menudo con la casa así. Y supongo que para ti es difícil poner orden, ¿no?

–Está bien, Diane, acepto tu ayuda –cedió Alan resignado–. Trataré de ayudarte en lo que pueda.

–Eso espero –dijo Diane girando de nuevo sobre sus talones, sonriente–, porque si te has creído que voy a hacerlo todo yo sola…

Richard arrancó el coche y condujo por la carretera llena de baches. Jane volvió la cabeza y se despidió de Diane, de pie junto a la puerta.

–No comprendo qué relación une a esos dos –comentó Richard agarrando el volante mientras trataba de evitar un enorme charco–, pero tú conoces a todo el mundo aquí, así que…

–No, yo tampoco tengo ni idea de qué traman esos dos –contestó Jane reclinándose sobre el asiento–. Son de la misma edad, así que quizá fueran amigos de jóvenes. No sé si es que Diane ha vuelto de sus viajes por el mundo decidida a ayudar a los más necesitados o si…

–O si son amigos de verdad –terminó Richard la frase por él–. A veces se juntan parejas de lo más extrañas, ¿no crees?

–Cierto –afirmó Jane.

Ella y Paul, sin ir más lejos, eran perfectamente opuestos, y sin embargo habían tenido una aventura. Una aventura desastrosa, eso era cierto. Tan desastrosa y lamentable, que Jane estaba dispuesta a no repetirla nunca.

–Parece que a Alan le gusta Diane, solo espero que ella no se porte mal con él. Quiero decir, si deja de ir a verlo…

–Bueno, los vigilaremos de cerca –comentó Richard–. A veces,

cuando entran en juego los sentimientos, no basta con recetar un medicamento… Pero veámoslo por el lado positivo: será estupendo mientras dure, y cuando se marche, nosotros lo ayudaremos a reponerse.

–Pero nunca es fácil reponerse de situaciones así –afirmó Jane.

–¿Lo dices por experiencia?

–Sí, desde luego.

Jane había respondido en un tono de voz muy bajo. Richard se sintió tremendamente conmovido. A pesar de su aparente confianza en sí misma, las palabras de Jane escondían una inmensa tristeza. Resultaba evidente que había sufrido mucho. Jane parecía haber aceptado su destino en la vida, pero esa aceptación había supuesto para ella perder la pasión y la alegría, el espíritu de aventura. Por un instante Richard deseó escarbar aquella superficie, llegar a lo más hondo de su alma. A veces, en ciertas ocasiones, lograba vislumbrar vagamente a la verdadera persona que se escondía detrás. Aquella complicada mujer lo intrigaba y fascinaba al mismo tiempo, a pesar de su reserva.

Richard no deseaba volver a mantener relaciones con ninguna mujer. Ni siquiera sabía si sería capaz de ello. Jane, por otra parte, parecía una persona tan independiente que lo más probable era que tampoco quisiera atarse a nadie.

Richard jamás había salido con una chica tan independiente, tan fuerte, tan vivaz, ni que lo afectara tanto. Hasta Rachel, que en su vida profesional era una persona severa, accedía siempre a sus deseos. Jane era territorio virgen; un desafío, en todos los sentidos. En lo más profundo de su alma Richard sentía la necesidad de estrecharla en sus brazos, de sentir sus femeninas curvas contra el cuerpo, de acariciarla con ternura hasta que ella sintiera el deseo de acurrucarse contra él.

Pastando en medio de la carretera había un rebaño de ovejas. Richard se echó a la cuneta. El pastor asintió agradecido. De pronto comprendió que respiraba aceleradamente, y que su agitación no tenía nada que ver con el hecho de que tuviera que evitar a las ovejas. Si quería seguir trabajando en armonía con Jane tendría que comenzar a controlarse. Por un lado no quería echar a perder aquella amistad recién estrenada, pero por otro no había nada de malo en el hecho de seguir sus instintos.

–Me estaba preguntando si querrías salir conmigo una noche –comentó Richard con calma–. Hay un concierto en Moortown la semana que viene que…

–No será en el salón de recepciones del Ayuntamiento, ¿no? –lo interrumpió Jane.

–Pues sí, es en el Ayuntamiento, pero si no quieres…

–No, perdona, es que… son los recuerdos, ya sabes.

De modo que Richard no se acordaba de nada, reflexionó Jane. Evidentemente ella no era más que una de las muchas chicas a las que él había conocido brevemente, durante su gran época de esplendor. Bien, no le vendría mal volver atrás en el tiempo para liquidar alguno de los fantasmas de su pasado. Sobre todo si conseguía hacerle recordar a él. Jane no estaba muy segura de poder continuar con aquella amistad sin averiguar primero por qué Richard le había dado aquel plantón, doce años atrás.

–Sí, me encantaría ir a un concierto –se apresuró a corregirse, sorprendiéndose a sí misma con su entusiasmo.

Richard sintió una repentina aprensión. Jamás había salido con una chica como Jane, no sabía cómo manejar la situación. Ni siquiera sabía, en realidad, por qué le había pedido que salieran. El hecho de que ella lo intrigara no bastaría para soportar la velada, si Jane decidía aquella noche dar rienda suelta a su carácter y mostrarse fría con él, tal y como había hecho otras veces.

No obstante Jane era un desafío, así se lo había repetido a sí mismo durante todo un mes. Y lo cierto era que le gustaban los desafíos.

–Iremos en mi coche, así que no te olvides de llevar un pañuelo –añadió Richard.

–No olvidaré el pañuelo, si tú no olvidas la cita –contestó ella en voz baja.

Richard frunció el ceño confuso y posó una mano vacilante sobre el hombro de Jane. Algo en su interior lo urgía a acercarse a aquella fascinante y enigmática mujer. En realidad, lo único que sabía era que deseaba pasar más tiempo con ella. Sin embargo acercarse a una mujer como Jane era como acercarse a un perro rabioso. Jamás sabía cuándo iba a morderle.

–¿Qué quieres decir? ¿Te he dado algún plantón durante el mes que llevamos trabajando juntos?

Jane volvió la cabeza y se permitió el lujo de dejarse arrastrar hasta las profundidades de sus ojos azules. Podía sentir la excitación y el deseo crecer en su interior, sabía perfectamente que las emociones que él le había inspirado de joven no se habían desvanecido con el paso del tiempo. A pesar de todas las experiencias negativas que le había tocado vivir, sabía que si Richard daba el primer paso ella no escucharía la voz del sentido común. Se dejaría llevar por su corazón.

–No estaba hablando de ahora; no me has dado ningún plantón desde que trabajamos juntos –afirmó Jane, consciente de la mano de Richard sobre su chaqueta, deseando no habérsela puesto.

De pronto pasó un coche. Tenía que ser alguno de sus pacientes. Seguramente se estaría preguntando qué hacían parados en medio de la carretera. Jane se apartó, pero Richard se inclinó sobre ella y la tomó en sus brazos.

–No tengo ni idea de qué estás hablando, pero espero que algún día me lo expliques, cuando lo creas conveniente –comentó con voz ronca–. Siempre lo haces.

Jane lo miró a los ojos y vio en ellos sinceridad y, de pronto, decidió seguir su inclinación. Entonces él bajó lentamente la cabeza sin dejar de mirarla a los ojos, buscando cualquier pista que pudiera orientarlo con relación a la respuesta que podía esperar de ella. Jane contuvo el aliento, deseosa de sentir sus labios sobre ella. Y, cuando por fin la besó, fue como el leve contacto de las alas de una mariposa.

Apenas tuvo tiempo de saborear el instante, todo terminó muy deprisa. Richard se apartó. Jane se preguntó qué habría hecho él de haber encontrado en ella una respuesta más positiva y activa. ¿Y qué habría hecho ella?

Capítulo 3

Tengo las entradas para el concierto. Jane levantó la cabeza de la mesa mientras Richard asomaba la suya por la puerta de su despacho. Ella sonrió ligeramente, decidida a ignorar los acelerados latidos de su corazón. Desde el beso en el coche, Jane había decidido mantenerlo a distancia. Se reprochaba a sí misma comportarse como una adolescente.

–Es mañana por la noche, ¿verdad? Lo arreglaré para que los pacientes acudan a Moortown –añadió en tono profesional–. Ah, y, Richard… tienes que hacer una visita esta mañana. Se trata de Harry Fielding. Tiene artritis, y se ha puesto peor. Está en cama, pero su esposa piensa que debería levantarse, igual que yo. Tendrás que examinarlo y hacer un informe completo. Te sugiero que compruebes qué analgésico está tomando y que averigües por qué no ha ido a verlo el fisioterapeuta –terminó tendiéndole un sobre con el expediente.

Richard se acercó a la mesa y se quedó de pie, mirándola, con una expresión divertida.

–Me alegro mucho de que me des consejos; jamás habría sabido qué hacer.

–Lo siento –se disculpó Jane sonriendo sin poder evitarlo, tratando de mantener a pesar de todo una actitud fría–. Solo quería ponerte al corriente de la historia médica.

–Sí, es útil –contestó él serio.

Richard se inclinó para recoger el sobre y Jane olió su loción de afeitar. Resultaba muy tentadora. A pesar de ser solo las nueve de la mañana se estaba derritiendo. Jane alargó la mano para tenderle el sobre y sus dedos se rozaron, tal y como ella esperaba. Entonces levantó la vista para recrearse en la deliciosa sensación de placer.

Richard tocó brevemente su mejilla. Era un contacto muy poco profesional. Un mes atrás, ella habría respondido con un gesto de indignación, pero a esas alturas le resultaba imposible ignorar sus emociones. Desde el momento en que él la había besado, no

deseaba otra cosa que estar con él. ¿Por qué, entonces, se negaba a sí misma esos pequeños placeres, simplemente porque estuviera convencida de que la relación no podía durar?

Richard se dirigía ya hacia la puerta. Jane estaba segura de que la expresión de sus ojos la delataba. Él tenía que saber que ella no rechazaría una aventura con él. Tras marcharse él, Jane se quedó inmóvil en el despacho, incapaz de trabajar. Al oír que él ponía en marcha el coche respiró aliviada. Estaba reclinada sobre el asiento, con la mente en blanco, cuando Lucy Sugden, la enfermera recepcionista, la interrumpió.

–Ha llegado Fiona Smithson. Dice que ha venido antes de la hora porque tiene que ir a Leeds a ver a su madre.

–Bien, que pase.

–Voy a hacerme un chequeo general en Moortown la semana que viene, Jane, pero quería charlar contigo primero –dijo Fiona entrando en el despacho y sentándose frente a ella.

–Bien, y ¿qué tal te encuentras?

–Contenta de que me mandaras al hospital, antes de que las cosas empeoraran. Hace un par de meses ese médico de Moortown estaba empeñado en que solo tenía indigestión, y mientras tanto me estaba creciendo un quiste en el ovario. Ahora que estoy operada, me siento mucho mejor.

–Bien, estupendo. Si te tumbas en la camilla, te examinaré.

Jane comprobó que el abdomen de Fiona había recuperado su forma normal tras la operación, cinco semanas antes. Recordaba que había sido ingresada justo el día en que llegó Richard. La operación se había realizado al día siguiente.

–La cicatriz es limpia, y el vientre se te ha deshinchado –observó Jane.

–Sí, pero espero que vuelva a hinchárseme muy pronto –comentó Fiona sonriendo cohibida–. No hay ninguna razón por la que no pueda quedarme embarazada, ¿no?

–No, pero sería mejor esperar unos meses. Se requiere tiempo para que todo vuelva a su sitio y funcione normalmente.

–Pero al operarme no me han dañado el ovario, ¿verdad? Es decir, aún produzco los óvulos necesarios para tener un hijo, ¿no?

–Eso tendrás que preguntárselo al doctor Thomas, cuando vayas a verlo la semana que viene. Él te dirá si tu ovario sigue

funcionando con normalidad pero, de todos modos, el otro no ha sido afectado. Tendremos que esperar para saberlo.

–Gracias, Jane. Me gusta venir a hablar contigo antes de ir al hospital. No es que me den miedo los hospitales, pero…

–Ven a verme cuando quieras, Fiona, para eso estoy.

Jane estaba a punto de llamar a Lucy por el interfono y pedirle que dejara pasar al siguiente paciente cuando llamaron al teléfono.

–Aquí el doctor Crowther… ¡Richard!

La molestaba terriblemente resultar siempre tan transparente. ¿Por qué tenía Richard que pillarla desprevenida? ¿Por qué había gritado su nombre así, como si hiciera siglos que no lo viera?

–Ya he visitado a Harry Fielding. Según su mujer, se niega a que lo vea el fisioterapeuta de siempre.

–¿Era Grace Purdy?

–Sí, exacto.

–Ah, es una buena fisioterapeuta, pero a veces es un poco dura con los enfermos. Llamaré al centro de fisioterapia y buscaré otro. Conozco a la persona adecuada, insistiré en que sea él quien se encargue.

–Estoy convencido de que lo conseguirás, Jane –comentó Richard.

–¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

–Tú, pero ya me estoy acostumbrando.

¿Cómo se atrevía Richard a reírse de ella? Jane colgó y enseguida comenzó a sonreír, viendo el lado divertido del asunto. Quizá hubiera exagerado, entonando una voz demasiado autoritaria solo para mantener ante Richard su imagen de jefa. ¿No sería mucho más fácil dejar de actuar delante de él?

Jane se sentó y se quedó inmóvil. Habría sido mucho más fácil seguir como estaba antes de que llegara Richard, evitar todas aquellas emociones. ¿Pero no habría sido, también, mucho más aburrido? Jane se reclinó sobre el sillón y pensó en la cita que tenía con él al día siguiente. Sabía que se estaba comportando como una adolescente, pero era así como Richard la hacía sentirse. Así se había sentido también, hacía años, cuando se citaron por primera vez para ir a un concierto.

Pero en aquella ocasión él le había dado plantón. Jane recordaba que eso la había destrozado. ¿Por qué le concedía otra

oportunidad, después de tantos años? ¿Acaso no había comprobado que, con relación a los hombres, era una completa ingenua? Le habían dado tantos plantones que estaba segura de que la historia volvería a repetirse. Y, aunque su cita del día siguiente saliera bien, Richard no tardaría en cansarse de ella y buscar otra mujer más excitante.

Richard aparcó el coche en el aparcamiento situado junto al Ayuntamiento y dio la vuelta para sujetarle la puerta a Jane. Ella se agarró la falda y trató de salir sin enseñar demasiado las piernas. Había sido Lucy quien le había sugerido que se vistiera especialmente para la ocasión, pero Jane se estaba arrepintiendo.

Al concierto asistirían el alcalde y un montón de personalidades, de modo que Jane se había puesto un traje de seda color crema que había comprado para una boda. En aquel momento, sin embargo, estaba convencida de que iba demasiado elegante. Y Richard debía de estar pensando lo mismo.

–Voy demasiado elegante, ¿verdad?

–Estás encantadora, absolutamente encantadora –contestó él.

–Sí, y pasada de moda.

Tenía que admitir que se había vestido así con la intención de que Richard se sintiera orgulloso de ella. Sin embargo, ¿desde cuándo le importaba lo que pensaran los demás? Hubiera debido mantenerse fiel a sí misma, pero… últimamente estaba tan confusa que ya ni siquiera sabía quién era.

Añoraba los días tranquilos de su vida, antes de la llegada de Richard, cuando no tenía ese tipo de preocupaciones. No obstante, al levantar la cabeza y contemplar el perfil de él, sus pómulos prominentes, su mentón decidido, sus labios sensuales… no podía evitar sentirse feliz de tenerlo a su lado.

Richard y Jane subieron la magnífica escalinata que daba al pórtico de columnas del Ayuntamiento. El edificio, recién restaurado, resultaba imponente. Años atrás, de pie en aquellas mismas escaleras, Jane recordaba haberse sentido intimidada ante tanta magnificencia.

–Y, ya que estamos aquí, dime: ¿cuánto tiempo hace que no vienes a un concierto?

–No había vuelto desde los dieciocho años, desde que tuve aquella experiencia.

Richard la miró confuso y, tras unos instantes, preguntó:

–¿Por qué? ¿Qué te ocurrió a los dieciocho años?

Estaban en el pórtico, apretujados entre una multitud de gente. Era como estar en medio de la corriente de un río.

–Recuérdame que te refresque la memoria más tarde –contestó ella.

Una vez sentados en sus butacas, Jane se relajó. Su traje no parecía excesivamente elegante en medio de aquella sala. Jane se volvió hacia Richard y admiró su traje de etiqueta gris marengo.

–Lucy tenía razón, aquí viene gente importante. Mi traje no llama la atención. Ojalá me hubiera traído mi diadema de diamantes.

–¿Quieres que vuelva a casa a recogerla? –sonrió Richard tomando su mano.

–¡Demasiado tarde! –susurró Jane al ver que el director de orquesta salía a escena.

Richard retiró la mano demasiado pronto, pero Jane siguió sintiendo su calor durante todo el concierto. Al escuchar el último movimiento de la sinfonía coral de Beethoven se sintió conmovida. Aquella parte siempre la hacía llorar. Instintivamente, Jane se inclinó hacia Richard y tomó su mano. Solo al sentir que él la apretaba se dio cuenta de lo que había hecho. Él la agarró con tal fuerza que Jane no pudo retirarla. Entonces levantó la vista y él sonrió seductoramente. Jane le devolvió la sonrisa y se secó las lágrimas con la otra mano.

En aquel instante le resultaba imposible diferenciar las emociones que la invadían: la música, las ideas románticas que él había sabido despertar en su corazón. Jane volvió la vista hacia el escenario fingiendo que se concentraba en lo que allí ocurría.

Para Richard aquella experiencia fue reveladora. Jane fingía concentrarse en la música. Estaba comenzando a arañar la superficie, a descubrir su complejo carácter. Por fuera parecía dura y fuerte, pero por dentro era dulce y sensible.

La mano que estrechaba entre las suyas era más pequeña de lo que había supuesto mientras la veía trabajar con los pacientes. Su piel era suave, su contacto sensual y excitante. Al contemplarla,

Richard admiró la luz que irradiaba de su rostro, de rasgos poco destacados. La belleza de Jane era etérea.

Richard sintió renacer el deseo en él. Anhelaba tomarla en sus brazos y estrecharla contra sí, acariciarla larga, suavemente, hasta obtener de ella la respuesta que esperaba.

Al terminar el concierto la gente comenzó a aplaudir y él le soltó la mano. Jane aplaudió fingiendo no darse cuenta. Richard se puso en pie y alargó un brazo hacia ella.

–Tengo reservada una mesa en Giovanni's.

–¡Estupendo! –exclamó ella–. Me encanta la cocina italiana. ¿Cómo lo has adivinado?

–Me lo dijo un pajarito.

–¡La señora Bairstow! ¡Por eso esta noche todo el mundo sabía a dónde íbamos!

–¿Te importa?

–No, si no te importa a ti.

–¿Y por qué iba a importarme? –preguntó Richard con una expresión de sorpresa, mientras ambos luchaban por salir entre la multitud.

Jane no contestó. Él debía saber perfectamente a qué se refería. Jane recordaba con detalle a todas las chicas con las que él había salido en su época de estudiante, recordaba cómo las miraba de lejos, con envidia.

Richard sugirió que dejaran el coche aparcado donde estaba para ir caminando al restaurante. Al abrir la puerta el aroma a especias, típica de la cocina italiana, invadió el ambiente.

–¡Mmm, me encanta este olor!

Richard sonrió. Jane era infantil en un sentido muy especial, y aquel rasgo le resultaba particularmente atractivo. Esa era una de las cosas que primero lo habían atraído de Rachel, nada más conocerla. Richard se puso serio. Se había jurado a sí mismo no comparar a nadie jamás con Rachel. A pesar de los años transcurridos, su recuerdo seguía siendo para él doloroso. Durante el último mes, sin embargo, se había ido haciendo cada vez más soportable. Al comprender que comenzaba a olvidarla, Richard sintió una punzada de dolor.

–Una cena italiana debe comenzar siempre por pasta –afirmó Jane con una enorme sonrisa de satisfacción mientras enrollaba los

fettuccine en el tenedor.

–Eres una experta, si me permites el comentario –comentó Richard observándola–. Veo que has estado aquí antes.

–No, en este restaurante no, es demasiado caro. Me acostumbré a comer pasta cuando era estudiante. Había un sitio muy barato en el centro comercial –contestó Jane dejando el tenedor sobre la mesa.

Ya que hablaban de su época de estudiantes, ¿no era aquel el mejor momento para contarle lo ocurrido?, se preguntó Jane.

–Sé a qué restaurante te refieres –alegó Richard–. Creo que se llamaba Antonio's. Yo solía llevar allí a todas mis novias, era el sitio más barato.

–Pues a mí no me llevaste –contestó Jane respirando hondo.

Richard levantó la cabeza del plato. Sentía curiosidad por saber por qué Jane adoptaba de pronto ese tono de voz.

–Bueno, a ti no te conocía, ¿no?

El corazón de Jane latía aceleradamente. Era una suerte que hubiera tanto ruido en el ambiente, porque de ese modo Richard no podría oírlo. En su mente, en cambio, era como si todo el comedor estuviera en silencio.

–¿No me conocías? ¿Estás seguro?

Richard alargó una mano y tomó la de Jane, pero ella la retiró como si le quemara.

–Jane, ¿qué ocurre? ¿De qué estás hablando?

O entonces, o nunca, se dijo Jane en silencio.

–Me pediste que nos encontráramos en la escalinata del Ayuntamiento a las siete. Íbamos a un concierto que comenzaba a las siete y media.

–¡Dios mío, qué memoria tienes! ¡Te juro que no recuerdo nada de eso en absoluto!

–Porque no tuviste que esperar de pie, en las escaleras, en medio de la lluvia, en pleno invierno, helado y muerto de humillación. Te esperé durante una hora entera, hasta que comprendí que no ibas a aparecer.

–Jane, te aseguro que yo…

Richard se interrumpió al ver llegar al camarero para retirarles los platos. ¿Cómo podía haber sido tan insensible en aquella época? ¡Si pudiera recordar lo sucedido!, se lamentó. Sin embargo todo lo

relativo al tiempo en que conoció a Rachel se desvanecía en una niebla de olvido imposible de discernir.

–Jane, cuando estudiaba medicina había muchas chicas… –comenzó a decir Richard a modo de disculpa, en cuanto el camarero se marchó.

–Sí, ya sé que vivías rodeado de chicas –lo interrumpió Jane secamente–, pero eso no te daba derecho a comportarte como un arrogante. ¿Cómo crees que me sentí yo?

Richard sintió que perdía el apetito al comprender que Jane estaba realmente enfadada.

–No puedo ni imaginarme cómo te sentías, pero si de verdad fue culpa mía…

–¿Si de verdad fue culpa tuya? –repitió Jane de mal humor, bajando la voz al ver que la gente los miraba–. ¿Y de quién iba a ser, si no?

–¿Pero por qué no me dijiste algo entonces? –preguntó Richard con ojos suplicantes, tratando de obtener su perdón–. ¿Por qué no te acercaste a mí en la facultad y…?

–¿Quieres decir acercarme al héroe del último curso, al rompecorazones?, yo, una cría de primer curso? Debo confesar que, para empezar, me sorprendió mucho que me invitaras a salir –contestó Jane tomando de nuevo el tenedor y jugando con la comida, desganada–. Escucha, no pretendía echarte a perder la cena. Solo quería refrescarte la memoria, saber por fin por qué me diste plantón. Esperaba que me dijeras que, en el último momento, te habían llamado de urgencias o algo así, cualquier cosa que me hiciera sentir que no soy tan insignificante.

Durante la conversación, Richard había tratado en vano de tomar a Jane de la mano. Ella se aferraba al mantel, apretaba los puños en el regazo. Richard se puso en pie y dio la vuelta a la mesa. La miró a los ojos, se inclinó sobre ella y tomó su rostro con ambas manos.

–Escucha, yo jamás habría hecho nada que pudiera herirte –afirmó con calma–. Ahora, cuando miro atrás hacia mis años de estudiante, siento como si todo eso le hubiera ocurrido a otra persona. Lamento infinitamente haberte dado plantón.

Jane observó sus ojos azules, llenos de sinceridad, y sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Comprendía que Richard no

recordara nada acerca de aquel incidente que, para ella, había sido crucial a la hora de formarse una opinión sobre el sexo opuesto. Fuera cual fuera la razón por la que él le había dado plantón, tenía que perdonarlo, olvidarlo y seguir adelante. Durante su época de estudiante, Rick Montgomery tenía reputación de rompecorazones, pero ella jamás había tenido la oportunidad de comprobar si eso era cierto. Se había quedado a un paso.

En cambio, como adulto, Richard era un hombre sensible y de corazón, y no podía evitar admirarlo. Jamás había sentido eso por nadie, pero si continuaba escarbando en la antigua herida lo echaría todo a perder.

–Te perdono.

–Gracias –dijo él acariciando sus mejillas suavemente, con voz ronca por la emoción, para inclinarse después y besarla en los labios.

Jane trató de reprimir un gemido mientras Richard se enderezaba y volvía a su asiento. Fue entonces cuando notó que la gente los miraba. Jane volvió la vista hacia Richard y se sintió reconfortada ante la tierna expresión de su mirada.

–Creo que esto merece un brindis –dijo él llamando al camarero–. Por tu expresión, me parece que hemos ahuyentado a un fantasma.

–Puedes estar seguro –sonrió Jane.

–Entonces, ¿ya pasó? ¿Estoy libre de culpa por completo? –preguntó Richard en tono de ruego, ladeando la cabeza como un niño, buscando su aprobación.

–Digamos libre de culpa a un noventa y nueve por ciento, pero no te lo tendré en cuenta.

–¿Es esa la razón por la que te mostraste tan fría y severa conmigo nada más llegar aquí?

En ese momento llegó el camarero con la botella de champán, que procedió a abrir. Ambos esperaron a que descorchara el tapón antes de continuar.

–En parte, pero no es esa la única razón por la que no me hacía gracia tener a un hombre por compañero de trabajo.

–¿No? ¿Y qué otras razones tenías? –preguntó Richard alargando la espumosa copa para chocarla contra la de Jane.

Jane vaciló antes de dar un sorbo. Dio un trago largo, y

enseguida se sintió algo mareada.

–Eh… si bebemos los dos, ¿quién va a conducir luego el monstruo?

–Ya he pensado en eso. Llamaré a un taxi, y mañana volveremos a recoger el deportivo.

–¿Volveremos? ¿Es que hemos tomado los dos una decisión juntos? –inquirió ella.

–Por favor, señorita jefe, ¿me traerías mañana, después de la consulta, a recoger el coche?

–¿Eso soy para ti? ¿Así es como me ves? –rio Jane.

–Bueno, tú pareces bastante empeñada en mantener esa imagen ante mí. La verdad es que a mí no me importa; me doy cuenta perfectamente de que estás actuando. De todos modos, aún no has contestado a mi pregunta. ¿Qué otras razones tienes para no confiar en los hombres?

Jane bebía deprisa, se sentía cada vez más desinhibida. Jamás se había sentido tan a gusto con Richard. Dejó la copa en la mesa y contestó:

–He sufrido una larga serie de romances desastrosos a lo largo de los años.

–¿A lo largo de los años? –repitió él–. ¡Pero si solo tienes treinta! Lo dices como si hubieras terminado definitivamente con el amor.

–Es gracioso que lo digas, porque después de mi última relación decidí no volver a tener más aventuras.

–Yo sentí exactamente lo mismo cuando perdí a mi mujer –confesó él en voz baja–. Fue hace mucho tiempo.

–No puede hacer tanto tiempo. ¿Cuántos años tienes? ¿Treinta y cinco?

–Sí, pero es como si hubiera transcurrido toda una vida, créeme. Ya no soy la misma persona.

Los murmullos de la gente parecían llegar a oídos de Jane a borbotones, como las olas del mar, pero ella no les hizo caso. Estaba absorta en los ojos de Richard, de expresión sincera y angustiada.

–¿Ella te…?

–Rachel murió a los veintisiete años. Llevábamos casados seis meses –explicó Richard.

Jane sintió que el corazón se le encogía. El tono de voz de Richard era lastimero.

–Ante algo como eso, mi experiencia amorosa no significa nada. ¿Cuánto tiempo se tarda en superar algo así, Richard?

–Eso mismo me pregunto yo, constantemente –contestó él con ojos llorosos–. Escucha, no quiero echar a perder la velada con recuerdos del pasado.

–Pero yo quiero saber más cosas de ti –alegó Jane alargando una mano para agarrar la de él.

–Y yo de ti, pero ya habrá tiempo de contárnoslo –contestó Richard estrechando las manos de Jane entre las suyas–. Creo que esta noche he comenzado por fin a mirar hacia el futuro.

–Y yo –confesó Jane tragando.

¿De qué estaba hablando?, se preguntó Jane. No estaría comprometiéndose en una nueva relación, ¿no? Darle a Richard otra oportunidad era una locura, estaba leyendo demasiadas cosas entre líneas. Para él, salir con ella aquella noche era simplemente un entretenimiento, una forma de olvidar la tragedia de su matrimonio.

Jane se alegraba de haber aclarado por fin lo sucedido entre ambos años atrás. Después de lo que acababa de contarle, estaba decidida a ser amable con él. No le costaría nada, en realidad. El problema era su imaginación, que siempre se desbordaba con relación a él, pensó mientras saboreaba un helado.

–Quizá mañana comience una dieta.

–No te hace falta –sonrió Richard–. Te vendrá bien ganar unos kilos.

–¿De verdad lo crees? –preguntó Jane aliviada, observando el cambio de actitud de Richard–. Mucha gente me dice que estoy desmejorada, pero después de lo que he comido esta noche…

–La palabra correcta es esbelta, no desmejorada. Eres alta y delgada, perfecta.

–Jamás seré tan guapa como Caroline.

–Bueno, la belleza física es algo muy superficial. La verdadera belleza estriba en la suma total de rasgos del carácter.

Jane se quedó mirándolo. ¿Qué quería decir exactamente con eso? La expresión de sus ojos, tan dulce, la ponía nerviosa. Nadie, jamás, le había hecho un cumplido así. Estaba acostumbrada a que alabaran su inteligencia. Richard, en cambio, la miraba como si la admirara como mujer.

A pesar de todo no podía creerlo. ¿Con cuántas mujeres más bellas que ella se habría sentado Richard a cenar? ¡Y ahí estaba ella, con un traje pasado de moda, rescatado del fondo del armario! O hacía un gran esfuerzo, o Richard perdería todo su interés.

Richard se inclinó hacia delante para servirle el último sorbo de champán de la botella. ¿Sería posible que se la hubieran bebido entera? No era de extrañar que se sintiera flotar.

–Llamaré a un taxi –afirmó Richard sacando el móvil–. Tomaremos café mi casa.

Jane lo miró sonriente. Eso era lo que más le gustaba en los hombres: que supieran lo que querían. Richard se daba cuenta perfectamente de que ambos deseaban abandonar el restaurante y estar solos.

Jane se acurrucó junto a él en el asiento trasero del taxi. Richard rodeó sus hombros con un brazo. Todo parecía natural, como si se conocieran desde hacía mucho tiempo. Y, en cierto sentido, así era. Jane había pensado en él a menudo, a lo largo de los años. La magia de la velada había hecho renacer los sentimientos que albergaba hacia él desde su época de estudiante. Richard era guapo, sexy, un hombre profundamente deseable. En aquel entonces ella lo había mirado de lejos, deseando ardientemente que él se fijara en ella. Y de pronto había ocurrido, era inconcebible. Estaba con él, tenía su cuerpo viril junto al suyo, su brazo la estrechaba, sus dedos le acariciaban seductoramente el hombro.

Jane cerró los ojos y saboreó el instante. Deseaba que aquella noche durara para siempre. En medio de aquel estado de semiembriaguez, Jane era consciente de su más profundo anhelo: deseaba que Richard le hiciera el amor. Solo importaba el presente. Enfrentarse a la realidad, a la cruda luz del día, sería tarea del día siguiente.

Recostada sobre las almohadas, a la escasa luz de un amanecer que apenas había despuntado, Jane trató desesperadamente de recordar por qué estaba en el diminuto dormitorio del piso de encima de los establos. Se sentía como nueva. Era como si se hubiera mudado de piel y fuera otra criatura por completo nueva.

Jane giró en la cama y observó la figura que yacía a su lado.

Dormido, Richard resultaba aún más irresistible que despierto. Ella alargó una mano para tocarlo, para acariciar con los dedos aquella suave piel y recordar el placer sensual que había experimentado la noche anterior.

Richard abrió los ojos y sonrió larga, sensual y perezosamente, como si quisiera a toda costa evitar aún la llegada de la luz del día. Ambos seguían flotando en una nube, y él parecía aferrarse a ella tratando de evitar que pudiera escapar.

Lentamente, Richard alargó un brazo y la estrechó contra su cuerpo. Jane no trató de reprimir en modo alguno el gemido que escapó de sus labios. Su piel, aún temblorosa después de su último acto de amor, pareció renacer a la vida, ardiente de deseo. Al sentir sus dedos acariciarla, Jane volvió a disfrutar de un éxtasis de sensaciones en su interior. Entonces tomó el rostro de Richard en sus manos y lo besó en la boca.

Jane pegó su cuerpo al de él sintiendo una creciente ola de sensaciones renacer en su interior. Richard la acarició con las manos y con la lengua hasta que ella no pudo soportar más la tensión. Cuando la penetró, Jane dejó escapar un gemido de éxtasis. Lentamente ambos cuerpos aunaron su ritmo en una experiencia más allá de este mundo.

Jane gritó al sentir el clímax, aferrándose a él como si no quisiera dejarlo escapar. Después, saciados ambos, abrazados, ella se sintió como si acabara de nacer. Jamás se había sentido así…

El sol se levantaba en el cielo, delante de la ventana, al despertar Jane por segunda vez. ¿Sería posible que hubieran hecho el amor sin echar las cortinas? ¿Y si a su padre se le hubiera ocurrido pasear por el jardín? Jane tiró de las sábanas y se tapó la barbilla.

–¿No es terrible volver a la realidad? –susurró Jane. Al otro lado de la cama no hubo respuesta–. ¡Richard!

La puerta se abrió en ese momento. Richard entró envuelto en un albornoz. Despeinado, estaba encantador, infantil. Los cabellos castaños le caían por la frente.

–He traído café –dijo él ofreciéndole una taza.

Jane alzó una mano para agarrarla, sintiéndose de pronto

terriblemente consciente de su desnudez. Una cosa era desinhibirse de noche, debido al efecto del champán, y otra muy diferente hacerlo a la luz del día. Jane observó las sábanas revueltas. Fue justo entonces cuando comprendió de verdad lo que había hecho: había roto todas sus normas, se había pasado de la raya. ¿Cómo recuperar la imagen que pretendía mantener ante Richard? Más aún, ¿lo deseaba, realmente? ¿No era mucho más divertido poder experimentar una noche como la que acababa de pasar? Sin embargo ya había vivido esa experiencia. Dar rienda suelta al instinto no conducía más que al desastre.

Jane gimió en tono de protesta. ¿Cuándo aprendería? Entonces Richard le quitó la taza de las manos y la besó dulce, suavemente.

–Si no te encuentras del todo bien, ¿me permites que te sugiera que te tomes el día libre? Puedes decir que son órdenes de tu doctor.

–Jamás me tomo un día libre –contestó Jane recuperando al cien por cien su sentido común.

–Bueno, quizá haya llegado el momento de hacerlo. Eres demasiado eficiente, descansa. Tómate la mañana libre, por la tarde podemos ir a dar un paseo.

–Sabes muy bien que no puedo; tengo demasiadas cosas que hacer –contestó Jane mirando a su alrededor, buscando su ropa.

–Bueno, si prefieres hacerte la mártir…

–No me hago la mártir, simplemente soy práctica.

Nada más decirlo Jane comprendió que había roto el hechizo, la magia que aún flotaba entre ellos desde la noche anterior.

–Eso ya lo veo –contestó Richard–. Iré a dar un paseo mientras te vistes.

Jane se recostó en la cama y lo oyó bajar las escaleras. Corrió a la ventana y lo observó cruzar el jardín hasta el sendero. Por un momento deseó correr tras él, tomarlo de la mano y estrecharlo contra sí mandándolo todo a paseo. Necesitaba remolonear. Había una espesa capa de rocío sobre la hierba. La niebla se levantaba en el valle ocultando Highdale por completo. Solo se veía la aguja de la iglesia, emergiendo en medio de aquel manto de camuflaje, reluciente al sol.

Dar un paseo por el campo era el modo perfecto de comenzar el día. Jane observó a Richard caminar a paso firme, con la cabeza

bien alta y el gesto desafiante. ¿Quién hubiera podido culparlo? Era ella quien había echado a perder la magia, tenía que reconocerlo. La noche anterior se había mostrado despreocupada, pero le era imposible permanecer así durante demasiado tiempo.

Capítulo 4

Tengo un paciente que insiste en verte, Jane –dijo Richard. Ella estaba en el coche; llegaba tarde, pero bajó la ventanilla–. No pongas esa cara, supongo que se trata de un problema ginecológico. Debe de ser un tanto tímida. Ni siquiera ha querido contarme de qué se trataba. Ya sé que llegas tarde, pero…

–No importa.

Jane contempló los ojos azules de Richard y sintió que se derretía. Estaba demasiado cerca. Desde aquella noche idílica entre ellos dos, cuatro semanas atrás, Jane no había sabido cómo manejar el asunto. En parte deseaba dejarse llevar y tener una aventura, pero sabía que ese camino no le deparaba sino dolor. Y no se creía capaz de soportarlo.

Al mirarlo a los ojos, Jane sintió deseos de decirle que lamentaba haber terminado de un modo tan poco romántico su primera cita, pero quizá Richard se alegrara de que ello. Quizá incluso hubiera encontrado a otra mujer, o quizá, simplemente, ella lo hubiera asustado. Caroline siempre le decía que causaba ese efecto sobre los hombres. Fuera cual fuera la razón, desde aquella noche mantenían una relación estrictamente profesional.

–¿De qué paciente se trata, Richard?

–De Sara Holdsworth.

–Ah, Sara. Fuimos juntas al colegio.

–Sí, casi todas las pacientes son amigas tuyas –sonrió Richard.

–Está bien, volveré a la consulta y la examinaré.

–¿Quieres que vaya yo a hacer las visitas mientras tanto? –preguntó él abriendo la puerta del coche.

–No, prefiero ir yo. Quiero comprobar cómo le sienta el beta interferon a Alan Greenwood y, de paso, ver cómo tiene la casa.

–¿Y eso no puedo hacerlo yo? –preguntó Richard–. ¿Qué haríamos todos, de no ser por ti?

–Eso no es justo, no puedo evitar tomarme mi trabajo en serio –protestó Jane.

Richard la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo a la cara. Era la primera vez que la tocaba desde aquella noche memorable. Jane reprimió un estremecimiento de deseo.

–Si es eso lo que te gusta, ser eficiente a toda costa… Pero deberías tomarte un descanso de vez en cuando. ¿Qué tienes pensado hacer esta tarde?

–No hay nada que hacer, a menos que se produzca una emergencia –contestó Jane con el corazón acelerado.

–¿Quieres que nos tomemos la tarde libre? Hace un día maravilloso para dar un paseo por las montañas.

Jane vaciló. ¿No era eso lo que había estado esperando secretamente, durante las últimas cuatro semanas?

–Suena estupendo, pero tenemos que estar en la consulta a última hora de la tarde.

–Por supuesto –contestó Richard solemne–. Jamás soñaría con interrumpir el curso regular de la consulta.

–Bien, entonces entraré a ver a Sara.

Richard la siguió, pero ambos se separaron para dirigirse a sus respectivos despachos. El rostro de Sara se iluminó al ver a Jane.

–Gracias por venir, Jane. Temía no encontrarte. El doctor Montgomery es encantador, pero se me está hinchando el vientre, y llevo cinco meses sin tener la menstruación.

–Bueno, entonces el diagnóstico parece fácil. Si me dieras una muestra de orina…

–Ya me he hecho ese test esta mañana, lo compré en la farmacia. Y ha dado positivo, pero no puedo estar embarazada.

–¿Y por qué razón no puedes estar embarazada, Sara?

–Porque he tomado la píldora todos los días, no me he saltado ni una. No me atrevería, Ray se pondría furioso.

–Así que Ray no quiere que te quedes embarazada, ¿no es eso?

–¡Por supuesto! Él quiere que esperemos a ganar algo más de dinero.

–Y a ti eso, ¿qué te parece?

–Bueno, yo quería quedarme embarazada en cuanto nos casamos. Ya tengo treinta años, pero Ray no está de acuerdo.

–¿Has tomado alguna otra medicina mientras tomabas la píldora, Sara?

–No, ninguna –contestó Sara deteniéndose un instante para

recapacitar–. Bueno, he tomado unas hierbas inofensivas, un remedio que me trajo mi madre de la farmacia. Estaba un poco nerviosa. Nada serio, simplemente me sentía un poco deprimida por tener que esperar.

–Y esas hierbas… ¿cómo se llaman?

–Es un preparado de St. John. Mi madre dice que es milagroso.

–¡Ah, claro! Ahora comprendo. Recuerdo haber leído un artículo hace tiempo, según el cual los preparados de St. John pueden tener efectos muy diversos cuando se toman al mismo tiempo que otros medicamentos. Cuando se trata de anticonceptivos, pueden aumentar el riesgo de embarazo.

–¡Dios mío! Entonces, ¿estoy de verdad embarazada?

–Si te tumbas en la camilla, y me dejas examinarte…

Jane palpó el abdomen de Sara antes de ponerse unos guantes quirúrgicos y hacerle un examen interno.

–Aquí dentro hay un bebé sano, Sara. ¿Quieres escuchar su corazón?

Sara se incorporó ligeramente y se colocó el estetoscopio en el oído. Su rostro expresaba incredulidad. Era como un sueño.

–¡Entonces… es verdad! ¡No puedo creerlo! Oh, cariñín mío… pero, ¿cómo se lo voy a decir a Ray? ¡No me atrevo!

–Tendrás que hacerlo, Sara. Es demasiado tarde para abortar.

–¡No, yo jamás haría eso! ¡Quiero a este niño! El problema es Ray.

–Conozco la situación, la he vivido con otras pacientes, y te aseguro que al final, el padre siempre está encantado con el bebé –comentó Jane.

–¿Te importaría venir a mi casa a hablar con Ray? –rogó Sara–. Necesitaré apoyo moral cuando se lo diga.

–Bien, pero tienes que decírselo cuanto antes.

–Hoy ha hecho el primer turno en la fábrica; volverá a casa pronto por la tarde. Si pudieras venir…

–Tranquila, iré –accedió Jane comprendiendo que se había echado a perder el paseo por las montañas con Richard.

–¿Y el doctor Montgomery, podrá acompañarte? Si hay otro hombre en casa, Ray no se atreverá a ponerse tan furioso.

–Veré qué puedo hacer.

Richard conducía el descapotable en dirección a la ciudad. Jane sentía una creciente aprensión ante la idea de enfrentarse al marido de Sara.

–Ray, el marido de Sara, tiene un carácter difícil –comentó Jane–. Era compañero nuestro de colegio, y recuerdo que siempre se estaba metiendo en peleas. Me alegro de que vengas conmigo.

–Pero no es violento, ¿no? –preguntó Richard mirándola de reojo.

–No, que yo sepa, pero Sara desde luego le tiene miedo. Es una lástima, porque ella está feliz con la idea de tener un hijo.

–Y dices que ha estado tomando unas hierbas de St. John, ¿no? Ese farmacéutico debería advertir a sus clientes de que sus remedios pueden alterar el efecto de los medicamentos. Casi todos los que hacen esos preparados lo hacen, aunque es cierto que las últimas investigaciones no son demasiado conocidas.

Jane se reclinó sobre el asiento y se ató con más fuerza la bufanda al cuello. Hubiera deseado haberse lavado el cabello aquella mañana; estaba cansada de llevarlo siempre igual. Desde la llegada de Richard, cada día era más consciente del lamentable estado de su pelo. Y no es que tuviera que arreglárselo de un modo especial en determinadas ocasiones; todos los días se habían convertido en ocasiones especiales para Jane.

Quizá debiera ir a una de esas peluquerías caras de Leeds. La última vez que había ido a una, había sido con la intención de impresionar a Paul. Eso era, precisamente, lo que la echaba atrás, el pensar que de nuevo se estaba comprometiendo. ¿Era necesario perder su identidad personal si uno deseaba mimarse un poco a sí mismo? ¿Tratar de agradar a un hombre, no era el primer paso hacia la esclavitud emocional?

–Estás muy callada –comentó Richard–. No te preocupes, ya me he enfrentado a la ira de los maridos de las pacientes en otras ocasiones.

–No estoy preocupada –se apresuró Jane a asegurar.

–Bueno, espero que no tengamos que recurrir a la fuerza bruta –comentó Richard aparcando a un lado de la calle principal de Highdale.

–Gracias por venir –dijo Sara nada más abrir–. Ray está viendo

los deportes por la televisión. Pasad.

–Entonces no es buen momento para darle la noticia –comentó Richard en un susurro.

–Sí, eso mismo estaba pensando yo –contestó Jane.

–¿Qué ocurre? –preguntó Ray al verlos entrar en el salón, viendo que su mujer bajaba el volumen de la televisión.

Aquel no había sido un movimiento inteligente, pensó Jane con cierta aprensión.

–Hola, Ray. Este es mi nuevo socio en la clínica, el doctor Richard Montgomery. Hemos venido a charlar contigo y con Sara. ¿Podemos sentarnos?

–¿Queréis una taza de té o…? –comenzó a preguntar Sara.

–¡Déjate de tonterías, mujer! –la interrumpió su marido–. Primero escuchemos lo que los médicos tienen que decir.

Jane miró vacilante a Richard, preguntándose por dónde empezar. Él se aclaró la garganta y comenzó:

–Señor Holdsworth, creo que vamos a darle una sorpresa. Sara ha estado tomando un preparado de hierbas que neutraliza el efecto de las pastillas anticonceptivas. Ella…

–¡Qué estúpida eres, mujer! –exclamó Ray poniéndose en pie–. Se trata de esas hierbas que te trajo tu madre, ¿verdad? Bueno, pues ya sabes lo que tienes que hacer. Ahora no podemos tener un hijo, y la decisión es definitiva.

Sara se echó a llorar. Jane la rodeó con un brazo por los hombros, diciendo:

–Ray, ya no puede evitarse. No te servirá de nada hacerte el gallito cuando hay una mujer y un bebé de los que ocuparse. El bebé no va a desaparecer, así que cuanto antes lo aceptes, mejor.

Por un instante Jane creyó que Ray iba a levantar el puño y amenazarla. Sabía que había ido demasiado lejos, pero ese era el único lenguaje que Ray entendía. El marido de Sara, efectivamente, levantó un puño.

–¡Es lógico que no te hayas casado, Jane Crowther! ¡Ningún hombre en su sano juicio te querría por esposa! En esta casa el que lleva los pantalones soy yo, y te aseguro que va a seguir siendo así. No puedes entrar aquí y…

–No, espera un segundo –intervino Richard–. La doctora Crowther está haciendo su trabajo. Sara es su paciente, estamos

preocupados por ella. Si quieres a tu mujer, tendrás que respetarla. Este es un momento muy difícil para ella. Y dime, Ray –añadió tomando asiento con calma, junto al marido de Sara–, sinceramente, ¿por qué no quieres tener a este hijo?

–Estuvimos de acuerdo en esperar. Sara no debía haberse quedado embarazada.

–Con el debido respeto, Ray, Sara no se ha quedado embarazada sola.

–¡Pero no podemos permitirnos el lujo de tener un hijo! –exclamó Ray de mal humor.

–Yo tengo algo de dinero ahorrado –intervino Sara nerviosa.

–Sí, pero era para comprar una alfombra –contestó Ray pasándose una mano por los cabellos–. Te pasas el día diciendo que estás harta de los trastos viejos tu madre.

–Bueno, ahora ya no me parece tan importante. No hace falta comprar nada, Ray. Quiero a este niño –repuso Sara con calma.

Richard se puso en pie para que Sara pudiera sentarse junto a su marido. Ella alargó una mano y lo miró con ojos suplicantes, rogando por que aceptara la situación.

–Estaba ahorrando para comprar un coche –musitó Ray–. ¿Qué pasa si te pones de parto y no tengo medio de llevarte al hospital? ¡No voy a llevarte en autobús!

–¡Oh, Ray! –exclamó Sara agarrando la mano de su marido–. Tú también quieres tener un hijo, lo sé. Seremos una familia maravillosa.

–Y piensa en lo felices que serán los abuelos –se apresuró a añadir Jane, al ver que Ray cambiaba de actitud–. Los padres de Sara se pondrán muy contentos, seguro que os ayudan.

–Sí, mi madre dejará de darme la lata, sin duda –comentó Ray con una mueca–. Siempre está con que a ver cuándo va a ser abuela –añadió haciendo una pausa–. Bueno, supongo que no tengo elección si es que viene de camino, ¿no? –preguntó rodeando con el brazo a su mujer, que se estrechó contra él–. ¡Pero no pienso levantarme por las noches para darle el biberón!

–No hace falta, yo lo haré todo… –sonrió Sara.

–Bueno, creo que ha llegado la hora de que nos marchemos. Ven a verme a la consulta, Sara; me ocuparé de los preparativos para el parto –comentó Jane sonriendo.

–Podría haber sido mucho peor. Me preguntó qué habrá visto Sara en ese hombre –comentó Jane reclinándose en el asiento, mientras Richard aceleraba para salir de la ciudad.

–El amor es capaz de cualquier cosa, cambia a las personas –contestó Richard tomando su mano–. ¿Es que tú nunca te has enamorado de alguien con un carácter difícil?

–Sí, desde luego –respondió Jane–. Paul fue mi error más grave pero, en mi defensa, tengo que confesar que no estoy segura de que estuviera enamorada de él.

–Cuéntame cosas de él.

–¡No! Bueno, ahora no –añadió Jane menos rotunda–. No quiero echar a perder una tarde tan preciosa como esta –habían llegado a lo alto de la colina que dominaba el valle de Highdale. Abajo, el río serpenteaba como un lazo de plata entre los árboles–. Es maravilloso tomarse un descanso.

–Sí, deberíamos hacerlo más a menudo.

Richard aparcó el coche a un lado del camino y ambos bajaron hasta el riachuelo. Suavemente, él la hizo reclinarse sobre una piedra grande y lisa. Sentir su cuerpo firme sobre ella la hizo estremecerse, le aceleró el pulso. No se echaría atrás, si él daba otro paso adelante. Sin embargo Richard no parecía tener prisa. Quizá creyera que había ido demasiado lejos la última vez. Después de todo, aún eran dos extraños.

–Me gustaría saber más cosas de ti, Richard –comentó ella en voz baja–. Cuando llegaste, ni siquiera sabía que habías estado casado.

–Bueno, no es un tema del que me guste hablar…

–¿Estabas muy enamorado de…?

–¿De Rachel? Sí, lo estaba. Éramos muy felices juntos. Yo salí con muchas chicas, pero ella fue la primera que se interesó por mí de verdad, y no solo por mi cuerpo –confesó Richard sonriendo–. Ya sé que suena engreído, pero ya sabes lo que ocurre cuando eres estudiante. Buscar a alguien con quien acostarse es un deporte, pero encontrar a alguien que tenga los mismos intereses, eso ya es más difícil.

Jane sintió que se le clavaba una espina en el corazón. ¿Cómo

competir con Rachel?

–Es evidente que la adorabas –dijo Jane en voz baja, separándose en parte de él.

–Sí, pero duró poco –contestó Richard–. Nos conocimos en el hospital de St. Celine, en Londres. Rachel llevaba un año de cirujana, y estaba haciendo un curso sobre enfermedades tropicales. Nos casamos en cuanto lo terminó, e inmediatamente solicitamos plaza en un hospital de Bangkok.

Jane escuchó la voz conmovida de Richard e inmediatamente sintió lástima de él. Se estrechó contra su cuerpo con más fuerza y levantó la vista para observar sus expresivos ojos. Richard miraba el vacío, se dejaba llevar por los recuerdos.

–¿Y fue en Bangkok donde…?

–Yo estaba en Bangkok cuando supe que Rachel había muerto –contestó él sin más preámbulos–. Ella había salido de viaje a visitar a una tribu remota que padecía una enfermedad desconocida. Yo quise ir con ella, pero me necesitaban en el hospital. Había mucho trabajo que hacer –añadió Richard interrumpiéndose de pronto.

Jane permaneció en silencio. Quizá Richard prefiriera callar. No quería instigarlo a hablar si no estaba preparado.

–Según parece, hubo una fuerte tormenta –continuó Richard tras una pausa–. Rachel estaba cruzando un claro entre los árboles cuando… fue alcanzada por un rayo. Le dio de lleno; murió instantáneamente.

Jane se echó a temblar. La escena resultaba aterradora. No era de extrañar que los ojos de Richard estuvieran llenos de lágrimas. Él se puso en pie y continuó:

–Vamos, demos un paseo. No quiero ponerte triste.

–Me alegro de que me lo hayas contado –comentó ella tomando la mano que él le ofrecía para levantarse–. No tenía ni idea de cuánto has sufrido. ¿Cómo demonios has conseguido superarlo?

Richard la miró, bajó la vista con ojos atormentados, y luego contestó:

–Una vez me dijiste que tu padre quedó destrozado tras la muerte de tu madre. Yo me sentí exactamente igual. Para mí, vivir había dejado de tener sentido. Me despedí del hospital y, durante una temporada, vagué por ahí sin rumbo fijo. Recorrí Tailandia. Dormía en cualquier parte, llevaba todas mis pertenencias en un

macuto. A veces alquilaba una hamaca en la playa para dormir. No tenía planes de futuro, simplemente existía. Ahora, cuando miro atrás, pienso que perdí esos años.

Richard aceleró el paso. El sendero se había hecho demasiado estrecho como para caminar el uno al lado del otro. Jane lo siguió.

–¿Y cuánto tiempo pasaste así?

Richard se dio la vuelta y colocó las manos sobre los hombros de Jane. Ella se alegró de parar y tomarse un descanso. Respiraba con dificultad, tratando de seguir sus pasos. Era como si Richard estuviera tratando de huir de su pasado.

–Estuve así casi dos años. Un día, de pronto, mientras me bañaba en el océano, sentí el deseo de continuar nadando mar a dentro y acabar de una vez. Entonces comprendí que había tocado fondo. No había nada más allá, excepto el olvido. O eso, o volvía a la realidad, a la vida. Recuerdo que había un delfín a mi lado, nadando. Sacaba la cabeza, parecía feliz. Entonces me dije que yo también, algún día, podría volver a ser feliz… –explicó Richard–. Era simplemente cuestión de tiempo.

–A veces solo el tiempo es capaz de curar las heridas –comentó Jane tirando de la cabeza de Richard hacia ella.

Richard bajó la cabeza con ojos sorprendidos. Jane lo besó por pura compasión, pero en cuanto sus labios se tocaron se excitó tanto que continuó besándolo durante más tiempo del que había planeado. Cuando por fin quiso soltarlo él la agarró y la estrechó contra sí con fuerza. El beso finalmente fue largo, profundo. Richard la soltó y la miró con ternura.

–El tiempo solo no cura nada –dijo con voz ronca–. A veces se necesita ayuda, pero creo que estoy recibiendo el tratamiento adecuado. Si seguimos por esta colina llegaremos a Deepdale –añadió tomándola de la mano y echando a caminar.

–Eso ya lo sé, pero dime: ¿para qué vamos a ir allí?

–Para nada en especial, excepto porque quizá te apetezca tomar un té en casa de mis padres.

–Me estás secuestrando, como quien dice. Sin embargo tengo que confesarte que me da miedo. Jamás he visto a una estrella de cine en carne y hueso.

–¡Claro que sí! Mi madre fue la invitada de honor de una fiesta que preparó la tuya cuando tenía diez años. Era una fiesta de

caridad, o algo así, y se celebraba justo el día en que yo tenía que volver al internado, así que yo la acompañé.

–¿Y estaba yo? –preguntó Jane abriendo mucho los ojos, sorprendida–. No lo recuerdo.

–¡Pues yo sí que me acuerdo de ti! –sonrió Richard–. Tenías cinco años, y te pasaste la tarde mangoneando a tu hermana mayor. Tu madre estaba tan ocupada con las tazas del té que… y hablando de té, tengo sed. Démonos prisa.

Jane lo siguió por el estrecho sendero en fila india. La granja de los Montgomery estaba situada en un amplio claro a orillas del río. Nada más llegar, Jane se arrepintió. Tenía un aspecto desastroso. Y, por las fotos de Sylvia Montgomery de los periódicos, lo más probable era que se sintiera avergonzada. La sonrisa de la madre de Richard, sin embargo, nada más abrir la puerta, desvaneció su aprensión.

–¡Richard, qué agradable sorpresa! ¿A quién has traído?

–Mamá, esta es Jane, mi compañera de consulta. Estábamos dando un paseo y…

–Sí, ya me parecía a mí que tú serías Jane Crowther. Me alegro mucho de volver a verte. Nos conocimos cuando eras muy pequeña, pero no hemos vuelto a vernos desde entonces. Entrad, tomaremos un té. ¿Quieres lavarte y refrescarte, Jane? Después de caminar tanto por las montañas…

Jane entró en el baño de la planta de abajo y comenzó a arreglarse. Necesitaba cortarse el pelo cuanto antes.

Desmond, el padre de Richard, parecía en realidad su hermano mayor. Tenía el pelo cano, aunque abundante, y los rasgos muy similares a los de su hijo. Desmond se acercó a Jane alargando una mano con actitud jovial.

–Así que tú eres la inteligente doctora que se ha quedado sola al pie del cañón tras el retiro de tu padre, ¿no es eso? Me alegro mucho de conocerte, Jane.

–No sé si soy si soy inteligente, pero no me ha quedado más remedio que seguir adelante. Fue un gran alivio que Richard viniera a echarme una mano –comentó Jane.

–Sí, nosotros también nos alegramos de que Richard haya vuelto a Dale –comentó su madre sirviendo agua hirviendo en la tetera sobre la mesa de la cocina–. Estamos encantados de que haya vuelto

del Lejano Oriente. Yo sabía que no había ningún puesto de médico vacante por los alrededores, así que cuando nos enteramos de lo de la consulta de Highdale, llamamos a Richard de inmediato.

–Sí, y resultó que Richard ya lo sabía y lo había solicitado –repuso Desmond.

–Lamento mucho lo de tu padre, pero me alegro por Richard. Llevábamos años rogándole que volviera –continuó Sylvia mientras colocaba las tazas sobre la mesa y Desmond dejaba los bollos, la mermelada y la nata–. Vamos, sírvete, en esta casa no nos andamos con ceremonias.

Jane observó la esbelta figura de Sylvia Montgomery, sus cabellos largos, rubios, y su rostro de rasgos clásicos y bellos. En su juventud, siempre habían dicho de ella que era la típica rosa inglesa.

–No has cambiado nada, sigues igual que en las fotos de los periódicos. ¿Cómo lo haces? –preguntó Jane.

–Con muchas dificultades –sonrió Sylvia intercambiando una mirada cómplice con su marido–. Era más fácil cuando era joven. Gasto mucho dinero para conservar mi aspecto; aún sigo esperando el papel de mi vida. Además, jamás he realizado trabajos duros. La gente cree que sé mucho de granjas, pero no tengo ni idea. Ni Desmond. Compramos esta casa porque nos gustaba. Además, a Desmond le va bien por el trabajo. Tiene un gabinete de abogados en Leeds.

–Sí, las tierras están arrendadas a un vecino –explicó Desmond–. Vivimos en el campo, pero sin los inconvenientes de la vida en el campo.

–Y antes de que lo preguntes –lo interrumpió Sylvia–, no he sido yo quien ha hecho estos deliciosos bollos. Tengo una mujer que viene todas las mañanas.

–Sí, pero eres bella y tienes talento, cariño –comentó Desmond tomando la mano de su mujer entre las suyas.

–¡Eso cuéntaselo a mi agente! –exclamó Sylvia riendo–. ¿Más té, Jane?

–Sí, por favor –contestó Jane empujando la taza.

Richard miraba por la ventana. Según parecía, algo lo inquietaba. Jane tomó un sorbo de té y lo observó levantarse de la silla para mirar más de cerca.

–No sé qué pensarán esos chicos que están haciendo, pero alguien debería ir a advertirlos de que la corriente es muy fuerte en esa parte del río.

–Sí, esa parte más estrecha que fluye entre rocas es muy peligrosa –comentó Desmond poniéndose también en pie–. Parece que ese idiota quiere saltar de un lado a otro, será mejor que…

–¡No! –gritó Richard apresurándose a salir de la casa. Al pasar por delante de Jane, añadió–: Se ha caído al agua. Jane, ven conmigo. Papá, llama a una ambulancia.

Richard echó a correr. Jane lo siguió. Podían oírse los gritos de los jóvenes junto al río. Esperaba llegar a tiempo para remediar una tragedia.

Capítulo 5

Había cinco jóvenes gritando junto al río. Uno de ellos había comenzado a internarse en la corriente, el resto gritaba tratando de retenerlo. Era evidente que el agua se lo habría tragado a él también. Todos miraban a su alrededor, y sus rostros expresaron alivio al ver a Richard y a Jane acercarse.

Jane sorteó botellas vacías y sándwiches tirados a medias junto al lecho del río. Aquellos chicos asustados no podían tener más de catorce o quince años. Probablemente se hubieran escapado del colegio para hacer una excursión que acabaría mal.

–¡Sean se está ahogando! –gritó uno–. Lo desafiamos a que cruzara al otro lado. ¿Qué podemos hacer?

–No tiraros a por él –contestó Richard autoritario–. Vuestro amigo ha caído en la zona más peligrosa, donde la corriente es más fuerte. Lo más probable es que lo arrastre un poco más abajo… sí, ahí está. Ahora seguidme, trataremos de alcanzarlo en esa zona más tranquila.

Los chicos corrieron tras Richard. Jane iba la última. El cuerpo que había aparecido en el centro del río parecía pálido y sin vida. Flotaba a la deriva, lejos de su alcance.

–Voy por él –dijo Richard nervioso, quitándose los zapatos.

–¡Ten cuidado! –gritó Jane.

Jane se estremeció observándolo nadar vestido. El sol lucía alto aún en el horizonte, a última hora de la tarde. El agua, sin embargo, estaría fría. A pesar de que la corriente no fuera tan fuerte en aquella zona, a Richard le costaría llegar.

Jane contuvo el aliento. Richard agarró el cuerpo inerte boca arriba, contra su pecho, y comenzó a nadar de espaldas con aquel peso muerto sobre él, quedando pronto agotado. Parecía imposible que alcanzara la orilla.

Al llegar por fin, Jane respiró hondo. Uno de los chicos alargaba el brazo, del que Richard se agarró. Los otros lo liberaron del peso del cuerpo de su compañero dejándolo sobre la hierba. Richard

respiraba trabajosamente, no podía ni tratar de reanimar al chico. Eso debía hacerlo Jane, mientras él se reponía.

–¡Atrás, chicos! –se apresuró Jane a ordenar.

No había tiempo que perder, cada segundo era importante. Jane se arrodilló en la hierba y se inclinó sobre el chico para tomarle el pulso. No tenía pulso, su pecho estaba absolutamente inmóvil. Hizo rodar el cuerpo hasta ponerlo sobre un costado y el chico, automáticamente, vomitó el agua que había tragado. Luego Jane le metió la mano en la boca tratando de sacar lo que obstruía su garganta. El chico tenía la cara congestionada, estaba lívido. Jane le tapó la nariz y le hizo el boca a boca, inhalando suavemente aire en sus pulmones varias veces, haciendo pausas entre una y otra. Deseaba ardientemente que aquel chico viviera, pero su cuerpo yacía sobre la hierba aparentemente muerto.

–Sigue sin pulso –dijo Richard acercándose a ella y poniendo una mano sobre su hombro–. Voy a presionarle el pecho, lo haremos juntos. Hazle el boca a boca un par de veces más, y luego yo lo presionaré quince veces.

Juntos repitieron la operación cuatro veces antes de volver a tomarle el pulso. El joven seguía sin dar signos de vida. Jane respiró hondo y se inclinó una vez más a hacerle el boca a boca. Tras unas cuantas secuencias más, Richard volvió a tomarle el pulso, gritando inmediatamente, exaltado:

–¡Ya tiene pulso!

Al mismo tiempo, Jane notó que su pecho se movía.

–¡Ha movido el pecho, Richard! ¡Está respirando! –exclamó aliviada.

Jane no había tenido tiempo siquiera de plantearse cómo habría podido sobrevivir si Richard se hubiera ahogado. Mientras trabajaba junto a él, tratando de salvar una vida, Jane comprendió que lo amaba. Había intentado evitarlo por todos los medios, pero a pesar de todo y contra su voluntad, sencillamente había ocurrido. Estaba atrapada, y no podía hacer nada. Permanecería con él hasta que Richard se cansara de ella y, después, simplemente, recogería los restos de su corazón destrozado.

El chico vomitó y Jane volvió a colocarlo de costado para que el agua saliera. Luego, milagrosamente, abrió los ojos y la miró.

–¿Quién eres?

–Soy Jane Crowther, Sean –sonrió Jane–. Te has caído al río, hemos tenido que pescarte.

–Me encuentro fatal –gimió el chico.

–Tranquilo, ya llega la ambulancia. Te llevaremos al Moortown General. Estarás en buenas manos.

Jane colgó el teléfono y alargó la mano para alcanzar las notas acerca de Sean. El chico no era paciente suyo, pero desde el accidente del día anterior Jane se había visto involucrada en el caso y había tenido que discutir largo y tendido con su médico del hospital. Cuando volviera de sus visitas, Richard se alegraría de saber que el estado de Sean mejoraba. Aún seguía débil y tendría que permanecer hospitalizado, pero lo peor había pasado.

Jane miró por la ventana fijándose de inmediato en la carretera por la que Richard debía volver. Se daba cuenta de que estaba perdiendo el control de sus emociones, era como una adolescente enamorada. Había estado enamorada de Richard a los dieciocho años, pero entonces él la había defraudado. Le había pedido disculpas, cierto, pero… ¿podía un leopardo evitar tener la piel llena de manchas?

No, y cuanto más profundo fuera aquel sentimiento, peor parada saldría. Años atrás había conseguido olvidarlo aunque… no por completo. Richard siempre había estado ahí, en su subconsciente, como el hombre ideal al que siempre aspiraría. ¿Sería posible que solo un hombre, en todo el mundo, pudiera ser su compañero perfecto?

Sin embargo ella no era la mujer perfecta para él, se dijo Jane pasándose una mano por los cabellos, recordando a todas las bellísimas mujeres que habían rodeado siempre a Richard. Pero, al menos, sí podía hacer un esfuerzo para mejorar su aspecto. Jane descolgó decidida el teléfono y marcó el número de una peluquería de moda de Leeds.

–Ah, entonces, ¿tienen ustedes una cancelación esta tarde?, ¿André puede atenderme? –preguntó Jane con cierta aprensión.

No esperaba tener que enfrentarse al peluquero tan pronto. Hubiera preferido haber dispuesto de unos días para pensar en si deseaba un cambio drástico o no. André había sido quien la había

rapado cuando creía estar locamente enamorada de Paul. Y encima le había cobrado una fortuna.

–Bueno, es que no quiero un cambio de aspecto muy radical…

–No se preocupe, señora, André la aconsejará –contestaron al otro lado de la línea.

Jane tuvo tiempo de pensar en la transformación que deseaba dar a sus cabellos mientras se sentaba a esperar a que alguien la atendiera. La recepcionista y otra compañera miraban en su dirección. Pronto supo, aliviada, que había habido un error. André estaba comprometido con otra clienta; sería Michael quien se ocuparía de ella.

Michael, un joven dispuesto a escucharla, le cortó el pelo muy poco y, tras aplicarle una espuma, convirtió sus rizos rebeldes en hondas moldeables a los lados de la cara. Entusiasmada, Jane compró dos frascos de espuma y pagó la cifra astronómica de la peluquería. Por caro que fuera, merecía la pena. Jane se miró al espejo. Aquellas suaves hondas dulcificaban sus rasgos. Era un milagro.

Jane caminó por Bond Street mirándose de reojo en los escaparates. Uno de ellos llamó su atención. Había un traje de pantalón de color ocre. Estaba cansada de sus amplias faldas de lana, de modo que entró. La dependienta le aseguró que estaba muy elegante con aquel traje, pero debía combinarlo con una blusa color crema, un pañuelo de seda y zapatos nuevos, más adecuados que los que llevaba. Incluso, le vendría bien llevar algo bonito de ropa interior.

La cuenta bancaria de Jane sufrió un duro revés, antes de que decidiera poner término a tanto afán consumista. Jane estaba tan contenta que decidió llevárselo todo puesto. Aparcó el coche frente a su casa y vio a Richard mirando por la ventana del salón. No se sentía con ánimos de enfrentarse a él, recién hecha la transformación, así que recogió los paquetes y corrió escaleras arriba hacia su dormitorio. Sin embargo la puerta del salón se abrió.

–¡Jane! ¿Eres tú? –preguntó Richard sonriendo.

–¡Qué gracioso! Ibas a decir que no me habías reconocido, ¿verdad? –contestó Jane en medio de la escalera.

–Pues sí, eso iba a decir. ¿Qué te has hecho? Estás completamente distinta.

–Esa era mi intención –respondió ella firme–. Lo siento si no te gusta, pero…

–¡Pero Jane, si estás preciosa! –exclamó Richard acercándose a ella.

–No te pases, jamás podré estar preciosa, pero sí puedo arreglarme un poco.

–Pues a mí me gusta –alegó Richard tomando un mechón entre los dedos. Estaba muy cerca–. Te hace más… más chic.

–¡No me tomes el pelo! –exclamó Jane riendo y echando atrás la cabeza.

Jane levantó la vista y lo miró a los ojos, deleitándose en la genuina admiración que reflejaban. Richard se inclinó hacia ella y, por un segundo, Jane creyó que la besaría. Él, sin embargo, bajó la voz y, en un susurro, le dijo que su padre lo había llamado porque no se encontraba bien.

–¿Qué le pasa?

–Lo he examinado, tiene la presión sanguínea ligeramente alta, pero su corazón está bien. El marcapasos funciona perfectamente. Creo que trabaja demasiado en el jardín, pero él insiste en que no es por eso.

–¡Siempre igual! Le gusta sentir que sigue siendo útil, como antes de sufrir el ataque al corazón. ¡Y eso que es médico!

–Bueno, dice que los enfermos de corazón deben hacer mucho ejercicio, lo cual es cierto, pero con medida.

–¡Eso díselo a él!

–Acabo de hacerlo –contestó Richard.

–¿Y qué te ha dicho?

–Bueno, tú tienes más influencia sobre él de la que jamás tendré yo.

Aquella nueva preocupación hizo a Jane olvidar su aspecto. Inmediatamente soltó los paquetes y se dirigió al salón a ver a su padre.

–¡Ah, por fin vuelves! –sonrió su padre–. Os he oído hablar en el vestíbulo. ¿Es que vais a llamar al veterinario para que venga a ponerme una inyección letal?

–Algo así –contestó Jane siguiendo la broma.

Estaba más pálido que de costumbre, pero no debía preocuparse si Richard lo había examinado. Jane besó su mejilla y se sentó en el sofá a su lado, resistiéndose a la tentación de tomarlo de la mano y comprobar su pulso. Richard se había ocupado de todo.

–Estás distinta, ¿dónde está tu pelo?

–En el suelo de la peluquería.

–Bueno, al menos esta vez no te han rapado. La última vez que Jane fue a la peluquería la raparon. Fue cuando tenía una cita con un tipo… ¿cómo se llamaba? –comentó Robert dirigiéndose hacia Richard–. ¿Paul? Se compró un vestido, pero como no le gustaba cómo llevaba el pelo, se lo rapó.

Jane se puso en pie y se acercó a la ventana para contemplar el jardín. ¿Por qué tenía su padre que hacer esos comentarios en voz alta? Era humillante. A veces, su padre se mostraba terriblemente insensible. Sencillamente, no se daba cuenta de que hería sus sentimientos. Siempre había creído que era una persona dura, y Jane jamás lo había corregido por orgullo.

–Se suponía que era un peinado muy chic, pero no me sentaba bien –alegó Jane.

–Estabas horrible –continuó Robert–, y no creo que a ese Paul le gustara tampoco, porque jamás volvió. ¿Qué le pasó a ese chico? Vendió la casa y desapareció.

–Volvió a Australia –contestó Jane consciente de que Richard la observaba.

–Sí, ya recuerdo. Tenía una novia que apareció de pronto, antes de marcharse. Me lo dijo uno de mis pacientes.

–Voy arriba a cambiarme para la consulta –dijo Jane apresurándose a salir.

El último paciente acababa de marcharse; la sesión de aquella tarde había sido tranquila. No había habido ninguna emergencia. Jane miró por la ventana y contempló el sol descender en el horizonte. Era difícil imaginar que en cuestión de meses sería pleno invierno. Le encantaba el verano. Durante los meses de calor, la vida parecía más fácil. De pronto llamaron a la puerta. Jane se sorprendió al ver entrar a Richard.

–Creía que esta noche estabas libre –comentó ella.

–Lo estoy, por eso he venido a invitarte a cenar. He ido al supermercado, y me preguntaba a quién podría invitar a cenar cuando me acordé de esa chica tan atractiva que acababa de cortarse el pelo y que vive casi bajo mi mismo techo…

–Creo que ya he oído suficientes comentarios acerca de mi pelo –lo interrumpió Jane–. Me encantaría acompañarte pero, ¿qué hay de mi padre?

–Acabo de acostarlo. Le he preparado unos huevos revueltos y un vaso de leche. Órdenes del doctor, he alegado.

–¡Vaya, has estado ocupado! ¡Y qué listo eres! Él jamás habría aceptado órdenes mías.

–Bueno, es que sigues siendo su hijita pequeña, no puede evitarlo… ni tú –contestó Richard observándola con una sonrisa enigmática–. Tu aspecto ha cambiado, pero espero que sigas siendo la misma….

–Entonces, ¿me apruebas, en términos generales? –preguntó Jane.

–Sí, eres mucho más sensible de lo que aparentas. Te he observado esta tarde, y sé que te has sentido herida por los comentarios de tu padre. Él ha sido insensible e indiscreto, hablando así de aquel antiguo novio tuyo.

–Ah, te refieres a Paul –comentó fingiendo indiferencia, acercándose a la ventana–. Lo había olvidado.

–No, no lo habías olvidado.

Richard estaba de pie, detrás de ella. Jane se volvió. Lentamente, él se inclinó y la rodeó con sus brazos. Jane trató de resistirse, pero por fin cedió ante su corazón y se dejó estrechar. Levantó la vista y vio ternura en los ojos de Richard.

–No hace falta que finjas conmigo, Jane –continuó él con voz ronca–. Puede que consigas engañar a tu padre, pero a mí no.

–Sí, ya lo sé –contestó Jane en un susurro, casi para sí misma.

Richard la estrechó con fuerza e inclinó la cabeza para besarla en los labios. Al sentir que ella respondía positivamente, profundizó en el beso. Jane se amoldó al cuerpo de él deleitándose en los contornos de su atlética figura. El deseo la embargó. Podía sentir cómo se derretía, cómo iba perdiendo el control…

–Ven a mi casa –susurró él soltándola, tirando de ella para cruzar el jardín hasta los establos.

–¿Y qué hay de mi padre? –preguntó Jane mientras subían las escaleras que conducían a su casa–. ¿Qué pasa si me necesita?

–¡Deja ya de preocuparte! Tiene un teléfono junto a la cama, le he dicho que me llame si me necesita. Le dije que tú estarías cansada después de la consulta, que necesitabas dormir.

–Has pensado en todo, ¿verdad? –preguntó Jane volviéndose hacia él al llegar al final de las escaleras.

–Ya era hora de que tuviéramos una noche para nosotros solos –sonrió Richard con calma–, aunque… no estaba seguro de que fueras a dejarte secuestrar.

–Me gustan las sorpresas.

Richard cerró la puerta de la casa e inmediatamente tomó a Jane en sus brazos una vez más. Ella respiraba agitadamente, suspirando. Aquel era el lugar al que pertenecía: los brazos de Richard. O, mejor dicho, el lugar en el que deseaba estar. Nada era seguro, nada estaba garantizado. Su relación sería temporal, transitoria, no podía durar. Sin embargo disfrutaría de cada segundo mientras pudiera…

Richard la llevó directamente al dormitorio. Jane atisbó las bolsas del supermercado sobre la mesa. La cena parecía ser lo último que les interesara a ambos.

Richard desabrochó los botones de su escote. Se inclinó y comenzó a acariciar su piel desnuda con la lengua. Jane gimió y se estrechó contra él para sentir su masculinidad excitada contra sí. Richard le quitó la blusa y el sujetador dejándolos caer y comenzó a acariciar sus pechos, torturándola lentamente hasta convertirla en una llama ardiente.

Ambos se tambalearon juntos hasta la cama. Richard quedó sobre ella acariciándola, torturándola, volviéndola loca de deseo. Jane suspiró profundamente cuando sus cuerpos se unieron en uno solo. Primero los movimientos fueron lentos, poco a poco, cada vez más urgentes, más llenos de anhelo…

Jane acarició la mejilla de Richard. Dormido, parecía más infantil, estaba muy guapo. Él se movió, abrió los ojos y la estrechó de nuevo en sus brazos. En esa ocasión, mientras se unían en el éxtasis, la experiencia resultó más profunda. Era como si, al unir sus

cuerpos, ambos demostraran la profundidad de sus almas fundiéndose en un solo y perfecto ser indivisible.

Cuando Jane volvió a despertar, la luna lucía alta en el cielo, por la ventana. Era la única luz del dormitorio. Jane alargó un brazo, pero la cama estaba vacía.

–¡Richard!

Necesitaba sentirlo cerca, se sentía como una niña que despertara en un lugar desconocido. Él volvió al dormitorio casi inmediatamente, encendiendo la luz de la mesilla. Jane observó que se había puesto unos vaqueros, pero llevaba el pecho desnudo. Richard se inclinó hacia ella y, tiernamente, acarició sus cabellos sonriendo.

–Creo que puedo despedirme de mi peinado –comentó ella girando la cabeza para apoyarla en su mano–. Tendría que haberme echado un fijador muy fuerte para que sobreviviera a una noche como esta.

–¡Está precioso! Esta tarde, cuando entraste en casa, ibas tan repeinada que me asustaste –sonrió Richard–. Es decir, ayer por la tarde.

–¿Qué hora es? –preguntó Jane enderezándose en la cama.

–Las dos de la madrugada. La cena está casi lista.

–Estupendo, me muero de hambre.

–Eso pensé. Vamos, levántate –sonrió Richard.

Richard tiró de Jane, que se levantó de la cama revuelta. De pronto se sintió terriblemente consciente de su desnudez. Era una estupidez, después de lo que habían compartido juntos, pero no podía evitar mirar a su alrededor buscando algo que ponerse. La ropa nueva estaba desparramada por el suelo. Richard la soltó.

–Hay una bata en el armario. Si quieres, aún tienes tiempo de tomar una ducha rápida.

Bajo la cascada de agua de la ducha, Jane recordó las sensaciones que había experimentado aquella noche con Richard. Se sentía reacia a borrar sus caricias con el gel.

Richard daba los últimos toques a la cena cuando Jane llegó a la cocina. Ella se acercó a los fuegos descalza, atándose el cinturón de la bata.

–¡Mmm, huele muy bien!

–Bistec a la plancha y patatas fritas. ¿Quieres aderezar la

ensalada?

Jane se inclinó sobre la ensaladera y comenzó a aderezar la ensalada con la salsa previamente preparada. Luego la revolvió con los cubiertos.

–Jamás había visto estos cubiertos –comentó Jane mientras Richard se acercaba y se sentaba con ella en la mesa, poniendo delante dos platos con un bistec con patatas.

–Sí, he traído algunas cosas mías. No muchas, casi todo lo tengo en la granja de mis padres. No tiene sentido mudarse dos veces.

–¿Es que piensas mudarte? –preguntó Jane atónita, masticando el filete que de pronto le pareció insípido.

–Bueno, no voy a quedarme en esta casa toda la vida, ¿no?

Jane no veía razón alguna para que no lo hiciera. La situación le parecía ideal.

–¿Y adónde quieres marcharte?

–Espero poder comprar una casa por los alrededores. He visto un par de ellas, y hay una que me gusta bastante.

–¿En serio? –preguntó Jane–. ¿Y de qué casa se trata?

–De la de Fellside.

Jane estuvo a punto de escupir el bistec. Alargó la mano, tomó la copa de vino y dio un sorbo antes de mirar a Richard a la cara.

–En Fellside era donde vivía Paul.

–Lo sé –contestó Richard con calma–, pero es la mejor casa que hay en venta.

–¿Y no es demasiado grande para una persona soltera?

–Bueno, no pienso quedarme soltero toda la vida.

–¿Pero qué prisa tienes? Ya habrá otra casa grande y bonita a la venta cuando… cuando la necesites.

Jane se daba cuenta de que se estaba apresurando al hablar. Cualquier cosa con tal de evitar que Richard comprara la casa en la que había vivido Paul, el símbolo viviente de su humillación. Richard dio un sorbo de vino, dejó la copa en la mesa y la miró.

–Entonces, ¿de verdad no quieres que compre Fellside?

–Bueno, en realidad yo no tengo nada que ver con eso –se apresuró a contestar Jane–. Eres tú quien va a vivir allí, para ti no guarda malos recuerdos.

–¿Quieres que hablemos de esos recuerdos?

–¡No! –gritó Jane de mal humor. Luego recapacitó y se calmó.

Compartir aquella triste experiencia con él la ayudaría a liberarse del dolor–. Bueno, está bien. Hice el ridículo con Paul. Debería haber comprendido que jamás estaría a la altura de un hombre con tanta experiencia del mundo, pero me resultaba tan encantador, y nos llevábamos tan bien… Era divertido estar con él… al principio…

–¿Y después? –preguntó Richard.

–Nunca comprendí por qué me pidió que saliéramos juntos –contestó Jane respirando hondo–. Fue poco después de mudarse él a la casa de Fellside. Una noche, Paul llamó a mi padre por teléfono y nos invitó a cenar a los dos. Yo me sentí muy halagada ante las atenciones de un hombre tan sofisticado, tan maduro, y a papá le gustó. Aquella noche Paul estuvo contándonos sus viajes, fue muy interesante. Papá lo invitó a casa a la semana siguiente, y desde ese momento comenzamos a vernos bastante.

–Y tú, ¿no sospechaste nada?

–Al principio no –contestó Jane–. ¿Por qué lo dices? ¿Es que sabes algo acerca de él que yo ignore?

–Mi padre es abogado –explicó Richard–. Al contarle que pensaba comprar Fellside, me contó cosas sobre Paul Drew. Él conoce al abogado que se encargó entonces de la venta de la casa. Según parece ese tal Drew había sido condenado en Australia por fraude, había estado en la cárcel. Luego vino a Inglaterra, esperando que el asunto se olvidara, pero su mujer lo siguió hasta aquí y lo persuadió para que volviera a Australia con ella.

–¿Era su mujer?

–Sí, y no tenía medio alguno de subsistencia sin Paul. Ella lo amenazó con contar ciertos tratos que él había hecho si no volvía con ella y saldaba sus deudas en Australia.

–Y yo le presté dinero –confesó Jane–. Me contó que tenía problemas de liquidez, algo relacionado con un banco de Australia. Prometió devolvérmelo en cuanto la sucursal de Australia le respondiera, pero…

–Pero no te lo devolvió, ¿verdad? –preguntó Richard poniéndose en pie y dando la vuelta a la mesa para abrazar a Jane.

–Saqué diez mil libras de mi cuenta –admitió Jane inclinándose sobre Richard y respirando hondo–. Mi madre me había dejado algo de dinero en su testamento. ¿Cómo pude dejar que me tomara el

pelo?

–No te culpes, caíste en manos de un maestro del fraude. Mi padre me ha dicho que la policía australiana está buscándolo de nuevo, pero no lo encuentran.

Jane se puso en pie y abrazó a Richard buscando consuelo. Él inclinó la cabeza y colocó la mejilla junto a la de ella.

–No podía adivinarlo, ¿verdad? Era un extraño. Es evidente que no sé juzgar a las personas correctamente.

–No, simplemente has tenido mala suerte con los hombres. Paul era un sinvergüenza, habría engañado a cualquiera. Comprendo que la casa de Fellside te traiga malos recuerdos, pero, ¿no crees que deberías tratar de ahuyentar al fantasma, volviendo allí de nuevo?

–¡No quiero volver! –exclamó Jane sacudiendo la cabeza–. Esa parte de mi vida se acabó.

–Pero aún sigue ahí, en un rincón de tu mente –insistió Richard–. Si volvieras verías que los recuerdos no pueden hacerte daño.

–Richard, compra la casa si quieres, pero no esperes que yo ponga los pies en ella –contestó Jane apartándose de él.

Entonces llamaron al teléfono. Richard contestó. Jane reconoció la débil voz de su padre al otro lado de la línea.

–Tranquilo, Robert, no te preocupes. Quédate quieto, llegaré en un segundo.

–¿Qué ocurre? –preguntó Jane viéndolo ponerse un suéter.

–Le duele el pecho, le cuesta respirar.

–Te acompaño –aseguró Jane, vistiéndose con ansiedad.

Capítulo 6

Cuando Jane llegó al dormitorio de su padre, Richard estaba inclinado sobre él examinándolo. La extrema palidez de su rostro la asustó.

–Papá, ¿qué ocurre?

–Yo estoy retirado, vosotros sois los expertos –sonrió Robert levantando la vista–. Me duele el pecho, es como si tuviera a alguien sentado encima. Y no me deben funcionar muy bien los pulmones. ¿Por qué vas vestida así, Jane?

Jane llevaba puesto el traje de chaqueta nuevo, todo arrugado. Era extraño aparecer así, a esas horas de la madrugada.

–Le dije que seguramente iríamos al hospital –se apresuró a contestar Richard–, y eso es precisamente lo que vamos a hacer. Creo que se te ha descolocado el cable del marcapasos. He examinado el bulto, y me parece que algo anda mal. Esta tarde, cuando te examiné, seguía en su sitio, pero ha debido moverse.

–¡La culpa es de Henry Gregson! ¡Y luego dice que es cardiólogo!

–Bueno, son cosas que ocurren, papá –intervino Jane tratando de calmarlo–. Los marcapasos funcionan bien hasta que se les acaba la batería. Deja que te ayude a ponerte la bata y las zapatillas, te llevaremos al Moortown General…

Robert gruñó mientras Jane lo vestía. Estaba sumamente pálido. Al llegar al hospital Jane respiró aliviada. Miró por el espejo retrovisor y vio a su padre tumbado en el asiento de atrás, con la cabeza sobre el regazo de Richard. Habían llamado al hospital alertando de su llegada. Un celador y dos enfermeras salieron a recibirlos con una camilla. Una de ellas, paciente de Jane, se ofreció para aparcar su coche. Robert quedó inconsciente cuando lo subieron a la camilla.

–¡Oxígeno! –exclamó Richard apresurándose a ponerle una máscara.

–El equipo de cardiólogos viene de camino, señor –aseguró la segunda enfermera–. Hemos telefoneado al doctor Gregson.

Una vez en el hospital, el equipo de cardiología se hizo cargo del paciente. De pronto Richard y Jane dejaron de ser útiles. El quirófano estaba preparado. Jane agarró la mano de su padre antes de que desapareciera. Robert estaba ido, perdía y recuperaba una y otra vez la conciencia. Al ver llegar a Henry Gregson, Jane se tranquilizó. Un par de enfermeras lo ayudaron a ponerse la bata, los guantes y la mascarilla para el quirófano. Jane se lo presentó a Richard.

–Según me han dicho cree usted que el cable del marcapasos se ha descolocado, ¿no es eso? –preguntó Henry Gregson.

–Sí, parece el doctor Crowther tiene problemas con el ritmo cardíaco.

–¿Lo han sedado? –el anestesista confirmó inmediatamente que así había sido–. Bien, entonces lo anestesiaré localmente y lo examinaré en el quirófano. Si el problema es el cable, no me llevará mucho tiempo. Media hora, una hora como mucho. Si se trata de algo más serio, tardaré más. No te preocupes, Jane, tu padre se pondrá bien. ¿Por qué no vais a tomar café a la sala de médicos? Aquí no hacéis nada.

–Sí, te dejaré el número de mi móvil –asintió Jane–. En cuanto sepas cuál es el problema, le pedirás a alguien que me llame, ¿verdad?

–Por supuesto. Tu padre está en buenas manos. Y ahora marchaos, tengo trabajo.

Richard tomó la mano de Jane. Aquel contacto resultaba reconfortante, pero Jane seguía temblando de ansiedad.

–Ojalá pudiera entrar en el quirófano con él –susurró ella mientras caminaban por un corredor del hospital–. Recuerdo los años de estudiante, cuando vagaba por estos pasillos. Será mejor que avise a Caroline –añadió parándose en medio del corredor.

–¿Y no crees que sería mejor esperar hasta mañana por la mañana?

–En la granja de Caroline ya es de día. Alguien tiene que ordeñar las vacas –contestó Jane mirando el reloj.

Jane telefoneó a su hermana insistiendo en que su estado no era grave, pero Caroline, a pesar de todo, aseguró que iría de inmediato.

–Hacía años que no venía por aquí –comentó Jane bajando las

escaleras y pasando por delante del busto de Alexander Fleming. De pronto recordó la primera vez que vio a Richard, en ese mismo lugar–. Una vez tú y yo nos encontramos aquí.

Richard la miró confuso y contestó:

–¿En serio? No me sorprende, pero, ¿ocurrió algo? –Jane respiró hondo y guardó silencio. ¿Cómo confesarle a un hombre que se había enamorado de él al primer vistazo? Era evidente que él no tenía ni idea–. ¿Me miraste enfadada, con el ceño fruncido?

–¿Y por qué iba a hacer eso?

–No lo sé, pero desde que vine a Highdale he estado tratando de recordar. He conseguido acordarme de algunas cosas, y hay una imagen tuya que me viene a la cabeza una y otra vez. Cada vez que te veía, tú me mirabas con el ceño fruncido, enfadada.

–Eso fue después de que me dieras plantón –explicó Jane haciendo una pausa al pie de las escaleras.

–Así que era por eso, ¿no? Llevaba tiempo preguntándomelo.

–Suponía que a estas alturas ya habrías atado cabos y habrías averiguado por qué estaba molesta contigo.

–Jane –contestó Richard inclinándose hacia ella, poniendo ambas manos sobre sus hombros–: ni siquiera recuerdo que te pidiera que salieras conmigo, y menos aún que te diera plantón, aunque lo cierto es que he olvidado muchas cosas. Tras la muerte de Rachel perdí la memoria, no podía recordar nada. Luego, con los años, he ido recordando, pero no me acuerdo del incidente al que te refieres. En aquel entonces, yo era una persona completamente diferente –añadió Richard tomándola de la mano para llevarla en dirección a la sala de médicos–. Mirando atrás, me parece como si no fuera yo.

–Los dos hemos cambiado –contestó Jane.

–Pero el café de aquí no, sigue siendo fuerte –bromeó Richard ofreciéndole una taza que acababa de servir de la cafetera, permanentemente caliente en la sala de médicos. Jane se sentó en el sofá–. Siento mucho haberte hecho daño.

–Y yo siento haber estado enfadada contigo durante tanto tiempo –repuso Jane dando un sorbo de café.

Richard le quitó la taza de las manos, se inclinó sobre ella y la besó dulcemente en los labios. Al oír pasos en el pasillo, ella se soltó. La puerta se abrió. Un hombre alto, de bata blanca, entró y

los miró. Jane lo observó servirse café y dejarse caer sobre un sillón. Algo en su forma de moverse la convenció de que aquel extraño había advertido la relación que la unía a Richard. También ella, por alguna razón, creyó reconocerlo, recordarlo vagamente. Estaba convencida de que lo conocía de algo. No era extraño, si era médico.

El extraño comenzó a leer una revista de medicina. Jane solo podía ver su cuero cabelludo, de piel brillante, sin pelo. Richard se había puesto de pie, se acercaba a él para mirarlo más de cerca.

–¿Simon?

Jane sintió que se le revolvían las tripas. ¡No, Simon no! ¡Tenía que ser precisamente el chico que la había engañado dos veces! Simon tuvo el coraje de pedirle que salieran juntos una segunda vez, cuando ya eran la comidilla de todo el hospital. Pero ella había sabido entonces cantarle las cuarenta. No permitiría que nadie la tratara así. Simon la había herido y humillado. Fue un alivio cuando él terminó los exámenes finales y abandonó el hospital.

El tiempo había hecho estragos en él, era difícil reconocer al chico de cabellos largos. Había ganado bastante peso, tenía la típica barriga que echan los hombres que beben mucha cerveza. Siempre le había gustado beber.

–¡Dios mío, Richard Montgomery! –exclamó Simon–. Me sonabas de algo. ¿Desde cuándo trabajas en este hospital?

Ambos hombres se estrecharon la mano. Habían sido grandes amigos durante la época de estudiantes. Jane se estremeció. Había superado lo de Simon, pero aún conservaba malos recuerdos.

–Soy médico general, estoy en la consulta de Highdale –contestó Richard–. Acabamos de traer al padre de Jane, tiene problemas cardíacos. Está en el quirófano. Te acuerdas de Jane, ¿verdad?

El rostro de Simon expresó vergüenza durante unos segundos, pero enseguida se recobró y le tendió la mano.

–Desde luego. ¿Qué tal, Jane? ¿A qué te dedicas?

Jane le estrechó la mano preguntándose qué habría visto en él, y de pronto recordó que había acudido a él tratando de olvidar su decepción con Richard.

–Trabajo en Highdale, Simon. Richard y yo somos socios.

–Así que al final, después de todo, volvéis a estar juntos. Es curioso cómo funciona el mundo. ¿Sois…? –preguntó Simon

haciendo un gesto perfectamente significativo.

–Somos socios, profesionalmente hablando –contestó Jane tensa.

–Quizá podamos salir juntos a tomar algo. Quiero decir, los tres. Estás estupenda, Jane. El patito feo se ha convertido en un bello cisne, si me permites que lo diga.

–Vaya, gracias por eso del patito feo –respondió Jane secamente.

–Bueno, ya sabes a qué me refiero –repuso Simon–. Jamás pensé que fueras guapa, pero mírate ahora.

–Y bien, ¿qué haces tú aquí, Simon? –preguntó Richard apresurándose a cambiar de tema.

–Estuve trabajando en los Estados Unidos, pero me cansé de trabajar solo para dar de comer a mis dos ex esposas, así que hice las maletas y volví a esta parte del mundo. He firmado un contrato con una agencia médica, y espero encontrar empleo pronto, pero, mientras tanto, con menos salario, pago menos a mis ex mujeres. Además, ya no tengo que escuchar sus interminables peroratas.

–Ámalas y abandónalas, ¿no? –repuso Richard–. No has cambiado nada.

–¿Y por qué iba a cambiar? –sonrió Simon.

Jane giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta, diciendo:

–Creo que deberíamos volver al quirófano, Richard.

–Nos veremos por aquí, Simon –añadió Richard siguiendo a Jane hacia la puerta, consciente de su malestar.

–Te llamaré a Highdale –repuso Simon.

–¡No, por favor! –susurró Jane.

–Tengo la impresión de que no es uno de los mejores amigos de tu infancia –comentó Richard saliendo al pasillo, rodeándola con un brazo por los hombros.

–Bueno, tampoco esta es la mejor noche de mi vida –contestó Jane–. Me siento como si todos los fantasmas del pasado hubieran vuelto para atormentarme. Primero me cuentas que quieres comprar Felldale, y de pronto aparece Simon. Y ni siquiera se disculpa conmigo.

Richard la estrechó con más fuerza al comenzar a subir las escaleras. Jane se detuvo ante el busto de Alexander Fleming y, levantando la vista, miró a Richard, para añadir:

–Eso por no mencionar que, un día, cuando tenía dieciocho años, pasando precisamente por delante de este busto, me enamoré

de ti.

–¿Tan fuerte fue? No tenía ni idea. Yo pensé que eras la novia de Simon.

–Bueno, al principio solo éramos amigos. Luego, cuando me diste plantón, él me consoló, por decirlo de alguna manera. Salió conmigo… ese tipo de cosas –terminó Jane tratando de ocultar su vergüenza.

–Y entonces comenzó a ser algo más que un amigo, ¿no? –preguntó Richard, que comenzaba a comprender lo ocurrido.

–Bueno, una cosa llevó a la otra. Simon puede llegar a ser muy persuasivo. Después de un tiempo llegué a creer que estaba enamorada de él.

–Creo que Simon y yo deberíamos tener una charla –afirmó Richard–. Necesito hacerle ciertas preguntas.

–¿Qué preguntas?

–Ya lo sabrás, cuando haya hablado con Simon.

Richard y Jane llegaron al departamento de cardiología justo cuando su padre salía del quirófano para permanecer en la antesala del mismo, en observación. Parecía cansado, pero tenía los ojos abiertos y mucho mejor color. Jane se apresuró a tomarlo de la mano.

–¿Qué tal te encuentras, papá?

–Como si me hubiera tomado dos whiskys dobles, pero no me quejo.

–¡No debes, Robert! –exclamó Henry, que seguía a su viejo amigo, en la camilla–. Y hablando de whisky, lo menos que puedes hacer es invitarme a uno cuando vuelva a verte. ¡Llamarme así, en mitad de la noche! No tienes consideración.

–Y bien, ¿se trataba del cable del marcapasos? –preguntó Jane al cardiólogo.

–Sí. Buen diagnóstico, Richard –lo felicitó Henry–. Solo había tenido un caso así una vez. ¿Has estado haciendo mucho ejercicio, Robert? No habrás hecho aerobic, ¿verdad?

–No, pero insiste en cuidar el jardín –contestó Jane.

El cardiólogo se quitó los guantes quirúrgicos y los tiró a una papelera, antes de responder:

–Bien, pues ya puedes ir despidiéndote del jardín, Robert. Te dije que podías pasear, no cavar.

De pronto las puertas se abrieron y Caroline entró corriendo, ansiosa, diciendo:

–¡Papá, he venido en cuanto me he enterado! ¿Qué tal estás?

–Tu padre está tratando de recobrarse de una operación, Caroline –contestó Henry–. Por favor, no armes tanto jaleo. Será mejor que salgáis todos de aquí. Podéis esperar fuera.

Jane asintió. Caroline se echó a llorar nada más salir al pasillo.

–Papá tiene muy mal aspecto. ¿Qué ha ocurrido?

–Enseguida se pondrá bien, tranquila –aseguró Richard comenzando a explicarle lo ocurrido.

–Me alegro de que los dos estuvierais cerca –comentó después Caroline secándose las lágrimas–. Se me debe estar corriendo todo el maquillaje. Iré al servicio. Os encontraré en la sala de espera.

–Sois tan diferentes, tu hermana y tú –comentó Richard caminando aún por los pasillos–. Imagínate, con su padre hospitalizado, y aún encuentra tiempo para maquillarse.

–Bueno, Caroline no admitiría que nadie jamás la viera sin maquillaje. ¡Ni muerta! Se pinta desde los doce años. Yo, en cambio, soy incapaz. Jamás seré tan chic como ella.

–¡Menos mal! No cambies nunca, Jane –habían llegado a la sala de espera, al final del pasillo. Richard se detuvo y puso ambas manos sobre sus hombros–. En serio, no cambies nunca, Jane. Adoro tu nuevo corte de pelo, pero también me gustaba cómo lo llevabas antes. Es la suma de los rasgos de tu carácter lo que encuentro tan… fascinante.

Richard la miraba a los ojos enternecido, conmovido. Apenas se atrevía a creer que lo que sentía fuera amor, pero sabía reconocer los síntomas. Tras el trauma de la muerte de su esposa, jamás se habría creído capaz de volver a amar, pero sus sentimientos hacia Jane eran inconfundibles. Se trataba de algo más que placer, que deseo por una mujer.

Sin embargo, ¿cómo convencer a alguien, terriblemente herido en el pasado, de que debía volver a confiar? Incluso en ese instante Jane lo miraba preocupada. Su expresión era distante, era la expresión de alguien que no se atrevía a comprometerse.

Richard inclinó la cabeza con la intención de besarla, de borrar el dolor que veía en sus ojos. Entonces oyó el ruido de una camilla acercándose por detrás. Se enderezó y continuó caminando. Ganarse

la confianza de Jane le llevaría tiempo y paciencia, pero su mente comenzaba ya a tramar un plan…

Capítulo 7

Qué brezo tan esplendoroso! –exclamó Jane contemplando el manto rosa que cubría la parte alta del páramo.

–Sí, a mí también me encanta, pero significa que pronto llegará el otoño –sonrió Richard girando el volante en lo alto de la colina.

–¡Aún falta mucho! Todavía estamos en julio, en mitad del verano. Hoy va a ser un día perfecto.

Nada más decirlo una nube gris tapó el sol. Jane sintió un aguijonazo de aprensión. Aquella nube parecía simbolizar su relación con Richard. Desde la operación de su padre, ambos habían estado más unidos que nunca. Todo iba bien, pero Jane sabía por experiencia que no podía durar. Tarde o temprano…

Richard agarró con fuerza el volante para salir de la carretera principal que discurría por el páramo y entrar en un sendero lleno de baches en dirección a la casa de un paciente.

–¿Qué te ha dicho Alan exactamente por teléfono?

–Fue Diane quien llamó. Estaba rara, no quiso decirme nada por teléfono. Sencillamente me pidió que fuéramos a verlos. Le pregunté si Alan estaba bien, y ella me dijo que ya me lo explicaría.

–¿Y seguro que quería que fuéramos los dos?

–Sí, me lo repitió varias veces.

Jane sonrió para sí misma pensando en que, a la vuelta, podrían comer en un pub en donde no esperaba encontrar a nadie conocido. Lo primero que notó, nada más aparcar Richard, era que alguien se había tomado la molestia de darle una mano de pintura a la casa. Además, había cortinas en las ventanas. Fue Diane quien abrió la puerta, con un delantal atado a la cintura y un plumero en la mano.

–Ah, habéis venido. Alan os está esperando.

–No dijiste que fuera urgente –contestó Jane entrando en la cocina, toda limpia.

–No, no es urgente, pero cuando a Alan se le mete una cosa en la cabeza…

–Bueno, tú también eres cabezota, Diane –comentó Alan

acercándose a saludarlos.

–¡Vaya, menuda transformación! –exclamó Richard mirando a su alrededor, en el salón–. Alguien ha estado muy ocupado.

–Hemos sido los dos –sonrió Diane–. No pienso dejar que Alan vaguee, por mal que se encuentre. Cualquier excusa le sirve para no dar ni golpe.

–Diane ha cosido las cortinas y las fundas de los sofás con una tela vieja –explicó Alan orgulloso–. ¿Queréis tomar un café?

–No, gracias –se apresuró a contestar Jane, incapaz de contener la curiosidad–. Así que… ¿qué tal estás, Alan?

–Estupendamente. Ese medicamento nuevo me sienta de maravilla. Ando mucho mejor, así que… –se interrumpió Alan, mirando a Diane.

–… así que me ha pedido que me case con él –terminó Diane la frase en su lugar.

Por un momento aquella noticia resultó difícil de asimilar. Jane se alegró, pero al mismo tiempo le preocupaban los inciertos progresos de un paciente con esclerosis múltiple y las posibles consecuencias que la enfermedad podía tener para el matrimonio. Richard la miraba esperando que dijera algo.

–¡Es una noticia estupenda! Espero que seáis muy felices.

–Esa es la razón por la que os hemos llamado. Alan insistió en pediros permiso antes de seguir adelante.

–No necesitáis nuestro permiso –aseguró Richard sentándose–. Si os amáis el uno al otro, entonces adelante. Los dos sabéis, sin embargo, que hay muchas cosas a tener en cuenta. Alan conoce su enfermedad, y sabe que lo más probable es que empeore con el paso del tiempo, así que no creo que le importe que diga esto: el esfuerzo y el estrés de cuidar de un marido enfermo puede crear mucha tensión en el matrimonio.

–Sí, ya se lo he explicado yo a Diane –aseguró Alan en voz baja–. Ella sabe lo que hace, es una persona fuerte, y no va a echarse atrás, ¿verdad?

–No, no me importa –afirmó Diane, mirando a Jane–. Conozco a Alan desde hace mucho tiempo, lo amo desde entonces. Salimos juntos por primera vez cuando íbamos al colegio. Luego, cuando él me contó que le habían diagnosticado una esclerosis múltiple, yo tuve miedo. No podía soportarlo, así que sencillamente huí.

–Sí, recuerdo que dejaste la tienda en la que trabajabas –comentó Jane–. Alguien me dijo que te habías ido a dar la vuelta al mundo.

–Estuve fuera durante casi dos años, vagando por ahí. Trabajaba en lo que encontraba… solo quería olvidar a Alan, rehacer mi vida. Fui muy cruel, abandonándolo así, pero Alan me ha perdonado, ¿verdad?

–Sí, y no te culpo. Yo habría hecho lo mismo, seguramente –contestó Alan mirando a Richard–. Le he dicho a Diane que podrá marcharse cuando quiera, cuando esté cansada. Quiero casarme con ella, pero no pienso retenerla.

–No volveré a abandonarte –afirmó Diane con convicción–. Sobre todo, si tenemos niños.

–De eso también queríamos hablaros –comentó Alan–. Nos gustaría tener hijos, pero nos preocupa el posible riesgo.

–Bueno, los investigadores aún no se han puesto de acuerdo en si se puede heredar un gen proclive a la esclerosis múltiple de padre a hijo –observó Richard–. Lo mejor será que consultéis con el neurólogo antes de tomar una decisión. Por ahora, lo único que podemos hacer es daros la enhorabuena. Os deseamos toda la suerte del mundo.

–Gracias, doctor –contestó Alan–. Alguien, una vez, dijo que el amor lo puede todo, y yo lo creo.

–Es cierto, absolutamente –contestó Richard con voz ronca por la emoción–. Yo también vagué por ahí una vez, tratando de olvidar –añadió mirando a Diane–. Por eso sé lo que has pasado.

–¿En serio? –preguntó Diane.

Jane contuvo el aliento observando la expresión enigmática de Richard. ¿Acaso iba a contarles su trágico pasado a Alan y a Diane?

–No fue exactamente el mismo caso, yo no tenía la posibilidad de volver, pero a pesar de todo necesitaba encontrarme a mí mismo.

–¿Y te encontraste?

–Eso creo. Viajar por el mundo, dejar que pase el tiempo, es un modo de solucionar los problemas, de averiguar quién se es de verdad, qué es lo que se quiere. Pero cuando vuelves al mundo real necesitas mucha ayuda de los demás.

–Alan me ha ayudado mucho a superar mi complejo de culpa por abandonarlo –repuso Diane.

–No debes sentirte culpable, Diane –recomendó Richard–. Probablemente ahora eres mucho más fuerte que antes, y eso significa que, gracias a tu fuerza de voluntad, podrás dar un cien por cien en tu relación matrimonial.

–¿Y tú, doctor? ¿Eres más fuerte que antes de marcharte? –insistió Diane.

–Bueno, ahora sé qué quiero de la vida –contestó Richard tras aclararse la garganta, poniéndose en pie y acercándose a Jane–. Creo que es hora de marcharnos.

Jane se puso en pie sintiendo un tumulto de emociones en su interior. Escuchar a Richard le había servido de mucho, por fin creía conocerlo de verdad. Un hombre que creía tan firmemente en el poder del amor no podía disfrutar sencillamente de una aventura amorosa pasajera sin más. ¿O sí? Cada vez que hacían el amor, Jane sentía que hacían justamente eso, amor. ¡Hacer el amor! No era simplemente sexo, lujuria. Jane respiró hondo el aire del páramo y trató de aclarar sus ideas. ¿Sería posible que Richard hubiera cambiado tanto, desde sus días de estudiante?

–Vendréis a la boda, ¿verdad? –preguntó Diane abriéndoles la puerta–. Arreglaré lo de la licencia en cuanto pueda, ahora que tenemos vuestra aprobación. Queremos casarnos en el mes de agosto. No tiene sentido esperar más.

–Si estamos libres, Diane, te prometo que asistiremos. Me alegro mucho por ti, de verdad –contestó Jane.

–Gracias, nos habéis quitado un gran peso de encima –se despidió Diane, saludándolos con la mano mientras se marchaban.

–Bueno, se les presentan unos cuantos obstáculos, pero creo que pueden hacerlo –comentó Richard en el coche–. De todos modos, pase lo que pase, iban a vivir juntos. Puede que crean que el matrimonio es una unión especial. Tienen mucha suerte de tenerse el uno al otro. Parecen hechos el uno para el otro, y eso no es muy frecuente en el matrimonio.

–Espero que tengas razón.

–Tú eres más escéptica, ¿no, Jane?

–Bueno, en los asuntos del corazón prefiero pensar que soy prudente. Diane abandonó ya una vez a Alan, así que no hay razón para pensar que no vaya a volver a hacerlo, sobre todo cuando las cosas empeoren.

–Escucha –la interrumpió Richard frunciendo el ceño–, no puedes dejar que el pasado influya en tu modo de ver la vida.

–A eso se le llama experiencia, Richard, y creo que es mejor ser prudente, cuando conoces los peligros –alegó Jane dejando que la brisa le revolviera los cabellos.

Ninguno de los dos habló durante los siguientes minutos. Así era como terminaban siempre sus discusiones. Simplemente, estaban de acuerdo en que no estaban de acuerdo. Al llegar a lo alto de la colina Richard detuvo el coche.

–¿Quieres que te invite a comer?

–Claro. ¿Qué te parece si vamos al Couch and Horses?

–Eso está en la cresta de la colina, si no recuerdo mal.

–Sí, no lo han cambiado de sitio. Una vez llevé allí a Paul, pero él no pareció muy impresionado. Creo que le gustaban más los hoteles de cinco estrellas.

–Siempre que fuera otro el que pagara, claro –contestó Richard

–Por supuesto, pero yo entonces no sabía que me tocaría pagar.

Richard aparcó frente al viejo pub, y Jane se volvió para abrir la puerta del coche. Entonces él se inclinó sobre ella y puso una mano sobre las suyas.

–Le he pedido a mi padre que mire a ver si puede hacer algo para que Paul te devuelva tu dinero.

–¡Pero Richard, es imposible que lo localice. Tú mismo dijiste que nadie sabía dónde estaba. Además, ya me he hecho a la idea de que he perdido ese dinero…

–No, no te has hecho a la idea, sigues pensando en ello, junto con otros detalles que te resultan terriblemente humillantes y que no puedes olvidar. Mi padre es un abogado brillante, tiene contactos en Australia. Solo quería saber si apruebas el hecho de que él lo intente.

–Creo que es un caso perdido… –vaciló Jane, que no quería parecer desagradecida, sin embargo–. Te lo agradezco mucho, pero creo que, aunque consiga ponerse en contacto con él, no va a sacarle ni un penique.

–La ley está de tu parte, Jane. Déjame este asunto a mí. Espero poder solucionarlo. Cuanto antes nos lo quitemos de encima, antes podremos reanudar nuestra vida.

–Yo creía que estaba viva –contestó Jane con cierta excitación–.

¿Cómo llamas a esto, si no? Hoy hace un día precioso, tengo un acompañante para comer en mi pub favorito…

Richard se inclinó sobre ella y la besó en los labios suave, lentamente.

–Será mejor que entremos a buscar mesa –dijo ella al fin.

Se sentaron junto a la chimenea, y Richard se dirigió a la barra por las bebidas.

–Te he pedido el menú del día –comentó dejando una copa de vino en la mesa, ante ella–. Había tanta gente, que pensé que lo mejor era pedir cuanto antes.

–Gracias. ¿Qué estás bebiendo tú? –sonrió Jane.

–Una copa especial para conductores, soda sin alcohol, o algo así. El menú de hoy es bistec y pudin.

–¡Estupendo, me encanta el pudin!

–Y a mí. Esta tarde no tienes consulta, ¿verdad? –Jane sacudió la cabeza–. Yo no tengo nada que hacer hasta la hora de la consulta, así que se me ha ocurrido ir a dar un paseo por el monte. ¿Qué te parece?

–Estupendo.

Los platos tardaron mucho en llegar, pero la espera mereció la pena. Nada más terminar Richard se puso en pie, impaciente por respirar aire fresco. Condujo hasta lo más alto de la colina y aparcó. Juntos escalaron por un estrecho sendero, deteniéndose de vez en cuando para recuperar el aliento. Las vistas merecían la pena. Al llegar arriba, se sentaron inclinándose el uno en el otro, mirando el paisaje en todas direcciones. Después descendieron por el otro lado hacia un bosque de pinos en sombra. El terreno estaba invadido de agujas de pino caído, muy resbaladizas.

–¡Cuidado! –exclamó Richard, que descendía detrás de Jane, tomándola de la cintura para evitar que resbalara.

–Gracias, casi me caigo… –contestó ella dando un paso atrás, más segura en sus brazos.

La proximidad del cuerpo de Richard inflamó el deseo. Él la hizo volverse del todo y la estrechó en sus brazos. Entonces se encendió la llama de la pasión. Richard la tomó de la mano y la guió por el sendero fragante de pinos. Al llegar bajo un árbol majestuoso se detuvo. Jane se apoyó en el tronco. Las ramas del árbol se inclinaban hacia el suelo, creando una especie de espacio secreto.

Richard comenzó entonces a derramar sobre ella una lluvia de besos. Jane se aferró a su camisa, deseosa de sentir el contacto de su piel. Richard la tumbó en la hierba y comenzó a acariciar todo su cuerpo. Ella gimió de placer al sentir que la exploraba por entero.

Jane no habría sabido decir cuánto tiempo estuvieron así, acariciándose, explorándose, tratando de retrasar hasta el último momento el instante del ansiado clímax, comprendiendo que aquella espera hacía aún más excitante el momento del éxtasis…

Jane abrió los ojos y observó las hojas de las ramas del árbol. El aire era fresco. Debía de haberse quedado dormida tras hacer el amor. Cada vez que hacía el amor con Richard creía llegar a la cumbre más alta del placer pero, inevitablemente, la vez siguiente siempre sobrepasaba con creces la anterior. Jane apoyó la cabeza sobre un brazo y contempló a Richard dormido, sonriente y con el cabello revuelto.

Jane rozó sus labios con un dedo y él abrió los ojos. Enseguida la estrechó en sus brazos, y ella se dejó abrazar. Sin embargo era tarde, había llegado la hora de volver al mundo real.

–Tenemos que volver –susurró Jane suspirando.

–Quiero preguntarte algo, antes de que nos vayamos. He ido a ver Fellside otra vez, y es exactamente la casa que quiero. ¿Quieres venir a verla conmigo?

–Richard, no quiero volver a entrar en esa casa nunca más.

–Pero ya no es la casa de Paul. Me gustaría que dejaras atrás el pasado de una vez, que vieras las cosas tal y como son, a la luz del día, sin ese bagaje que arrastras en tu subconsciente.

–Ah, así que se trataba de eso, ¿no? Estás probando tu psicología barata conmigo, ¿verdad? Siempre estás con lo mismo, que siga adelante, que olvide. Bueno, pues ya lo he intentado, y no puedo. Sencillamente no puedo.

Jane lamentó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas. Se sentía débil, vulnerable. Richard tiró de ella y la estrechó entre sus brazos, acariciando su espalda con ternura.

–Siento mucho haberlo mencionado, no quería que te pusieras así. Olvídalo, Jane. No volveré a hablar de esa casa jamás, ¿de acuerdo?

–Está bien, lo siento, no quería reaccionar así.

–Es una suerte que no uses maquillaje –bromeó Richard enjugando sus lágrimas.

Jane rio, pero sospechaba que Richard tenía razón.

Jane encendió las lamparitas del salón. El sol del atardecer producía ya largas sombras en el jardín. Su padre hacía un crucigrama. Su estado de salud era inmejorable. Jane miró el reloj. Era casi la hora de que Richard terminara la consulta. ¿Qué haría después?

–¿Has invitado a Richard a cenar? –preguntó su padre, leyéndole el pensamiento.

–No hace falta, no necesita invitación.

–Entonces, ¿no le has preguntado si iba a venir?

–Dijo que esta noche estaba ocupado con unos papeles –contestó Jane.

–Eso no es excusa, las personas deben comer. No habréis discutido, ¿no?

–¡No, claro que no!

–Te gusta mucho, ¿verdad? –preguntó Robert a su hija.

–Es un médico excelente, y un buen amigo –contestó Jane diplomáticamente.

–Bien, pero ten cuidado, sé prudente. Lo único que quiero es que no te haga daño, ¿comprendes? Si se cansara de ser médico de pueblo y decidiera echar a volar…

Jane respiró hondo. ¿Por qué tenía su padre que reforzar sus propios miedos? Desde siempre, toda su familia había supuesto que ella, que no era ninguna belleza, jamás lograría conquistar la atención de ningún hombre.

–Richard es libre de ir y venir cuando se le antoje, no seré yo quien se lo impida. Voy a la cocina a ayudar a la señora Bairstow.

Jane se apoyó en la ventana de su dormitorio para contemplar la luna nueva. Olía a rosas en aquella noche veraniega. La tarde había sido espléndida, pero de pronto parecía terriblemente lejana. Unas pocas horas sin Richard bastaban para hacerla volver a la realidad y

posar firmemente los pies sobre la Tierra.

La cena había sido tranquila. Jane había estado esperando a que Richard apareciera aunque solo fuera a la hora del café, pero ni siquiera la había llamado por teléfono como solía hacer otras veces. Era inútil pretender que no esperaba su llamada. Por fin sonó el teléfono. Jane se apresuró a contestar. Al ver que no era Richard, se desanimó.

–Sí, soy la doctora Crowther. Ah, señora Branson, ¿en qué puedo ayudarla?

–Se trata de Judy, mi nieta. Se ha encerrado en el baño.

La señora Branson era paciente suya desde hacía tiempo. Tenía depresiones debido al estrés y la carga familiar. Alguien llamó entonces a la puerta del dormitorio de Jane. Ella tapó el auricular y contestó:

–Pasa. Espere un momento, señora Branson.

Al ver que era Richard quien entraba, Jane sintió que se le aceleraba el pulso. Él jamás había entrado en su dormitorio. Richard cerró la puerta y se apoyó en ella.

–Estabas comunicando.

–Sí, estoy hablando con una paciente.

–Bueno, puedo esperar –contestó Richard sentándose en la cama.

–Lo siento, señora Branson. ¿No puede convencer a Judy de que abra la puerta?

–¿Qué te parece si llamamos a la brigada contra incendios? –sugirió Richard en broma.

–Shh… está muy preocupada –susurró Jane volviendo a tapar el auricular.

–Yo te ayudaré, si me necesitas –se apresuró a decir Richard.

Jane asintió. La señora Branson le contaba que su nieta estaba gritando, pero se negaba a abrir la puerta.

–No tengo fuerza, no puedo echar la puerta abajo, y estoy sola en casa, con ella. Espero que no se haya drogado.

–Estaré allí dentro de unos minutos –contestó Jane colgando.

–Podría tratarse de drogas –comentó Richard una vez en el coche.

–O puede que se trate de algo muy diferente. Encerrarse en el baño, gritar… –Jane reflexionó. Esperaba equivocarse, pero todo era posible, por mucho que Judy tuviera solo trece años–. La señora

Branson cuida de Judy desde que era un bebé. La madre de Judy no estaba casada cuando se quedó embarazada, y el padre natural no quiso saber nada de ellas. Un par de años después ella se casó, pero el nuevo marido se negó a criar a una niña que no era suya, así que la señora Branson se hizo cargo de su nieta. Luego su marido, el señor Branson, se hartó de la niña y abandonó a su mujer para irse a vivir con una viuda más joven. Hace unos años la madre de Judy se mudó con su marido a Londres, y creo que desde entonces no han vuelto a interesarse por Judy.

–¡Dios mío, vaya historia! ¿Y qué tal lo lleva la señora Branson?

–No muy bien, por el momento. Espero que la historia no se repita.

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, si Judy se ha encerrado en el baño y está gritando, puede que esté dando a luz. Es solo una suposición, pero no podemos descartarla. Voy a llamar a una ambulancia –añadió Jane sacando el móvil y pulsando los botones.

–Pero la abuela, ¿no se habría dado cuenta si su nieta estuviera embarazada? –preguntó Richard nada más colgar Jane el teléfono.

–Bueno, siempre ha sido una chica gordita, puede que unos cuantos kilos no se le noten.

Richard detuvo el coche delante de una granja en muy mal estado. Jane recogió su maletín médico y lo siguió hasta la puerta de la cocina. La señora Branson les abrió. Richard subió las escaleras de dos en dos. Respiró hondo y dio un porrazo en la puerta del baño con el hombro. La puerta crujió, pero no se abrió. Apoyó de nuevo todo su peso sobre la puerta y, por fin, abrió. Jane tragó. Sus suposiciones eran correctas. Judy estaba de parto.

–Tranquila, señora Branson, nosotros nos encargaremos de todo –aseguró Jane bloqueándole la entrada a la abuela.

–¡Que no entre nadie, ni la abuela ni ese hombre! –gritó Judy.

Richard se apartó y se llevó a la abuela al dormitorio mientras Jane se ocupaba de Judy.

–Llámame cuando me necesites –gritó él por encima del hombro.

La joven estaba tirada en el suelo boca arriba. Enseguida se aferró a la mano de Jane.

–Voy a tener un hijo, ¿verdad?

–Sí, casi ha salido, Judy –contestó Jane–. No, no empujes, trata

de respirar así… –Judy jadeaba–. Bien, buena chica, así. Ahora, descansa un momento.

Jane trataba de sacar la cabeza del bebé por el dilatado canal. Tenía que asegurarse de que el cordón umbilical no estuviera enrollado alrededor del cuello del bebé. Con la siguiente contracción, el feto saldría expulsado. Jane tomó un par de toallas limpias. Colocó una bajo la cabeza de Judy y la otra en el suelo, para recoger la sangre y la mucosa.

–Estaba casi segura de que iba a tener un niño, por eso no quería que entrara la abuela –sollozó Judy–. ¡Ahh…!

–Ahora empuja, Judy –ordenó Jane.

El bebé salió expelido mientras Jane lo agarraba por los hombros. Luego lo dejó sobre el vientre de la madre con cuidado y buscó unas tijeras en el maletín.

–Has tenido una niña, Judy –comentó Jane mientras seccionaba el cordón umbilical.

–¿Puedo… puedo sostenerla, doctora? –preguntó Judy emocionada, abriendo inmensamente los ojos.

–Por supuesto, es tu hija.

Jane envolvió a la recién nacida en una toalla limpia y se la tendió a su madre. Se sentía terriblemente conmovida. Aquellos primeros instantes en la vida de un ser recién nacido, cuando se entablaba el lazo entre madre e hijo, siempre la habían llenado de asombro y extrañeza. El júbilo de la madre, en contraste con la terrible agonía del parto, era una experiencia única.

–Es una niña preciosa, Judy –aseguró Jane.

–No quería tenerla, pero ahora me alegro. Hice de todo, tratando de tener de nuevo la menstruación. Esperaba poder evitar estar embarazada.

–Pero los niños no desaparecen así como así.

–No. Es gracioso, antes lo odiaba. Odiaba el bulto de mi vientre, quería librarme de él, pero ahora que es un bebé lo adoro. De verdad, lo quiero… –aseguró Judy con lágrimas en los ojos.

–Ha llegado la ambulancia, Jane –gritó Richard desde el otro lado de la puerta.

Jane respiró aliviada. El departamento de maternidad del hospital se haría cargo de todo.

–No sé qué pensar, doctora Jane –comentó la señora Branson

minutos más tarde–. Para mí, ha sido un shock. Yo ya he pasado por esto una vez, con la madre de Judy, y jamás pensé que volvería a repetirse. Judy no es más que una niña. Su madre, al menos, tenía diecisiete años.

Judy permaneció en silencio, con el bebé en brazos. Jane, sentada en la ambulancia junto a Richard, se inclinó hacia ella para enseñarle cómo sostenerlo.

–¡No puedo creerlo! –exclamaba Judy.

–¡Ni yo! –aseguraba su abuela–. Tendrás que darme una explicación, jovencita.

–Ahora no, señora Branson –recomendó Jane–. Judy está muy fatigada.

–Tranquila, señora Branson. Hay muchas ayudas sociales, no debe sentirse sola. Además, Jane y yo vendremos siempre que nos necesiten.

–Gracias, doctor, es usted muy amable. No sé qué habría hecho sin ustedes. Tienes mucha suerte, Jane, de tener a un compañero tan simpático –añadió mirándola.

–Lo sé –aseguró Jane.

–¿Va usted a quedarse en la consulta de Highdale permanentemente? –preguntó la señora Branson dirigiéndose a Richard.

–Nada es permanente, ¿no cree? –contestó Richard con una mirada enigmática–. En un futuro inmediato, sin embargo, eso parece.

Jane tragó. ¿Cuánto duraría ese futuro inmediato?

Capítulo 8

Richard, no puedo creerlo! –exclamó Jane entrando apresuradamente en el despacho de él, con un sobre en la mano–. Estaba abriendo la correspondencia cuando he visto esta carta.

–Siéntate –rogó Richard poniéndose en pie y señalándole una silla–. Parece como si hubieras visto un fantasma.

–¡Y lo he visto! Paul me ha escrito. ¡No vas a creerlo! Me manda un cheque de diez mil libras. ¡Richard, he recuperado mi dinero! ¿Quieres saber qué dice la carta…? Tú ya lo sabías, ¿no? Es gracias a tu padre, ¿verdad?

–Sí, mi padre me contó que las negociaciones marchaban bien. Conoce a un experto en Australia que se ha encargado de todo. Según parece, cuando localizó a Paul averiguó que no era tan pobre como pensábamos. No sé cómo, pero tenía dinero, así que lo amenazó con llevarlo ante los tribunales si no pagaba sus deudas…

–Pero Paul podía haber alegado que ese dinero fue un regalo, ¿no? –preguntó Jane.

–No con sus antecedentes, no eres la única mujer a la que ha estafado. Además, el banco en el que Paul ingresó tu cheque tomó nota de todo, lo encontraron sospechoso.

–Sí, recuerdo que me llamaron para preguntarme si el cheque disponía de fondos.

–Ningún argumento lo habría salvado de los tribunales –afirmó Richard.

–Bueno, pero todo esto le habrá costado muy caro a tu padre, ¿no? Debería pagarle sus servicios profesionales.

–Él no quiere que le pagues –negó Richard con vehemencia–. Mi padre lo considera un favor. Es una cuestión de principios, lo molesta que alguien estafe a un amigo. ¿Sabes? Les gustaste mucho a mis padres aquel día que fuimos a tomar té. No hacen más que preguntarme cuándo vas a volver.

–¿Les has contado que estamos muy ocupados en la clínica? –preguntó Jane incómoda.

–¿Por qué tengo la sensación de que quieres evitarlos? –preguntó a su vez Richard.

Jane respiró hondo. Richard le había sugerido unas cuantas veces que fueran de nuevo a visitar a sus padres, pero ella siempre había encontrado una excusa.

–Me encantaría ir, pero de verdad que ahora estoy muy ocupada –se excusó Jane tratando de aparentar sinceridad–. Mañana tenemos que tomarnos el día libre para ir a la boda de Alan y Diane, y…

–Tranquila, lo comprendo –asintió Richard resignado.

–Supongo que debería darle las gracias a tu padre –se apresuró Jane a decir–. Le escribiré una carta hoy mismo. ¿Quieres saber qué dice Paul?

–Apenas puedo esperar.

–Dice que lamenta haber tardado tanto en devolverme el dinero, que siempre había querido hacerlo, pero que perdió la dirección –explicó Jane echándose a reír–. ¡Vaya excusa!

–Bueno, y ahora que se ha disculpado y has recuperado el dinero, ¿crees que podrás por fin olvidar ese Capítulo de tu pasado?

–Eso espero –sonrió Jane pensando inmediatamente en Fellside–. Me pregunto cómo van tus negociaciones para comprar Fellside.

–No había vuelto a pensar en ello –repuso Richard sacudiendo la cabeza–. Estará vendida.

–¡Pero tú estabas tan seguro de que era la casa que querías!

–Sí, lo estaba, hasta que tú me hiciste echarme atrás.

–Pero es que he cambiado de opinión –sonrió Jane.

Richard se acercó a ella y la tomó de la barbilla. Lentamente, inclinó la cabeza y la besó en los labios. Jane saboreó aquel instante llena de emoción, como siempre que él la besaba.

–Eres un enigma, Jane –susurró él con voz ronca–. Jamás comprenderé lo que ocurre en esa cabecita tuya. Eso es lo que adoro de ti, que eres impredecible.

Jane contuvo el aliento. Richard había utilizado la palabra «adorar». Aunque se tratara simplemente de una forma de hablar, Jane concibió esperanzas. De pronto, no podía olvidar Fellside. Necesitaba ver la casa.

–Me gustaría volver a ver Fellside –insistió, tras una pausa.

–Bueno, averiguaré si aún no la han vendido –repuso Richard.

Entonces sonó el intercomunicador de Richard. Lucy anunció la visita de la señora Branson. Jane se puso en pie.

–Parece que le gustas a la abuela Branson, antes siempre venía a verme a mí.

–Sí, aquella noche en que Judy dio a luz se desahogó conmigo.

Jane abrió la puerta y le cedió el paso a la señora Branson, que sonrió.

–Ah, hola, doctora Jane. He traído a Judy y Alice conmigo. Ella quiere verte a ti.

–Alice tiene hambre, doctora Jane –explicó Judy en cuanto las dos estuvieron sentadas en la consulta–. Esta mañana no he tenido tiempo de darle el pecho. La abuela tenía mucha prisa por venir, y yo no quise perder la oportunidad de verla. ¿Sabes? Ser madre es extraño. Ahora me siento mucho más madura que mis amigas. Vienen a verme, me preguntan si voy a volver a clase y, la verdad, no sé qué contestar…

–Fui a los servicios sociales, y me aseguraron que una persona iría a verte para hablar sobre la educación y el futuro de tu hija… –repuso Jane.

–Sí, vinieron dos mujeres a verme. Me dijeron que podía asistir a una unidad educativa especial de Moortown, adonde podía ir con Alice, pero… yo no quiero dejar mi colegio. Lo que pasa es que tampoco quiero pedirle a la abuela que cuide de Alice.

El teléfono sonó. Era Richard, que quería hablar con ella unos segundos. Jane se disculpó y se acercó a su despacho.

–¿Te ha hablado Judy del tema del colegio, doctora Jane? –preguntó la señora Branson preocupada, en cuanto Jane cerró la puerta.

–Sí, ahora mismo estábamos hablando de eso.

–Sí, suponía que era de eso de lo que quería hablarte. Ya sé que ella quiere ir a esa unidad especial de Moortown, pero yo preferiría que siguiera en el mismo colegio y que dejara a Alice en casa conmigo.

–¿Y por qué no se lo has dicho? –preguntó Jane.

–Quiere tanto a ese bebé, no creo que quiera separarse de él, no me deja ni sostenerlo. La verdad, a mí me encanta cuidar bebés. Cuando crecen es cuando comienzan las dificultades. Sencillamente, no tengo paciencia. Pero si pudiera cuidar de Alice, eso estrecharía

de nuevo mi relación con Judy.

–Sí, es una buena idea –convino Richard–. ¿Crees que Judy estaría dispuesta a venir aquí a discutirlo?

–Sí, iré preparando el terreno –contestó Jane.

Jane tardó en convencer a Judy de que fuera al despacho de Richard a discutir el tema con su abuela, pero una vez allí ambas se pusieron de acuerdo.

–Bueno, ahora que todo está resuelto informaré a ese colegio especial de que no hace falta que te guarden una plaza –comentó Richard.

–Gracias, doctor Montgomery –contestó la señora Branson poniéndose en pie para marcharse.

Nada más cerrarse la puerta, Jane se volvió hacia Richard y dijo:

–Parece que por fin han hecho las paces.

–Bueno, ya veremos. La confianza es algo frágil, es fácil perderla –repuso Richard acercándose a ella y tomándola de ambas manos.

Jane tragó contemplando los enigmáticos ojos azules de Richard, preguntándose si debía confiar por entero en él. No se había entregado a sí misma por completo, aún quedaba en ella un resquicio de reserva.

–Será mejor que vaya a ver al resto de pacientes –dijo Jane apartándose de él.

–Voy a ir a comer a Deepdale. Mis padres estarían encantados si me acompañaras.

–Lo siento, le prometí a papá que lo llevaría a ver a Caroline.

Era cierto, pero también era una excusa. En aquel estado de nervios Jane no habría podido soportar la mirada inquisitiva de los padres de Richard.

Jane buscaba un banco donde sentarse en la iglesia. El organista tocaba su repertorio nupcial. Richard, que la había llevado en el coche, se había detenido a charlar con unas monjas sobre un paciente. La iglesia se llenaba rápidamente. Jane vio a Caroline, que le hacía señales para que se sentara con ella.

–¿No viene Richard contigo? –preguntó Caroline.

–Sí, está fuera –contestó Jane conteniendo el aliento, segura de que su hermana iba a someterla a un nuevo interrogatorio.

El día anterior, durante la comida en casa de su hermana, Caroline le había asegurado que estaba muy preocupada por ella y por su relación con Richard. Robert se había quedado dormido en el sofá, de modo que ambas hermanas habían salido a tomar café al jardín mientras Jane, resignada, daba rodeos tratando de evitar sus preguntas.

–Jane, espero que no estés ofendida por lo de ayer, te aseguro que lo digo por tu bien. Cuando se trata de hombres eres muy ingenua, y me da la sensación de que esta vez estás realmente enamorada. Ni qué decir tiene que en esta ocasión tampoco te saldrá mejor…

–Caroline, no estoy ofendida –aseguró Jane interrumpiéndola, apretando los dientes–, pero si insistes en seguir hablando de lo mismo acabaré por gritar. Cállate, por favor.

–¿Seríais tan amables de hacerme un sitio?… Gracias –sonrió Richard–. ¿Va todo bien entre vosotras dos? –añadió en un susurro, una vez sentado junto a Jane.

–Como siempre –contestó Jane girando los ojos en sus órbitas.

Alan, el novio, esperaba a la novia en el altar junto al padrino. Diane caminó del brazo de su padre desde la puerta de la iglesia, serena y segura.

–Ha sido una misa preciosa –comentó Jane al salir de la iglesia. La música, las respuestas de los novios, profundamente enamorados, la habían conmovido hasta derramar lágrimas–. He oído decir que hubo una cancelación en la iglesia, y que gracias a eso Alan y Diane han podido casarse tan pronto.

–Sí, parece ser que se ha suspendido una boda.

–Bueno, a veces ocurre, pero ha sido una suerte para ellos.

–Sí, son una pareja con suerte –convino Richard–. Ya sé que se enfrentan a una enfermedad terrible, pero su relación es firme, y hoy en día, cuando todos los matrimonios acaban en divorcio, es bastante raro. La semana pasada vi a Simon, estuvo contándome cosas de sus dos divorcios. Según parece, debieron ser bastante traumáticos.

–No sabía que hubieras visto a Simon.

–Sí, lo llamé por teléfono y lo invité a tomar una copa.

–¿Lo llamaste? –preguntó Jane–. ¿Y por qué diablos se te ocurrió llamarlo? Creía que…

–Era mi mejor amigo, ¿recuerdas?

–¡Cómo podría olvidarlo!

–¿Eso qué significa?

–Lo siento, Richard, no debería tomarla contigo, pero ya sabes lo que opino de Simon.

–Por eso precisamente quise verlo solo, pero la próxima vez quiero que vengas conmigo.

–¡No pienso volver a verlo!

–Pues creo que te interesaría mucho saber lo que él tiene que decir. A mí, desde luego, me interesó –aseguró Richard.

–¿Y qué podría decir él, que pudiera interesarme? –preguntó Jane confusa.

–No lo creerías, a menos que se lo oyeras decir a él. ¿Qué día estás libre? ¿El jueves, o el viernes?

–El viernes –confirmó Jane–, pero ya puede ser interesante, si es que voy a tener que malgastar la velada con un tipo como él. Vendrás conmigo, ¿verdad?

–Claro –sonrió Richard.

–¡Doctora Jane, doctor Montgomery! –gritó Alan gesticulando y haciendo señas desde la escalinata de la iglesia–. Diane y yo queremos hacernos una foto con vosotros, por favor.

Al viernes siguiente, Jane sugirió que ella conduciría para que Richard pudiera tomar una copa con Simon.

–A mí no me importa tomar naranjada, si a ti no te importa ir en mi Ford.

Richard, sin embargo, le ofreció las llaves de su descapotable. Jane respiró hondo y se puso al volante. Al llegar a la cima de la colina sonrió.

–No era tan difícil. No estarías asustado, ¿verdad?

–¡Claro que no! –rio Richard–. Sabes mantener el control. Mira, ahí está el coche de Simon, frente al pub. ¡Justo a la hora! ¡Qué raro!, debe estar nervioso.

–¿Y por qué iba Simon a estar nervioso? –preguntó Jane.

–Espera a oír lo que tiene que decir, te aseguro que me ha

costado mucho conseguir que viniera hoy aquí. Y aún me costará unas cuantas cervezas, si quiero que suelte la lengua.

–No creo que Simon esté en condiciones de conducir –declaró Jane preocupada, mientras Richard pedía otra cerveza más para su amigo, bastante borracho ya.

Jane se aburría cada vez más, escuchando a los dos amigos conversar sobre los viejos tiempos. Miró el reloj y Richard, atento a ella, le susurró:

–Espera, será la última cerveza. Luego le pediré un taxi, e insistiré en que lo tome. Yo invito.

–Debes haberte gastado ya una fortuna en él –exclamó Jane confusa, sin comprender–. ¿A qué viene todo esto?

–Shh… tú escucha lo que va a decir –señaló Richard–. Simon, ¿recuerdas lo que me contaste el otro día sobre aquella cita que tuve yo con Jane, hace años?

–Eso es historia, Richard, no creo que quieras volver a escucharla.

–Pues te equivocas, quiero volver a escucharla, y Jane también, ¿verdad?

–¿A qué cita te refieres? –preguntó Jane–. Jamás llegamos a salir juntos, Richard, gracias a…

–¡Gracias a Simon! –exclamó Richard–. Venga, adelante, explícaselo, Simon.

–No comprendo por qué insistes en eso, Richard –se quejó Simon, que pronunciaba con dificultad–. Solo lo hice para divertirme un poco.

–Puede que a ti te pareciera divertido, pero a mí no –afirmó Richard–. Cuando arreglaste esa cita entre ella y yo, sabías que Jane después buscaría un hombro sobre el que llorar, ¿verdad?

–Fue hace mucho tiempo –contestó Simon dando otro trago de cerveza–, ya no me acuerdo de qué iba a decir, pero te costará otra cerveza. Lo sabes, ¿no?

–Ya has tenido bastante. Cuéntale a Jane lo que me dijiste a mí la otra noche.

Simon volvió la vista hacia Jane con ojos borrosos y comenzó la historia:

–Aquella carta de Richard, donde te citaba para que te reunieras con él en la escalinata del Ayuntamiento… la escribí yo. Ya lo he dicho, lo hice por divertirme y porque… bueno, para que vinieras corriendo a mí, buscando consuelo y… lo que fuera que ocurriera después.

Simon terminó la cerveza y levantó la jarra vacía, pero Richard no hizo caso del gesto.

–Tú eras una chica muy alegre, Jane –continuó Simon con dificultad–. Vivaz y atractiva, a tu modo. No del gusto de todo el mundo, es cierto, pero yo te encontraba muy tentadora. Pero tú insistías en mantenerme a distancia, siempre dejaste muy claro que solo querías mi amistad. Yo era tu osito de peluche, escuchaba tus problemas, pero aparte de eso…

–No tenía ni idea de que sintieras eso por mí –alegó Jane sorprendida.

–Bueno, el caso es que no hacías más que hablar de Richard, de lo guapo que era y de cuánto te gustaría salir con él, así que sentí celos. Estaba rabioso, la verdad. Por eso pensé que el único modo de hacerte callar y tenerte para mí solo era…

–¿Cómo pudiste…? –preguntó Jane atónita, respirando hondo.

Richard levantó una mano para hacerla callar, para calmarla, y luego tomó su mano, diciendo:

–Fue hace mucho tiempo, Jane. Yo no sabía nada de esa cita. ¿Tienes aún aquella carta?

–¡Debes estar de broma! La rompí hace años, la tiré a la primera papelera que encontré.

–¿Y nunca se te ocurrió comprobar si la letra era mía?

–¿Por qué iba a hacerlo? Yo no conocía tu letra. Además, en aquel tiempo aún era una persona muy confiada, ni siquiera se me ocurrió dudar.

Richard la rodeó con un brazo y la estrechó contra sí. Jane no se resistió, a pesar de que el bar estaba lleno de gente. De pronto no le importaba lo que la gente pensara.

–Y mientras tanto yo, durante todos estos años, te la he estado guardando, Richard. Lo siento –añadió Jane levantando la vista.

–No importa, por fin se ha resuelto el misterio –sonrió él.

–Cuando terminéis, me gustaría tomar una última cerveza… antes de que cierren –intervino Simon– Vosotros no lo sabéis, pero

yo tengo algo que celebrar. Esta es mi última borrachera… ¡espero!

–¿Qué quieres decir? –preguntó Richard.

–Mañana ingreso en una clínica para desintoxicarme. La semana pasada me pillaron bebiendo en el trabajo, y perdí el empleo. O me desintoxico, o no encontraré otro.

–Lo siento, Simon –lo consoló Richard poniendo una mano sobre su hombro–, pero me alegro de que lo hagas, creo que haces bien.

–Lo sé –contestó Simon levantando la jarra–. ¿Una más, para el taxi?

Richard le quitó la jarra a su amigo y llamó a un taxi.

–Tu taxi viene de camino, Simon, lo esperaremos fuera –dijo Richard ayudándolo a levantarse–. Un poco de aire fresco te irá bien.

Mucho más tarde, Jane se acurrucaba contra Richard. Habían hecho el amor lentamente, relajados, como si ambos fueran conscientes de que habían resuelto otro problema más.

–Siento mucho que Simon esté así –comentó Jane ocultando el rostro en el cuello de Richard y aspirando su fragancia.

–Bueno, la culpa es solo suya –contestó Richard–. Espero que pueda rehacer su vida. Le esperan momentos muy duros, pero puede hacerlo, si quiere. El problema es que, en realidad, no tiene ningún incentivo. El otro día me estuvo contando que a nadie le importa lo que le ocurra. Hubo un tiempo en el que yo también me sentí así –añadió Richard con ojos llorosos y voz ronca–. ¿Y sabes qué? Al final, ya ni siquiera me importaba. Vivía sin sentir.

–Esa es la forma en que la naturaleza cuida de nosotros –aseguró Jane acariciando su mejilla–, pero cuando te sentiste mejor, volviste a la realidad, ¿verdad?

–Sí, pero aún seguía buscando… aún hoy sigo buscando…

Jane jamás había visto a Richard tan emocionado. Hubiera deseado poder alargar una mano, decirle que dejara de buscar, que ella estaría con él para siempre… Pero tenía miedo. Miedo a que el sueño se hiciera añicos, si pronunciaba las palabras en voz alta. Por eso decidió demostrárselo con sus actos, sin palabras, haciéndole comprender que en el mundo solo existían ellos dos.

Jane disfrutó acariciándolo, torturándolo, excitándolo y

llenándolo de nuevo de deseo. Richard jadeó y gimió, y cuando ambos llegaron al clímax ella gritó de júbilo.

Una débil franja de luz del sol se coló por el resquicio de la ventana. Jane se estiró y buscó a Richard en la cama. Él tiró de ella y la abrazó. Se besaron lenta, largamente, como dos amantes plenamente saciados tras una noche de delirante pasión.

–Será mejor que me vaya –susurró ella.

–Quédate y toma una ducha conmigo –susurró él con voz ronca, nuevamente llena de deseo.

–Si me quedo, ya no podré escapar –sonrió ella.

–¿Y eso sería tan terrible…? Olvidaba decírtelo, voy a quedarme aquí unas cuantas semanas más, hasta que encuentre otra casa. He llamado al agente inmobiliario para preguntarle por Fellside, pero me ha dicho que ya tiene una oferta.

Jane no comprendió por qué la noticia la decepcionaba tanto. Habría preferido no haber obligado a Richard a echarse atrás.

Capítulo 9

Jane se reclinó sobre el asiento y miró por la ventana de su despacho. Las rosas comenzaban a marchitarse. Durante el verano, los colores habían sido exuberantes, pero a mitad de septiembre comenzaban a adquirir un tono triste. Por todas partes había signos de que el otoño estaba próximo.

Cerca, al borde del terreno cubierto de hierba, su padre podaba las rosas marchitas. Levantó la vista, notando quizá que alguien lo miraba, y saludó con la mano. Jane sonrió y le devolvió el gesto. Entonces alguien llamó a la puerta, que enseguida se abrió. Era Richard.

–Me voy a hacer las visitas. ¿Hay alguien más que añadir a la lista de hoy?

–No –sacudió la cabeza Jane–. Mira a papá. Desde que le permitimos trabajar un poco el jardín, está feliz.

–Sí, últimamente se porta bien –convino Richard–. Creo que después del susto de este verano, se ha dado cuenta por fin de que es mortal y de que debe seguir nuestros consejos.

–Henry Gregson está muy contento con sus progresos. Esta mañana, cuando trataba de concertar una cita para Fiona Smithson, hablé con él por teléfono –sonrió Jane–. ¿Recuerdas a Fiona? Es la paciente a la que le quitaron un quiste de ovario esta primavera. Bueno, pues está embarazada. ¡Y está loca de contenta!

–Esa es una buena noticia. ¿Se ha recobrado por completo de la operación?

–Sí, le hice un examen completo. Estaba preocupada, pensando que quizá hubiera debido esperar a quedarse embarazada.

–He visto a Sean, el joven que casi se ahoga en el río. Estaba en la sala de espera. No sabía que fuera paciente tuyo.

–No lo es, solo ha venido a traernos un regalo. ¿No te parece muy amable? Lo he abierto, pero enseguida he vuelto a envolverlo. Cierra los ojos, Richard.

Richard sonrió y obedeció. Jane sacó entonces un paquete

grande de debajo de su mesa y se lo tendió.

–Pero tengo que abrir los ojos para desenvolverlo.

–Está bien –sonrió Jane observándolo quitar el papel. Richard sacó una casita pequeña, de madera, trabajada artesanalmente–. Sean dice que la ha hecho en el colegio, en la clase de trabajos manuales.

–¡Qué regalo tan bonito! ¿Y dijo que era para los dos?

–Sí, tendremos que compartirla –sugirió Jane contemplando las chimeneas a ambos lados del tejado–. Se parece a Fellside. Sean me dijo que se inspiró en una casa de los alrededores.

–Tienes razón, ¡qué coincidencia! Esta misma mañana me ha llamado por teléfono el agente inmobiliario para hablarme de Fellside.

–Creía que estaba vendida –afirmó Jane sorprendida.

–Tenía una oferta, pero los compradores se han echado atrás. No pudieron conseguir un préstamo tan elevado, así que el agente me llamó para preguntarme si seguía interesado.

–¿Y sigues interesado? –preguntó Jane con el corazón en un puño.

–¿Crees que debería estarlo? –preguntó a su vez Richard con una expresión enigmática.

–¡Pues claro!

–He quedado con él esta tarde para ir otra vez a verla. Si estás libre, puedes venir conmigo –añadió Richard vacilante.

–Sí, me gustaría –contestó Jane dejando la casita en la mesa–. Y, a propósito, ¿qué sabes de Simon?

–Ayer llamé al centro de desintoxicación. Lleva allí cuatro semanas, y no ha vuelto a beber. Quieren retenerlo otras dos semanas más, pero él está loco por salir.

–¡Pobre Simon! –exclamó Jane–. Jamás pensé que sentiría lástima por él.

–He estado recordando cosas desde el último día que lo vimos. Cosas acerca de él –explicó Richard–. Recuerdo que una vez me contó que había tenido una infancia muy desgraciada. Se crió en un orfanato, y tuvo que trabajar duro para llegar a la facultad.

–Eso a mí jamás me lo contó –comentó Jane–. Para mí fue el primer chico que excitó mi deseo, creí que estaba enamorada, que eso era el amor.

–Pero no lo era, ¿verdad? –preguntó Richard escrutando sus ojos.

–No, no lo era –confesó Jane mirándolo a los ojos, con voz teñida de emoción.

Por fin había experimentado el amor, y eso le había hecho darse cuenta de que eran necesarias todas sus experiencias negativas previas para apreciar la diferencia. Richard la miraba a los ojos con una dulce expresión de ternura.

–Tuviste mala suerte al tropezar con tipos como Simon. Recuerdo que una vez me dijo que quería marcharse de Moortown, escapar de los lazos que lo ataban.

–Entonces, ¿recuerdas por fin esa época de tu vida? –preguntó Jane sorprendida.

–Sí, poco a poco –asintió Richard–. Me siento como si hubiera estado tratando de encajar las piezas de un puzzle gigante, pero por fin lo he conseguido. Volver a ver a Simon ha sido una experiencia catártica.

–No me cabe duda –respondió Jane.

–Tengo que marcharme, voy a visitar a Sara Holdsworth. Llamó por teléfono, dijo que no era urgente, pero tiene un fuerte dolor de espalda, y como está embarazada de ocho meses…

–¡Pero si llevaba semanas bien! –exclamó Jane sorprendida–. Tuvo dolores de espalda cuando estaba de seis meses. Estaba pintando la casa y arreglando la habitación del bebé, y tuve que pedirle que se lo tomara con más calma. ¿No pensarás que…?

–Bueno, es posible que tenga contracciones, pero dijo que no le corría prisa. Si veo que se presenta alguna complicación la mandaré al hospital, pero no puedo saber de qué se trata sin examinarla primero.

–Voy contigo –afirmó Jane poniéndose en pie–. Sara es muy vergonzosa. Si hay que examinarla, preferirá que lo haga yo.

La puerta de la cocina de la casa de Sara estaba abierta.

–¡Sara! –gritó Jane.

–Estoy aquí, Jane, arriba, en la cama.

Jane subió las escaleras y entró en el dormitorio, donde contempló preocupada la figura pálida de una mujer acurrucada

entre las sábanas. Puso una mano en su frente, y preguntó:

–¿Qué tal estás, Sara?

–Estaba bien, aparte del dolor de espalda, pero esta mañana, después de llamar a la consulta, me he ido poniendo peor. No lo comprendo, llevo mucho tiempo descansando, desde que tú me lo recomendaste. Ha sido Ray quien ha terminado la habitación del bebé, y me obliga a poner los pies en alto.

–Te examinaré.

–Es aquí, abajo –indicó Sara mientras Jane se ponía guantes y apartaba las sábanas.

–El problema no es la espalda, Sara. Relájate mientras te examino. Has dilatado dos centímetros –añadió Jane tras una pausa, irguiéndose y dirigiéndose a Richard.

La expresión de los ojos de Richard fue un reflejo de la de Jane. Otro nuevo parto de emergencia. Jane le explicó a Sara que el bebé había decidido llegar antes de tiempo.

–Tienes el canal casi completamente dilatado, Sara, esa es la causa del dolor.

–¡Pero si no me toca hasta dentro de dos semanas! Todo saldrá bien, ¿verdad?… ¡Ahh…!

Sara se aferró a la mano de Jane. Richard llamó al hospital por el móvil.

–La ambulancia viene de camino. Están esperando a Sara en maternidad.

–Cada vez me duele más… ¿Qué…?

–Te daré un calmante, Sara –afirmó Richard buscándolo por el maletín.

Sara no le soltaba la mano a Jane. En cuanto terminó de ponerle la inyección, Richard se puso los guantes estériles. La cabeza del bebé asomaba ya. Suavemente, Richard tiró de ella hasta alcanzar los hombros. Entonces comprobó que el cordón no estuviera enrollado en el cuello.

–Cuando sientas la próxima contracción, empuja –ordenó Richard palpando el abdomen de la paciente para notar la contracción–. Creo que ya viene. Respira hondo… ¡Bien, así!

Richard tomó al bebé en sus manos. Jane le tendió una sábana estéril para que lo envolviera.

–¡Es un niño, Sara! –exclamó Richard.

–¡Oh, es maravilloso! –exclamó a su vez la madre–. Ray quería que fuera niño, estará encantado.

Jane le tendió el bebé a Sara. Estaba emocionada. Enseguida oyeron la sirena de la ambulancia.

–¿Vendréis conmigo al hospital? –preguntó Sara con ansiedad.

–Claro –contestó Jane sonriendo.

–Este no es el camino de vuelta a Highdale –comentó Jane al ver a Richard torcer a la izquierda en la carretera principal de Moortown, tras dejar a Sara en el hospital.

–Te llevo a Deepdale a comer –contestó Richard–. Pensaba ir cuando terminara con las visitas, pero lo de Sara me ha retrasado.

–Pero papá me espera en casa –alegó Jane.

–No, no te espera. Lo llamé por teléfono mientras hablabas con la hermana en maternidad. Dijo que la señora Bairstow estaba a punto de servir la sopa, y que no era ningún problema. Luego llamé a mi madre, y se puso muy contenta.

–Bueno, pero quizá debieras haberme preguntado a mí primero…

–¿Para qué? ¿Para que me dijeras que estás ocupada? –preguntó Richard con una sonrisa.

–Esto es un secuestro –sonrió a su vez Jane, incómoda.

–Sí, y he tardado demasiado en secuestrarte. Eres demasiado cabezota, no te conviene.

–¡Pero tengo miedo, Richard!

Richard detuvo el coche en la cuneta, se inclinó sobre ella y la tomó en sus brazos.

–¿Pero de qué tienes tanto miedo, por el amor de Dios? ¡Es solo una comida!

–Es que estoy convencida de que se darán cuenta de que tú y yo… de que nosotros…

–¿De que somos amantes? –inquirió Richard–. ¿Y no crees que ya se lo imaginan?

–¿Se lo has dicho tú?

–No hizo falta. Cada vez que iba a verlos, no hacía más que hablar de ti. Mamá me lo preguntó, y yo le contesté que sí, que éramos muy felices. Siempre tuve muy buena comunicación con mi

madre. Para mí, es como una hermana mayor.

–¿Pero le dijiste que se trataba solo de eso, de una… aventura pasajera?

–En realidad le dije que, de momento, no podía esperar nada más… Le conté que habías tenido algunas experiencias desafortunadas con los hombres y que me llevaría tiempo convencerte para que la cosa fuera más permanente.

–¿Permanente como qué, por ejemplo? –se atrevió Jane a preguntar.

–Como el matrimonio, por ejemplo –contestó Richard con voz teñida por la emoción–. ¿Quieres casarte conmigo, Jane?

El mundo pareció quedar de pronto en silencio. Jane no era consciente de nada excepto de Richard, que la miraba con ojos tiernos y suplicantes, como si esperara que lo rechazara. Por fin era parte del sueño que siempre había esperado que se convirtiera en realidad, pero de pronto, no sabía qué hacer. Cerró los ojos y trató de concentrarse. El matrimonio era un paso muy importante en la vida.

–¿Te das cuenta de lo que eso significa? –preguntó Jane abriendo los ojos.

–Llevo seis meses tratando de conocer a la chica más difícil, más obstinada, más interesante y más deseable del mundo –respondió Richard con una sonrisa–. ¿Por qué crees que…?

–No, no me refiero solo a mí –lo interrumpió Jane–. Ya sé que sabes cómo manejarme, cuando quieres. Lo que quería decir es… ¿te das cuenta del compromiso que supone el matrimonio? Pasar el resto de tu vida con una sola persona puede ser muy…

–Escucha, he visto matrimonios buenos y malos. Mis padres llevan juntos más de cuarenta años. Los he oído discutir, he oído a mamá dar portazos. Pero antes del anochecer, los he visto subir juntos, de la mano, hasta su dormitorio, y siempre supe que no debía molestarlos en esas ocasiones. El matrimonio es lo que tú quieras hacer de él…

–Lo siento, Richard –se disculpó Jane en voz baja–. Olvidaba por completo tu matrimonio con Rachel. Ese sí era un buen matrimonio, ¿verdad?

–Pero la vida sigue –asintió Richard–. Tú me has ayudado a curar las heridas para que pueda comenzar de nuevo, y yo sé que

esta vez…

–Richard, tengo que pensarlo… me alegro de haberte ayudado, pero apenas me conoces. Ahora que estás bien, puede que quieras experimentar algo más del amor… antes de casarte.

–Querida Jane, tú eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida.

–Es como un sueño –respiró Jane–. Siento como si fuera a despertar de un momento a otro, pero dime: ¿cuánto durará este sueño? ¿Cuánto tiempo transcurrirá antes de que te canses de mí, tal y como se cansan siempre los hombres que han pasado por mi vida?

Richard besó su frente, sus ojos, sus mejillas y sus labios antes de estrecharla contra sí con fuerza, como si jamás quisiera dejarla marchar.

–¿Cómo puedo convencerte de que yo no soy como el resto de los hombres de tu vida? La gente como Simon o Paul son incapaces de amar a nadie excepto a sí mismos… –Richard se interrumpió y la miró penetrantemente a los ojos–. Después de todo lo que has tenido que pasar, no es de extrañar que hayas perdido la confianza, Jane.

–Lo sé –contestó ella–. El pasado me persigue. Incluso estoy preparada para cuando llegue el inevitable momento en que me abandones.

–Yo no voy a abandonarte, Jane.

¡Qué palabras tan maravillosas! Jane estaba convencida de que Richard lo creía firmemente, pero eso no significaba que no fuera a hacer añicos su corazón.

–Dame tiempo para pensarlo, ha sido tan repentino… –dijo Jane al fin.

Richard suspiró, se apartó y arrancó de nuevo el coche. Nada más llegar a la cima sobre el valle de Deepdale atisbaron la granja de los Montgomery. La niebla matutina se había despejado. Las ovejas habían bajado de las colinas y pastaban junto al río. Richard entró en la propiedad y aparcó junto a la puerta de la cocina. Su madre salió casi inmediatamente a recibirlos.

–Siento llegar tarde, mamá –se disculpó Richard besándola en la mejilla.

–Me alegro mucho de volver a verte, Jane –saludó Sylvia a Jane.

–Yo también me alegro de estar aquí.

–Desmond nos está esperando en el comedor. He conservado la comida caliente en el carrito.

–Así que has extendido la alfombra roja para recibir a los visitantes ilustres, ¿no es eso? –sonrió Richard–. Nos habríamos conformado con unos sándwiches en la cocina.

–Pero a mí me gusta la ceremonia, cuando tengo invitados –alegó Sylvia.

–¡Jane! –exclamó Desmond levantándose de la silla–. Cuánto me alegro de volver a verte. Ven a sentarte a mi lado. Tengo que darte las gracias por la carta que me escribiste, me alegré mucho de servirte de ayuda.

–Jamás podré agradecerte lo suficiente lo que has hecho por mí –contestó Jane–. Ya se lo dije a Richard, es como si me hubiera quitado un enorme peso de encima.

–Bueno, ese tal Paul Drew se lo merecía –sonrió Desmond–. Bien, ¿quieres un poco de paté? También hay ensalada. Está allí, si Richard quiere hacer los honores…

–¿Qué emergencia habéis tenido, Jane? –preguntó Sylvia alcanzando la ensaladera.

–Hemos ayudado a dar a luz a un bebé, mamá –respondió Richard pasándole a Jane los cubiertos para servirse ensalada.

–¡Dios mío! Yo creía que hoy en día los bebés nacían en el hospital.

–Pero algunos deciden llegar antes de tiempo –explicó Richard.

–Sí, y ahora que lo recuerdo, Richard, tú también decidiste llegar antes de tiempo –comentó Sylvia–. Recuerdo que faltaban dos meses, y que yo me moría por deshacerme del enorme vientre y recuperar mi silueta. No podía creerlo cuando decidiste hacerme el favor de…

–Cariño, no creo que a Jane le interese oír esa historia –la interrumpió Desmond.

–¡Pues claro que sí! –exclamó Sylvia–. A mí me gustaba oírle contar esas historias a tu madre. Para una mujer, es importante saber cosas sobre el hombre con el que va a compartir el resto de su vida. ¿No te parece, Jane?

Jane tragó lo que estaba comiendo y trató de sonreír. Aquel era, precisamente, el tipo de comentario que más temía. El padre de

Richard, observando su malestar, intervino.

–Sylvia, olvidas que nosotros estábamos comprometidos, creo que te estás precipitando. Pero dime, ¿qué ha dejado preparado la señora Dawson en el carrito?

Sylvia se había puesto completamente colorada. Pareció muy aliviada al levantarse de la mesa para comprobar qué había en el carrito.

–Estoy tratando de averiguarlo. Creo que es cordero… no, pollo. Puede que la guarnición de verduras se haya quedado un poco seca, pero… –Richard ayudó a su madre a sacar los platos, ya servidos, del carrito–. Yo no cocino bien, pero me encanta el papel de anfitriona –continuó Sylvia, aún ruborizada por su desliz.

La conversación, a partir de ese momento, incluyó desde el tiempo y los cambios producidos en la medicina hasta la cultura. A la hora de servir los postres, Sylvia había vuelto a tomar las riendas de la situación. De vez en cuando Jane miraba a Richard, frente a ella, y sentía que el pulso se le aceleraba. No podía creer que él le hubiera pedido que se casaran. Deseaba ardientemente contestarle que sí, pero se sentía incapaz.

–Tomaremos el café en el jardín –comentó Sylvia–. No quedan ya muchos días tan soleados como este, pronto llegará el invierno.

Jane se puso en pie y buscó el servicio, al final del pasillo. Se lavó la cara y las manos, y al salir, siguiendo un impulso, entró en la cocina.

–¿Quieres que te ayude a llevar las cosas, Sylvia?

–Gracias, Jane. Tengo la bandeja preparada, y el café está casi listo. Lamento mucho haberte puesto en una situación violenta –añadió acercándose y poniendo una mano sobre su brazo–. Supuse que…

–No importa –se apresuró Jane a contestar, sentándose en la mesa de la cocina–. De hecho, Richard acaba de pedirme que me case con él.

Nada más terminar de decirlo, Jane se sintió aliviada. Era bueno poder compartir un secreto que rebosaba en su interior.

–¡Eso es maravilloso! –exclamó Sylvia sentándose frente a ella y tomándola de las manos–. Entonces, no me he precipitado, ¿no?

–No lo sé, me cuesta darle una respuesta.

–Pero, ¿es que no lo amas? Yo sé que él te ama hasta la locura,

me lo ha dicho.

–¿En serio? –preguntó Jane conteniendo el aliento–. Yo también lo amo, pero…

–Entonces, ¿cuál es el problema?

–No puedo creer que él desee estar conmigo para el resto de su vida, y si me dejara yo…

–¡Ah! –exclamó Sylvia apretándole la mano–. ¿Sabes? El matrimonio se basa en la confianza. Tienes que creer, y cuando veas que zozobra, trabajar un poco a su favor –explicó, haciendo después una pausa–. Richard me ha contado que has tenido problemas con los hombres. ¡Ese horrible Simon! Sin embargo, creo que se solucionó.

–Sí, eso me ayudó –contestó Jane.

–Sí, eso esperaba él –sonrió Sylvia–. ¡Y luego ese Paul Drew! Para Richard significó mucho que Desmond se ocupara del asunto. Él cree que era importante solucionar ese triste episodio de tu vida.

–Sí, me he liberado de mucha amargura –confesó Jane.

–Sí, solo queda una pieza del puzzle que no comprendo…

–¿Y cuál es?

–Se trata de esa casa en la que vivió Paul Drew –indicó Sylvia con una expresión inquisitiva en los ojos–. Richard estaba loco por comprarla. Quería que tú fueras a verla, que ahuyentaras los fantasmas, pero… ¿crees que de verdad sería así? Comprendo que detestes ese lugar…

–Al principio la idea me produjo aprensión, pero ahora estoy deseando ir. No sé, creo que puede ser la llave que abra mi futuro.

–Eso espero… ¿Sabes? Richard no es, ni remotamente, como los hombres a los que has conocido. Yo sé que él está deseando demostrarte que puedes confiar en él.

–Gracias –contestó Jane en voz baja–. Me has ayudado mucho.

–Entonces, ¿nos olvidamos del café y abrimos una botella de champán?

–Tomemos café, de momento. Pero guarda el champán en la nevera, ¿de acuerdo? –contestó Jane poniéndose en pie.

Jane recogió la bandeja y la llevó al jardín. Padre e hijo conversaban animadamente. Jane se unió a ellos contenta. Era perfectamente consciente de que Sylvia la observaba. Poco después, Richard se puso en pie dejando la taza de café, y dijo:

–Tengo una cita con el agente inmobiliario dentro de media hora. ¿Quieres ver Fellside, Jane, o prefieres que te lleve primero a Highdale?

Jane se puso en pie, lanzó una mirada cómplice a Sylvia, y respondió:

–Me encantaría ir a verla.

Capítulo 10

Richard aparcó el coche frente a Fellside. Jane apenas podía reconocer la casa. –Esta casa es más atractiva de lo que recordaba por la última vez que estuve aquí –comentó saliendo del coche–. Jamás comprenderé por qué Paul no quiso hacerle algunas mejoras. Antes se le caía la pintura, y mírala ahora.

–Paul no pensaba quedarse, no tenía dinero para cosas así –contestó Richard tomándola de la mano–. Los propietarios que la compraron después la arreglaron mucho, ya lo verás.

Jane fue abriendo una habitación tras otra, entusiasmada ante su nueva decoración, más luminosa y alegre.

–Es como si le hubieran quitado el techo y hubieran dejado que entrara la luz del sol.

Richard la alcanzó y la estrechó contra sí, abrazándola con fuerza.

–Ahora comprendes por qué me enamoré de la casa y por qué quería que te gustara a ti también, para que así… ¡Y espera a ver los dormitorios!

Richard la tomó de la mano y la llevó escaleras arriba. Al llegar a la segunda planta ella se soltó para inspeccionar una a una cada habitación, tomándose su tiempo.

–Ven a ver el dormitorio principal –gritó él.

Al llegar al enorme dormitorio que daba a la fachada de la casa Jane se sintió de pronto cohibida.

–Me pregunto por qué los antiguos propietarios se habrán dejado la cama –comentó examinándolo todo, admirando la cama de hierro que dominaba una pared–. ¡Es preciosa! Si fuera mía, yo jamás me separaría de una cama así.

–Creo que era demasiado grande para la nueva casa a la que se mudaban. El agente inmobiliario dice que se va con la casa.

–¡Me encanta! –exclamó Jane sentándose y saltando sobre el colchón–. Es tan blanda y tan…

Richard se sentó entonces a su lado y estrechó a Jane contra sí.

–Pero no puedes quedarte con la cama si no te quedas con la casa, y no puedes quedarte con la casa si no te quedas conmigo, así que… ¿cuál es tu respuesta?

Jane sonrió. Richard la tumbó sobre el colchón, obligándola a echarse atrás.

–Creo que me quedo con todo.

Jane no opuso ninguna resistencia. El beso de Richard fue inmensamente dulce. Por primera vez, ella veía el futuro ante sí con claridad. Nada más atravesar la puerta principal de aquella casa, Jane había sentido que podía confiar en Richard. Y, antes de que él le arrebatara el sentido a fuerza de caricias, Jane quedó convencida de que aquello no era un sueño. Por fin, se había hecho realidad…

Jane abrió los ojos y miró por la ventana sin cortinas. Se estremeció de frío y se acurrucó contra Richard. El la estrechó y cubrió su cuerpo desnudo.

–Nos queda media hora antes de la consulta –susurró él.

–Sí, y esta noche me toca a mí –protestó ella.

–¡Oh, no, la pasaré yo! Tengo que cuidar de mi futura mujer.

–Tu mujer, me gusta cómo suena.

–Y a mí –respiró él inclinándose hacia ella para besarla. Luego, levantando la cabeza, añadió–: Sabía que quería casarme contigo desde el principio, pero eres dura de pelar.

–¡Vaya, gracias!

–Eres única: una extraña combinación de inteligencia, sentido común, independencia…

–Olvidas mencionar que no tengo ni pizca de belleza –rio Jane ante la descripción–. He tratado de ponerme guapa para ti, pero…

–Querida Jane, no cambies jamás. Prométeme que siempre serás como ahora.

–Esa promesa es fácil de cumplir. Y antes de que empieces otra vez, Richard… creo que deberíamos ir a Highdale…

–Solo un beso más…

Epílogo

Cuántas cosas podían cambiar en el plazo de un año!, recapacitó Jane mientras metía a su hijo Edward en la cuna, junto a la cama de hierro de su dormitorio, donde quedó instantáneamente dormido. Richard parecía también profundamente dormido. Era el marido perfecto. ¿Quién lo hubiera dicho, cuando lo conoció durante sus licenciosos años de estudiante?

Jane se recostó en la cama sintiendo una profunda paz en su interior. El sol comenzaba a salir por detrás de las colinas. Estaban a finales de septiembre, pero aún hacía calor. Jane adoraba aquella hora de la mañana, a solas con su marido y su hijo, antes de levantarse y comenzar el nuevo día. Siempre dormían con las cortinas abiertas para recordar aquel primer día, cuando su sueño se hizo por fin realidad. Jane acarició las sábanas de lino. Aquel día no había sábanas, pero ninguno de los dos pareció echarlas en falta. Estaba convencida de haber concebido a Edward justo ese día, porque había sido entonces cuando Richard y ella habían decidido dejar los anticonceptivos.

Jane se acurrucó contra Richard. Él murmuró algo en sueños, y ella sonrió recordando cuánto les había costado levantarse de esa misma cama aquella tarde para acudir a la consulta. Jane había insistido entonces en que la pasaran los dos, y él la había llamado por el interfono, entre paciente y paciente, para preguntarle si aún seguía amándolo. Cuando uno de los pacientes, suspicaz, preguntó qué ocurría, Richard se apresuró a compartir con él su secreto. La noticia se había extendido por Highdale como la pólvora.

Aquella misma noche llamaron a Sylvia y Desmond para contarles la noticia, y ellos insistieron en ir a verlos a Highdale con una botella de champán. La imprevista fiesta había acabado con los padres de Jane y Richard medio borrachos. Los Montgomery habían dormido esa noche en el dormitorio de invitados, y desde entonces los Crowther y ellos se llevaban de miedo. Hasta Caroline, que había insistido en ir a darles la enhorabuena en persona aquella

noche, admitió que la pareja era perfecta.

La boda se había celebrado un sábado, víspera de Navidad, y resultó idílica. La nieve había hecho acto de presencia justo un día antes, cubriendo la iglesia con un manto blanco. Aquel día Jane estaba embarazada de tres meses. Guardaba el secreto en su interior. Richard lo sabía, y le costaba bastante no gritarlo a los cuatro vientos. Jane no quiso anunciar nada hasta la primavera. El nacimiento se produjo en el mes de junio.

Viendo acercarse el momento del parto, Jane había comenzado a trabajar menos horas en la consulta. Después, tras el nacimiento de Edward, una antigua amiga de Jane se hizo cargo del bebé por las mañanas. Richard hizo horas extra en Highdale, pero lo llevó admirablemente bien.

Antes de mudarse a Fellside, Jane ofreció el apartamento que había sobre los establos a María, una enfermera de Moortown, y su marido. Ellos prometieron cuidar de su padre, y todos parecían llevarse bien.

Richard abrió los ojos y sonrió lenta, sensualmente, atrayéndola hacia sí y besándola dulcemente en los labios.

–Buenos días, cariño. ¿Por qué estás tan seria?

–¿Estaba seria? –sonrió Jane–. No me siento así. Estaba pensando en lo ocurrido durante el último año.

–¡Cuántas cosas pueden cambiar en un año! –exclamó Richard.

–¡Eso justamente estaba pensando! Hace casi un año que estuvimos aquí, en esta cama…

–¡En esta misma cama! Si no recuerdo mal, no había más que un colchón. Tuve que abrazarte para que no pillaras un resfriado…

–Así que era solo por eso, ¿eh?

–Mmm –asintió Richard acariciándola–. Creo que ahora también tienes frío, tendré que abrazarte otra vez…

Un par de horas más tarde, Jane besó a Richard en la mejilla y dijo:

–Deberíamos levantarnos. Edward debe estar a punto de despertarse, y Ann llegará de un momento a otro. Debería estar duchada y vestida, lista para marcharme.

–Pero esta tarde no tienes consulta, ¿verdad?

–No, estaré en casa toda la tarde. ¿Por qué?

–Yo también, con un poco de suerte –sonrió Richard

pícaramente–. ¿Quieres citarte conmigo en el jardín de la casa más bonita de Yorkshire?

–Solo si puedo llevar a nuestro hijo conmigo…

–¿Y cuánto tiempo dices que suele dormir por las tardes…?